

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión

CINE
FANTASTICO
COMICS
EL CUBRI
WOOD
GRENOBLE
2.º EUROCON

EL HUMOR
DE GAHAN
WILSON
PAGINAS
VERDES
N.º EXTRA DE
NAVIDAD

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

N.º Extra de Navidad.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 61

Nueva Dimensión - 61

ePub r1.0

Titivillus 26.11.16

Título original: *Nueva Dimensión 61*

AA. VV., 1974

Cubierta: Enrique Torres

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y
FANTASÍA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

Director Periodista:

José M. Armengou

Director Artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

Rafael Aura

José M.^a Beá

Ramón de la Fuente

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Xavier Musquera

Carlos Romeu

Adolfo Usero Abellán

Colaboradores:

Sebastián Alonso López

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Carlo Frabetti

Alfonso Figueras

Antonio Martín

Jaime Rosal del Castillo

Corresponsales:

Alemania Federal: Mario B.

Bosnyak

Argentina: Andrés Balla y Héctor R.

Pessina

Estados Unidos: Forrest J.

Ackerman

Hungría: Peter Kuczka

Japón: Takumi Shibano

Polonia: Czeslaw Chruszczewski

Rumanía: Ion Hobana

Uruguay: Carlos M. Federici

Diciembre 1974 / Número 61

PORTADA DE

Enrique Torres

FOTOGRAMAS DE CINE DE

La Organización del Festival
Internacional de Cine Fantástico
y de Terror de Sitges.

hoy

EDITORIAL

[A LOS OCHO AÑOS...](#)

CINE FANTÁSTICO

[VII FESTIVAL DE CINE DE SITGES](#)

[XII FESTIVAL DE CINE DE TRIESTE](#)

[XVI SEMANA DE CINE DE BARCELONA](#)

2.ª CONVENCIÓN EUROPEA DE SF

[CITA EN GRENOBLE: EUROCON II](#)

SE PIENSA

[HAZAÑAS DE LA FAMILIA AZNAR](#)

por E. Martínez Peñaranda

SE DICE

[LIBROS, REVISTAS, COMIC,,](#)

[CINE, TEATRO, FANZINES,,](#)

[EXPOSICIONES, NOMBRES SF,](#)

[PREMIOS, REUNIONES](#)

SE ESCRIBE

[LA OPINIÓN DE NUESTROS LECTORES](#)

mañana

CUENTOS

[SANTA CLAUS CONTRA A.R.A.C.N.I.D.O.](#)

por Harlan Ellison

LA «NUEVA COSA»:

[EL ÚLTIMO HURRA DE LA HORDA](#)

[DORADA](#)

por Normal Spinrad

[POSTATÓMICO](#)

por Michael Butterworth

PORTOFOLIOS

[FLESH GARDEN](#)

por Wallace Wood

[EL HUMOR DE GAHAN WILSON](#)

[UN 31 DE DICIEMBRE...](#)

por El Cubri



EDITORIAL

A LOS OCHO AÑOS

Al entrar la revista en su octavo año, y pareciendo ya consolidada su posición (¡crucen los dedos, por favor!), lo lógico sería que nos marcásemos un editorial triunfalista, vanagloriándonos de nuestros sesenta números largos y hablando de los futuros planes de expansión de ND por el Imperio Galáctico.

Pero no, aquí estoy, frente a la máquina, dispuesto a largarles el habitual rollo apocalíptico.

¿Otra vez?

Pues sí, otra vez. Porque el fin del mundo, al menos del mundo tal como lo conocemos, está ahí, a la vuelta de la esquina.

Hace unos años, más o menos cuando nosotros empezábamos a planificar la aparición de ND, por el mundo occidental y especialmente en los Estados Unidos (país a la cabeza del desarrollo y, por consiguiente, primero en encontrarse con los problemas derivados del mismo), comenzaron a sonar unas voces que clamaban contra lo que se empezó a llamar la civilización del despilfarro y la muerte.

Y empezó a oírse una nueva palabra, correspondiente a una ciencia entonces bastante esotérica: la Ecología.

Los ecólogos, especie de profetas que afirmaban la proximidad de un nuevo milenario (al estilo del pánico finmundista del año mil), nos decían que nos quedaban unos veinte años para intentar hallar soluciones a toda una serie de problemas: la polución, la bomba demográfica, la crisis de alimentos, la escasez de materias primas, el fin de algunos productos esenciales para la civilización tal como estaba montada.

De esos veinte años ya han pasado casi la mitad. Y, ¿qué es lo que se ha hecho?

Nada.

¡Oh, sí! Se han escrito muchos libros, muchos editoriales indignados como este e incluso la ONU ha convocado un par de conferencias para tratar de estos problemas.

¡Nada!

Y las gentes siguen pariendo, y cada vez hay menos alimentos, y cada día hay más polución, y nos quedamos sin bosques, y el aire cada vez es más irrespirable en las ciudades, y disminuye la calidad de la vida, y cada día nos enteramos de que nos acosa un nuevo cancerígeno, y que cada vez nacen más niños tarados, física y mentalmente, y...

El fin se acerca, si es que no estamos ya en él.

Pues lo más probable es que ya se haya pasado del punto de no retorno para algunos de estos problemas, y que sea imposible solucionar algunos de los atentados que hemos cometido contra la madre Natura.

Así que ya saben, quizá estemos viviendo en la cúspide del desarrollo humano. Tal vez lo único que le quede a la Humanidad, a partir de esta «era de la prosperidad», sea el descenso hacia cotas cada vez más bajas, tendiendo hacia su extinción como ser «industrializado».

Sí, claro, ya sé lo que me dirá alguno: inventaremos algo. Debemos confiar en nuestra tecnología (hay que mantener el círculo vicioso hasta el fin).

Pues vaya confiando, amigo... también nuestros antepasados, en épocas de peste, confiaban en un milagro del santo local. Y así les iba...

Y si alguno me reprocha esta postura fatalista le daré toda la razón. Que más quisiera yo que la gente hubiera dado muestras de ser un poco racional y haber tratado de arreglar las cosas. Vaya usted y trate de protestar contra la instalación de centrales nucleares. Luego, escíbame contando hasta donde ha llegado...

¡Ah!... se me olvidaba: Feliz Año Nuevo.



SANTA CLAUS CONTA A.R.A.C.N.I.D.O.

HARLAN ELLISON

Harlan Ellison es un gigante entre los hombres en todo lo que se refiere a valor, tenacidad, locuacidad, inteligencia, encanto... un verdadero gigante excepto en estatura (lo mismo que Napoleón, aunque Ellison mide nueve centímetros más que el Emperador). Además de todas estas cualidades, Ellison es un excelente escritor (ganador de varios Hugo y Nebula), según pudieron comprobar en ND 29. Aquí tienen ocasión de disfrutar una vez más con uno de sus relatos.

1

Ya había pasado la mitad de setiembre cuando sonó el teléfono rojo. Kris se apartó de la cálida y flexible forma contra la que había estado pegado, barriga contra espalda, y se frotó con una mano los soñolientos ojos. El teléfono sonó de nuevo. No podía ver la hora en la esfera luminosa de su reloj de muñeca.

—¿Qué pasa, cariño? —murmuró la rubia junto a él. El teléfono sonó una tercera vez.

—Nada, nena... Vuélvete a dormir —la tranquilizó. Ella se hundió bajo las mantas mientras él tomaba el auricular, descolgándolo en medio de la cuarta llamada —. ¿Ajá?

Su boca sabía a infiernos.

La voz al otro extremo dijo:

—El rey de Caná necesita de sus servicios.

Kris se sentó.

—Espera un momento. Iré al supletorio —apretó el botón que pasaba la llamada al supletorio, colgó mientras salía de la cama y, desnudo, atravesó a oscuras el inmenso dormitorio. Tanteó su camino a través del recibidor hasta llegar a la oficina, guiado únicamente por ligeros toques en las paredes. Apartó la placa de bronce conmemorativa, regalo de los enanitos, giró la combinación de la caja fuerte, y la abrió. En la abertura circular se hallaba el teléfono rojo con su complejo mecanismo codificador.

Marcó un código en el codificador, alzó el auricular y dijo:

—El rey teme al demonio, y el demonio teme a la cruz —santo y seña.

—Kris, es A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo la voz al otro extremo.

—¡Mierda! —masculló—. ¿Dónde?

—En los Estados Unidos: Alabama, California, el Distrito del Capitolio, Tejas...

—¿Es serio?

—Lo bastante como para despertarte.

—Conforme, conforme. Lo siento. Aún estoy medio dormido. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Estamos a mediados de setiembre.

Kris se pasó una mano por su espeso cabello.

—¿No había nadie más que se pudiera hacer cargo?

—Ombligo se estaba ocupando de ello.

—Ajá... ¿Y...?

—Lo hallaron flotando junto a la costa de Galveston. Debía llevar en el golfo cerca de una semana. Le habían colocado cargas de plástico en el interior de los muslos...

—De acuerdo, no lo describas. Ya me irrita bastante el que me hayas despertado violentamente. ¿Hay dossier del caso?

—Te está esperando en la Cumbre.

—Llegaré ahí dentro de seis horas.

Colgó el auricular, cerró de un portazo la caja fuerte y giró la combinación. Volvió a poner la placa en su sitio de la pared y se quedó apoyado con el puño sobre el bronce. La débil luz de un fluorescente, dejado encendido sobre una de las mesas de dibujo de los enanitos, iluminaba sus facciones en tensión. Las duras y serias líneas de su rostro eran el trabajo de un Giacometti. Los ojos eran de color azul metálico y apagados, como ciegos. La boca, algo cruel, estaba comprimida en una línea. Inspiró profundamente, y su musculoso cuerpo se irguió decididamente.

Luego, inclinándose sobre sus escritorio, abrió un cajón y llamó tres veces, secamente, apretando el botón oculto en la parte inferior del cajón. Allá abajo, en el laberinto, PoPo estaría emergiendo de su capullo, colocándose el taparrabos y los pendientes, marcando el código que llenase la cámara de salida de agua.

—Paz en la Tierra... —murmuró Kris, regresando al dormitorio a por su traje de inmersión.

2

PoPo esperaba en la cueva, junto a una estantería en la que se hallaban las botellas de aire. Kris hizo una señal al enano y se volvió de espaldas. PoPo le ayudó a colocarse el atalaje y, cuando Kris se hubo puesto la boquilla, ajustó la mezcla de aire.

—¿Keeble keeble? —inquirió PoPo.

—Parece que sí —replicó Kris. Deseaba salir cuanto antes.

—Dill-dill nea peemee —dijo PoPo.

—Gracias. La necesitare —se dirigió rápidamente a la cámara de salida, que había sido llenada y vaciada. Destrabó la rueda y abrió la poterna. Unos pequeños regueros de agua ártica cayeron al suelo de basalto. Se volvió—. Mantén la fábrica de juguetes a pleno funcionamiento. Y estudia ese problema de la cadena 9 con CorLo. Volveré a tiempo para las fiestas —pasó una pierna sobre el repecho, luego se volvió y añadió—. Si todo va bien.

—Weeble zexfunt —comentó PoPo.

—Ajá, y que tampoco te regalen juguetes bélicos a ti —entró al interior de la cámara de salida, giró con fuerza la rueda para trabarla y señaló a través del portillo de lucita. PoPo llenó la cámara, y Kris se lanzó fuera.

El agua era negra y estaba bajo cero. La luz de aparcamiento del submarino era su único consuelo. Llegó rápidamente al pez de acero y, a los pocos minutos, estaba ya en camino. Una vez hubo pasado el extremo exterior de la masa de hielo flotante, salió a la superficie, se transformó en vehículo aéreo, expulsó el agua de los tanques de los pontones y corrió por la superficie para despegar. En el aire, alcanzó la

velocidad de pulsoreacción y se transformó de nuevo.

A quinientos kilómetros tras de él, en algún punto bajo el Océano Ártico, PoPo estaba sacando a CorLo de su capullo y armándole un escándalo de mil diablos por poner tuercas europeas en todos los patines de ruedas, haciendo que, por consiguiente, no sirvieran las llaves de ajuste americanas.

3

Cumbre estaba en el interior de una montaña en Colorado. La cima de la montaña se abrió, dejando que el aparato de despegue vertical de Kris (el submarino, en su tercera transformación) descendiese hasta la pista de aterrizaje. El jefe de tareas estaba esperándole con el dossier. Kris lo hojeó rápidamente: tenía memoria eidética.

—De nuevo A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo suavemente. Luego, con tono inquisitivo —: Significa

*Asociación para el
Robo o
Aniquilación
Controlados de la
Naturaleza e
Industria
De todo el
Orbe*

¿no es así?

El jefe de tareas negó con la cabeza. Kris hizo mmm.

—Bueno, ¿qué es lo que intentan hacer esta vez? Creí que los habíamos eliminado tras el asunto de los ántrax en el Valle de los Vientos.

El jefe de tareas se balanceó sobre su silla de plástico. Los globos oculares multifacetados de alrededor de la habitación, recibieron destellos de luz de la silla y los desparramaron por las paredes en un sutil espectáculo lumínico.

—Ya lo ha leído ahí. Se han apoderado de las mentes de esos ocho. Lo que intentan hacer, usándolos como títeres, no tenemos ni idea.

Kris leyó de nuevo la lista:

—Reagan, Johnson, Nixon, Humphrey, Daley, Wallace, Maddox y... ¿quién es este último, Spiro Agnew?

—No tiene importancia. Habitualmente podemos evitar que se metan en problemas o que se hagan daño ellos mismos; pero desde que A.R.A.C.N.I.D.O. los capturó, han estado haciendo locuras.

—Nunca he oído hablar de la mayor parte de ellos.

—¿Y cómo infiernos iba a haber oído, si está allá arriba, haciendo juguetes?

—Es el mejor disfraz que jamás he tenido.

—Entonces no proteste por no ver jamás un periódico. Acepte mi palabra: esta gente es importante en esta temporada.

—¿Qué le pasó a aquel cómo se llamaba... Willkie?

—No logró nada provechoso.

—Ese A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo Kris de nuevo— ¿querrá decir

Agencia

Represiva

Armada

Cuyos fines

Nefastos

Incluyen la

Destrucción

Omnímoda?

El jefe de tareas agitó la cabeza de nuevo, algo cansinamente.

Kris se alzó y estrechó la mano del jefe de tareas.

—Según el dossier, creo que el mejor punto para empezar con esto será Daley en Chicago.

El jefe de tareas asintió con la cabeza:

—Eso es lo que también dijo el COMPUToráculo. Lo mejor será que baje y vea al Armero antes de partir. Ha empollado una cuantas sorpresas para usted.

—¿Tendré que trabajar de nuevo en ese estúpido uniforme rojo?

—Probablemente lo lleve como repuesto. Es un poco pronto para el uniforme rojo.

—¿Sí?

—Sí, solo estamos a mediados de setiembre.

4

Cuando Kris salió del tubo de caída, los ojos de la señorita Siete-Diecisiete se dilataron. Se acercó a ella, con aquel paso tan suave y musculoso que lo distinguía del resto de los agentes.

La mayor parte de ellos no eran sino rechonchos oficinistas; ¿dónde había adquirido la idea de que el espionaje era un trabajo muy adecuado para bellos adonis? Seguramente de la inacabable serie de malas novelas de espionaje que llenaban los quioscos; qué desilusión cuando había descubierto que el retorcer el nervio trigémino para causar un dolor insoportable, o el dominar a un enemigo ahuecando ambas manos y golpeando simultáneamente sus dos orejas eran tácticas que podían ser tan fácilmente empleadas por hombres parecidos a alcas como por ganadores del concurso del Señor América. Igualmente, eran unas tácticas que servían lo mismo cuando se empleaban sobre montones de arcilla o estatuas de Rodin.

Pero Kris...

Llegó hasta su escritorio, y la miró en silencio hasta que ella apartó la vista. Luego:

—Hola, Chan.

Ella no podía mirarlo. Era demasiado doloroso. Las Bahamas. Aquella noche. La enorme luna colgando sobre ellos como un ojo que todo lo viese, mientras los vientos nocturnos tocaban una loca melodía que servía de contrapunto a su insensata pasión, el monomaniaco oleaje rompiendo a su alrededor contra las arenas plateadas. La despedida. La espera. El informe de lo alto de que había desaparecido en el Tíbet. No había podido soportarlo... y ahora... él allí de pie... una enorme cicatriz blanca en el pecho, ahora cubierto por su camisa, pero que ella conocía, una cicatriz hecha por el sable de Tibor Kaszlov... conocía cada centímetro de su piel... y le resultaba imposible responderle.

—¡Bueno, estúpida, responde! —dijo él.

Parecía comprender.

Habló por el interfono:

—Kris está aquí, señor —la luz roja destelló en el instrumento y sin alzar la vista, dijo—: El Armero te recibirá ahora.

Pasó junto a ella, aparentemente dirigiéndose contra la pared de piedra. En el último instante esta se deslizó suavemente y desapareció en el interior del taller del Armero. La pared se cerró de nuevo, y Siete-Dieciséis se dio cuenta, repentinamente, de que había estado apretando con tal fuerza sus puños que sus uñas pintadas le habían hecho sangre en las palmas.

El Armero era un hombre robusto y rudo, muy dado a las pipas y al paño cruzado escocés de lana. Sus chaquetas estaban hechas especialmente para él en Saville Row, con numerosos bolsillos para cobijar la infinitud de artilugios y accesorios de sus pipas que constantemente llevaba.

—Kris, me alegro de verte —tomó la mano del agente y la sacudió efusivamente—. Mmm. ¿Paño Harris?

—No, de hecho se trata de una de esas fibras milagrosas —replicó Kris, dándose una vuelta para mostrar su chaqueta con un solo corte trasero, entallada, de estilo Príncipe Eduardo y bolsillos deportivos—. Me la hizo un tipo de Hong Kong. ¿Te gusta?

—Elegante —dijo el Armero—, pero no estamos aquí para discutir los aciertos de nuestros sastres, ¿no?

Lanzaron una risa corta y mutua ante el chiste. Les llevó menos de diez segundos.

—Ven aquí —dijo el Armero, moviéndose hacia una estantería en la pared en la que se hallaban diversos artilugios—. Creo que encontrarás esto muy interesante.

—Creí que no iba a usar el traje rojo esta vez —dijo Kris, mohíno. El traje rojo estaba cuidadosamente colgado de un galán de noche de madera de teca, cerca de la pared. El Armero se volvió y le lanzó una mirada sorprendida—. ¿Eh? ¿Quién te dijo

eso?

Kris tocó el traje, palpándolo con aire ausente:

—El Jefe de Tareas.

La boca del Armero hizo una mueca. Se sacó una pipa de un bolsillo de la chaqueta y se la metió entre los labios. Era una Sasieni Fantail de cazoleta redonda, que estaba pidiendo a gritos un raspado de la capa de hollín.

—Bueno, digamos que el Jefe de Tareas a veces no logra comprobar sus propias líneas de comunicación —obviamente estaba molesto, pero Kris no se sentía con ánimos de inmiscuirse en la política interna de las oficinas.

—Muéstrame lo que tienes.

El Armero sacó un artefacto con forma de pluma de uno de los estantes. En la parte superior tenía un clip con el que colgarla de un bolsillo interior.

—Estoy orgulloso de esto. Le llamo mi ocultador mortífero —prendió la pipa con un encendedor Cónsul de butano, regulando la llama hasta que dio calor bastante como para soldar.

Kris tomó el artilugio con forma de pluma y lo inspeccionó.

—Bonito. Muy compacto.

El Armero parecía un hombre que acaba de comprar un coche nuevo y que está a punto de preguntarle a un vecino cuánto cree que le ha costado.

—Pregúntame lo que hace.

—¿Qué es lo que hace?

—Crea oscuridad en un radio de tres kilómetros.

—Maravilloso.

—No, lo estoy diciendo en serio. Solo tienes que girar el clip a la derecha... ¡no, no, no lo hagas ahora, por Dios! Oscurecerías toda la Cumbre. Cuando te encuentres en un problema y necesites escapar, solo tienes que girar el clip y, ¡fsss! ya tienes toda la cobertura que necesitas para lograr huir.

El Armero lanzó una densa nube de humo de pipa: era Danish Fruit Cake de Niemeyer, muy aromático.

Kris seguía mirando al traje.

—¿Qué hay de nuevo en *esto*?

El Armero señaló con la boquilla de su pipa. Era un manierismo:

—Bueno, tienes el equipo habitual: los cohetes, los propulsores a chorro, el napalm, los lanzagases lacrimógenos, los cuchillos de lanzar, las mangueras a presión, los clavos de las botas, las ametralladoras calibre .30, el ácido, la barba inflamable, la falsa barriga que se hincha hasta convertirse en un bote salvavidas, el lanzallamas, los explosivos de plástico, la granada en forma de nariz roja de goma, el cinturón con equipo de herramientas, el boomerang, el bolo, las boleadoras, el machete, el derringer, la bomba de tiempo de la hebilla del cinturón, el equipo de ganzúas, accesorio Xerok en las caderas, los guantes de acero con garras extensibles, la máscara antigás, el gas venenoso, el repelente de tiburones, la estufa en el esternón,

las raciones de supervivencia y la biblioteca de un centenar de grandes libros en microfilm.

Kris palpó de nuevo el traje.

—Pesado.

—Pero, además —dijo alegre el Armero—, esta vez nos hemos superado a nosotros mismos en cuestión de blindaje...

—Estáis haciendo un trabajo maravilloso.

—Gracias de verdad, Kris.

—No, lo digo en serio.

—Sí, bueno. Además, esta vez el traje ha sido totalmente automatizado, y cuando oprimes el tercer botón de la chaqueta todo él se hincha, quedando dispuesto para el vuelo, convertido en una escafandra para grandes alturas.

Kris puso cara compungida.

—Si alguna vez me caigo, me veré como una tortuga boca abajo.

El Armero le dio un manotazo amistoso a Kris, en lo alto del bíceps izquierdo.

—Eres un gran bromista, Kris —señaló las botas—. Giróscopos. Te mantendrán siempre vertical. *No puedes caerte.*

—Soy un gran bromista. ¿Qué otra cosa tienes para mí?

El Armero se acercó a la estantería y tomó una pistola automática.

—Prueba esto.

Apretó un botón de la consola de control y la pared este de la armería cayó, mostrando una galería de tiro tras ella. Al fondo del túnel se veían una serie de siluetas-blanco alineadas.

—¿Qué pasó con mi Wembley? —preguntó Kris.

—Demasiado voluminosa. Poco segura. Lo que tienes en las manos es el último grito: un láser Lassiter-Krupp de alto poder explosivo. ¡Sensacional!

Kris se volvió, mostrando el mínimo perfil posible a las mudas siluetas. Extendió su brazo derecho, poniéndolo rígido, y sujetándolo con la mano izquierda que rodeaba la muñeca derecha. Apretó el gatillo. Un rayo de luz y un siseo sibilante surgieron de la boca del arma. Al mismo instante, al fondo del túnel las diez siluetas desaparecieron en un estallido de luz cegadora. Trozos de metralla y de pared rebotaron una y otra vez por el túnel. El sonido de la destrucción era ensordecedor.

—Por todos los ángeles y arcángeles de los coros celestiales —murmuró Kris, volviéndose hacia el Armero, que se estaba quitando en aquel momento los protectores de los ojos y oídos—. ¿Por qué no me avisaste acerca de esta cosa estúpida? No puedo usarla; tengo que ser sutil, circunspecto, discreto. Esta cosa infernal sería maravillosa para volar en pedazos la roca de Gibraltar, pero es ridícula para un combate cuerpo a cuerpo. ¡Toma, cógela!

Le tiró el arma al Armero.

—¡Ingrato!

—¡Dame mi Wembley, so lunático!

—¡Ahí la tienes... en la pared, so miope esclavo del Sistema!

Kris asió la automática y el ocultador mortífero.

—Envía el traje a mi contacto en Montgomery, Alabama —dijo, apresurándose hacia la puerta.

—¡Quizá lo haga y quizá no, so débil mental!

Kris se detuvo y se giró.

—Maldita sea, escúchame, no puedo quedarme aquí para discutir contigo acerca del distinto poder de fuego de las armas. ¡Tengo que ir a salvar al mundo!

—¡Puro melodrama! ¡Patán! ¡Reaccionario!

—¡Lunático bastardo! Y, además, te voy a decir que odio tu maldito trabuco, hala. ¡Odio esa cosa estúpida y ruidosa!

Llegó hasta la pared, que se abrió, y salió apresuradamente. Antes de que acabase de cerrarse del todo, el Armero tiró al suelo la pipa, la pateó y chilló:

—¡Y yo odio esa chaqueta de marica que llevas!

5

Chicago, desde la Shore Drive, parecía como un inmenso estercolero en llamas. De nuevo había tumultos en el lado sur. Y, en la dirección de Evanston y Skokie, se podían divisar dos gruesas columnas de negro y espeso humo que se alzaban en espiral. En Evanston las Hijas de la Revolución Americana estaban saqueando e incendiando; en Skokie habían unido fuerzas con los miembros de la Unión de Mujeres Cristianas en pro de la Templanza de Evanston y estaban asaltando las oficinas de un editor de libros de bolsillo pornográficos. La ciudad se estaba volviendo loca.

Kris condujo su Maserati trucado por la calle Ohio, giró hacia la derecha para tomar la rampa de descenso al garaje del motel, y dejó que el encargado se ocupase del vehículo. Llevando únicamente su maletín de ministro, se dirigió a la salida de incendios que llevaba al primer piso del motel. No obstante, una vez en el interior de la misma, se volvió hacia la pared desnuda, usó su señalizador sónico, y la pared giró sobre sí misma. Se apresuró a entrar, cerró la pared, y lanzó el maletín sobre la cama de matrimonio. La luz de *esperando* brillaba en el aparato de televisión de circuito cerrado. Conectó el aparato, se colocó frente a la cámara, y le complació ver que su contacto de Chicago, Frieda, volvía a llevar el cabello largo.

—Hola, Diez-Diecinueve —dijo.

—Hola, Kris. Bienvenido a la Ciudad Ventosa.

—Hay aquí grandes problemas.

—¿Cuándo quieres empezar? Ya he localizado donde está Daley.

—¿Cuándo puedo llegar hasta él?

—Esta noche.

—Me va bien. ¿Qué estás haciendo en este momento?
—No mucho.
—¿Dónde estás?
—En el recibidor.
—Ven aquí.
—¿A esta hora tan temprana de la tarde?
—*Mens sana in corpore sano.*
—Te veré dentro de diez minutos.
—Ponte *Réplique.*

6

Completamente vestido de negro, con la Wembley en una pistolera invertida de pronto uso, con la culata apenas saliendo por debajo de su sobaco izquierdo, Kris atravesó el espacio abierto situado entre la verja electrificada y la oscura y cuadrada edificación de la central eléctrica, con sus brazos y piernas colocados en la tradicional postura reptante de la infantería.

Daley había sido localizado dentro de aquel edificio, en el que había permanecido durante dos días aún a pesar de los desórdenes, por el equipo de búsqueda de Diez-Diecinueve.

Kris le había preguntado a Frieda qué es lo que estaba haciendo en esa central eléctrica. Ella no lo sabía. Todo el edificio estaba aislado, resultando impenetrable para cualquier tipo de sensor que había empleado. Pero aquel era un asunto de A.R.A.C.N.I.D.O., fuera lo que fuese eso, no cabía duda alguna; pues el que un hombre de su posición estuviese cerrado de aquella manera, mientras su ciudad ardía, no admitía otra explicación.

Kris llegó junto a la central. Se deslizó a lo largo de la fachada hasta que pudo ver unas ventanas de cristales ennegrecidos por encima de él. Estaban casi a un palmo sobre su cabeza. No había forma de escalar hasta allí. Tendría que hacer una entrada violenta. Inspiró profundamente tres veces, sacó la Wembley de su pistolera y despegó el esparadrapo arrollado alrededor de la culata. Luego, lo usó para sujetarse el arma a la mano. Después, tres inspiraciones profundas más. Clavando fuertemente los pies en tierra, se apartó a la carrera del edificio, hasta una distancia de diez metros, inspiró aire de nuevo, y corrió de vuelta a la central eléctrica. Casi en la misma fachada se encogió totalmente sobre sus rodillas, dio impulso y cruzó sus brazos sobre la cabeza al ir a golpear de lleno contra la ventana.

Entonces, ya se halló en la central, entrando en una trayectoria de arco, realizando un rápido salto mortal y cayendo con las rodillas aún dobladas, absorbiendo el impacto con las caderas. A todo su alrededor tintineaban trozos de cristal, y su traje negro estaba desgarrado en el pecho. Su brazo derecho apuntaba hacia delante, con la

Wembley extendida.

Al pronto, la luz inundó el edificio. Kris contempló la escena en una impresión total: lo vio todo.

Daley estaba inclinado sobre un intrincado mecanismo de relojería colocada en lo alto de una estructura similar a un podio, en el extremo más lejano de la sala. Una serie de lámparas de luz negra brillaban aún por toda la habitación con su malévolo y pútrido púrpura. Tres hombres, ataviados con ceñidos trajes de una sola pieza, de color verde pálido, se abalanzaban contra él, quitándose las anteojeras para luz negra. Un cuarto hombre aún mantenía su mano en la palanca conmutadora que había encendido las luces interiores. Y había más.

Kris vio las grandes conexiones serpenteantes que surgían del mecanismo de relojería de Daley, corriendo a lo largo del suelo hasta paneles eléctricos en las paredes. Un sistema de aireación, inmenso y potente, dominaba toda una pared. Tras el podio, se alineaban cubetas de alguna sustancia oscura burbujeante, casi humo líquido.

—¡Deténganlo! —aulló Daley.

Kris tenía tan solo un momento antes de que los tres hombres de verde llegasen hasta él. Y en aquel momento decidió endurecer su temple para lo que con toda seguridad iba a suceder. Siempre tenía aquel instante en cada misión, y necesitaba probarse a sí mismo que tenía razón, que lo debía hacer, por muy brutal que fuese. En aquel instante, decidió mirar a Daley; y su resolución fue conformada más elocuentemente de lo que jamás hubiera podido esperar. Aquel era un viejo malévolo. Lo que en otro hombre pudiera haber sido un generoso rostro senil, se había transformado en aquel en duras líneas de inmencionable fealdad. Aquel hombre era la maldad encarnada. Estaba totalmente poseído por A.R.A.C.N.I.D.O.

Los tres hombres verdes siguieron avanzando. Hombres grandes, muy musculosos, con los rostros embotados por la malicia. Kris disparó. Alcanzó al primero en el estómago, lanzándolo hacia atrás contra uno de sus compañeros, que trató de evitarlo pero que se derrumbó en un lío de piernas y brazos mientras el primer hombre verde moría. Kris lanzó tres disparos más contra la masa y los brazos y piernas dejaron de moverse, si exceptuamos algún estremecimiento ocasional. El tercer hombre se apartó a un lado y trató de lanzarse sobre Kris. Este se echó hacia atrás un paso y le disparó a la cara. El hombre verde se desmadejó como una muñeca de trapo y cayó cómicamente sobre sus rodillas, desplomándose luego sobre la carne que había sido su cabeza.

Como si lo que había pasado a sus compañeros no le importase nada, el cuarto hombre tendió ambos brazos ante él, como un zombi, y se tambaleó hacia Kris. El agente lo eliminó con un solo disparo.

Luego se volvió hacia Daley.

El hombre estaba alzando un arma portátil con boca de aguja de aspecto mortífero. Kris se lanzó plano sobre un costado. El arma de Daley solo quemó el

espacio vacío con su haz de energía siseante y carmesí. Kris rodó y rodó justo hasta llegar al sistema de aireación. Luego ya estuvo en pie, tuvo la Wembley apuntada y gritó:

—¡No me obligue a hacerlo, Daley!

El arma de la mano de Daley lo buscó, quedó apuntándole y, en ese momento, el agente disparó. El arma con boca de aguja saltó en pedazos bajo el impacto de la bala blindada, y Daley cayó hacia atrás desde el podio.

Kris estuvo sobre él en un instante.

Lo tenía por los pies, empujándolo contra el podio y le aplicó una presa paralizante de dos dedos en uno de los puntos nerviosos de la depresión clavial antes de que Daley pudiera recuperarse. La boca de este se abrió por el dolor, pero no pudo hablar. Kris lo subió al podio, con un poco más de rudeza de lo necesario, y lo lanzó al pie del mecanismo de relojería.

Este era increíblemente complejo, con contadores de tiempo y cronógrafos instalados de algún modo entre las cubas de humo burbujeante y el sistema de ventilación de la pared. Kris estaba absorto en el intento de tratar de comprender exactamente que era lo que *hacía* el equipo, cuando oyó el suspiro a sus pies. Miró hacia abajo justo a tiempo para ver algo (tan repugnante que no podía contemplarlo directamente) emerger de la oreja derecha de Daley, deslizarse y reptar por el suelo del podio y luego estallar en una humareda negra de suciedad y polvo. Cuando Kris miró de nuevo, lo único que quedaba era una mancha polvorienta... lo que podría quedar si un niño prendiese fuego a un montón de magnesio en polvo y nitrato de potasio.

Daley se estremeció. Rodó sobre su espalda y quedó yaciendo, jadeante. Luego trató de sentarse. Kris se arrodilló y le ayudó a hacerlo.

—Oh, Dios mío, Dios mío —murmuró Daley, agitando la cabeza como para tratar de aclararla. La maldad había desaparecido de su rostro. Ahora era poco más que un bondadoso anciano que había estado enfermo durante mucho, mucho tiempo—. Gracias, sea quien sea. Gracias.

Kris ayudó a Daley a ponerse en pie, y el viejo se apoyó contra el mecanismo de relojería.

—Me atraparon... hace años —dijo.

—A.R.A.C.N.I.D.O., ¿eh? —comentó Kris.

—Sí, se introdujeron dentro de mi cabeza, dentro de mi mente. Son malvados. Totalmente malvados. ¡Oh, Dios, fue terrible! Y las cosas que he hecho. ¡Cosas pútridas y sin conciencia! Estoy realmente avergonzado y tengo mucho que purgar.

—Usted no, Excelencia —dijo Kris—. A.R.A.C.N.I.D.O. Son *ellos* los que lo pagarán. Tal como lo hizo este.

Kris se refería a la mancha negra.

—¡No, no, no... yo! Yo hice todas esas cosas terribles. Ahora, yo tengo que repararlas. Demoleré los barrios bajos del sur, esa mancha que tiene la ciudad.

Contrataré a los mejores planificadores urbanos para que creen espacio vital para todos esos negros que ignoré, que utilicé desvergonzadamente para mis propias necesidades políticas. Y no grandes bloques sin alma en donde la gente se ahoga y pierde la dignidad, sino comunidades decentes repletas de luz y risas. ¡Y liberaré a los polacos! Y toda la maquinaria política que utilicé para asignar los contratos a los constructores menos adecuados... hundiré esos edificios inhabitables y haré que los construyan bien. Disolveré esa Gestapo secreta que he estado reuniendo durante todos estos años. Solo aceptaré a aquellos hombres que puedan pasar un duro examen policial que tenga muy en cuenta lo humanitarios que sean. Cuidaré los parques y los jardines, para que esta ciudad sea hermosa. Y luego me entregaré para ser juzgado. Espero que no me den más de cincuenta años. Ya no soy muy joven.

Kris se sorbió pensativamente un diente.

—No se deje llevar por la emoción, Excelencia.

Luego indicó la máquina de relojería.

—¿Qué es esto?

Daley miró a la máquina con repugnancia.

—Tendremos que destruirla. Fue mi parte en el plan de ocho puntos de A.R.A.C.N.I.D.O., entrado en operación hace veinticuatro años para... para...

Se detuvo indeciso; una expresión confusa y perpleja se extendió por su amables rasgos. Se mordió el labio inferior.

—Sí, prosiga —le urgió Kris—. ¿Qué es lo que quieren hacer? ¿Cuál es el gran plan de A.R.A.C.N.I.D.O? ¿Cuál es su objetivo?

Daley extendió las manos.

—No... no lo sé.

—Entonces, dígame... ¿qué son? ¿De dónde vienen? Hemos luchado con ellos durante años, pero no tenemos más información al respecto que cuando empezamos. Siempre se autodestruyen como ha hecho ese —hizo un gesto hacia la polvorienta mancha del podio—, y jamás hemos podido capturar a ninguno. De hecho, usted es el primer títere que logramos recuperar con vida de sus manos.

Daley fue asintiendo con la cabeza durante la innecesaria explicación de Kris. Cuando el agente hubo terminado, se alzó de hombros.

—Lo único que recuerdo... fuera lo que fuese lo que tenía en mi cabeza, parece haberme tenido bloqueado, impidiendo que me enterase de casi nada, y lo único que recuerdo es que son de otro planeta.

—¡Alienígenas! —casi gritó Kris, comprendiendo de inmediato lo que Daley había dicho—. Un plan de ocho puntos. Los otros siete nombres de la lista y usted. Cada uno de ustedes ocupándose de una fase de un gran plan cuyo propósito aún no conocemos.

Daley le miró.

—Tiene usted una verdadera cualidad para decir lo obvio.

—Me gusta sintetizar las cosas.

—Amalgamar.

—¿Cómo?

—Nada. Olvídelo. Prosiga.

Kris pareció confuso.

—No, de hecho, es *usted* el que ha de seguir. Dígame lo que se suponía que hacía este equipo de aquí.

—Aún sigue haciéndolo. No lo hemos detenido.

Kris pareció alarmado.

—¿Cómo lo apagamos?

—Apriete ese botón.

Kris apretó el botón y, casi de inmediato, las cubas dejaron de burbujear, la sustancia humeante del interior de las mismas fue perdiendo tamaño, el sistema de aireación dejó de airear, la máquina de relojería disminuyó su marcha y se detuvo, el cucú se puso azul y murió, las mangueras se aplanaron y la habitación quedó en silencio.

—¿Qué es lo que hacía?

—Creaba y esparcía aire polucionado por la atmósfera.

—Bromea.

—No bromeo. ¿O es que se creía que el aire polucionado era realmente producido por las fábricas, los coches y los cigarrillos? A A.R.A.C.N.I.D.O. le costó una fortuna el falsificar los informes y el preparar una campaña de publicidad acerca de que eran los coches y cosas así. En realidad, he estado sembrando polución en la atmósfera durante veinticuatro años.

—Hijo de mala madre —dijo Kris con admiración. Luego hizo una pausa, pareció nervioso y preguntó—: Dígame, ya que sabemos que los componentes de A.R.A.C.N.I.D.O. son alienígenas del espacio exterior, ¿significa acaso su sigla

Asquerosos y

Repugnantes

Alienígenas que

Crean las condiciones

Necesarias para la

Invasión

Destruyendo el

Orden?

Daley se quedó mirándolo.

—A mí no me lo pregunte... nadie me cuenta nada.

Luego saltó del podio y se dirigió hacia la puerta que llevaba a la central de energía. Kris le miró, luego tomó un barrote de hierro y se dedicó a destruir la máquina polucionadora. Cuando hubo terminado y se halló sudando y rodeado por chatarra aplastada y demolida, alzó la vista y vio a Daley en pie junto a la puerta abierta que llevaba al exterior.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó.

Daley sonrió con aire distante.

—No. Solo le miraba. Ahora que vuelvo a ser un buen tipo, deseaba ver mi último ejemplo de violencia brutal y sin motivo. ¡Chicago va a ser tan tranquilo de ahora en adelante!

—A aguantarse, muchacho —dijo Kris, con sentimiento.

7

El plan de ocho puntos parecía relacionarse con Alabama. Wallace. Pero Wallace estaba en plena campaña por alguna cosa, y aparentemente el plan de ocho puntos necesitaba su toque especial (filtrado a través del toque aún más suave de un operativo de A.R.A.C.N.I.D.O. dentro de su cabeza) para que quedase conectado. Kris decidió reservar a Wallace para el fin. El tiempo era importante, pero Frieda estaba cubriendo el asunto de Daley y el fin de la máquina polucionadora de Chicago y, francamente... ¡al cuerno con el tiempo! Aquello parecía el último enfrentamiento con A.R.A.C.N.I.D.O., así que Kris informó a la Cumbre que iba a seguir y erradicar los siete puntos restantes del plan, dedicando su atención a Wallace hacia la fiesta de Navidad. Esto complicaría las cosas para Kris, pero estaba seguro de que PoPo estaría trabajando en la fábrica. Y, lo que debía hacerse... debía hacerse. Desde luego no iba a ser fácil. Pensó con nostalgia en su casa del Ártico, la alegre y zumbante fábrica de juguetes, la forma en que, Blitz en especial, le lamía la palma de la mano cuando le llevaba los azúcares con LSD, y la forma en la que aquellos bichos volaban cuando estaban en ácido.

Después apartó sus pensamientos de tiempos más felices y climas más fríos, disponiéndose a destruir a A.R.A.C.N.I.D.O. Se encargó de los siete que quedaban en orden.

8

REAGAN: CAMARILLO, CALIFORNIA

Reagan había cerrado todos los asilos mentales del estado con la inatacable teoría de que nadie necesitaba, en realidad, atención psiquiátrica... «¡Se necesita estar loco para estar en un sitio así!», había dicho en una cena que le había dado la Legión Americana, a quinientos dólares plato, solo seis meses antes. Kris lo halló en el lavabo de caballeros del primer piso de la abandonada institución estatal de Camarillo, peinándose su mata de cabello a lo pompadour.

Reagan giró sobre sus talones, viendo el reflejo de Kris en el espejo, y chilló

pidiendo ayuda a uno de sus asistentes zombi, un hombre de verde, que estaba encerrado en un retrete de pago. (Los asilados habían recibido el pago de una asignación mensual en vales oficiales del Estado Dorado, provenientes de la conversión de las dotaciones económicas que les habían sido enviadas por sus hijos casados que no deseaban a sus perversos padres por casa; estos vales podían ser utilizados para el uso de los retretes de pago. Reagan siempre había creído en un sistema de gobierno estatal de «paga por lo que consumes»).

Kris golpeó al pequeño recinto con urna patada de *savatte* que hizo astillas la puerta justo en el momento en que salía el hombre de verde, y el borde de su zapato destrozó el bazo del hombre. Luego el agente se abalanzó sobre Reagan, en un intento de capturarlo, dominarlo y, de algún modo, impedir que el simbiote de A.R.A.C.N.I.D.O. que había en el interior de la cabeza de Reagan se autodestruyese. Pero el infernalmente apuesto Reagan se echó abruptamente a un lado y, mientras Kris lo contemplaba horrorizado, comenzó a desdibujarse y a cambiar de forma.

Al cabo de unos momentos no era Reagan el que se hallaba ante Kris, sino una hidra de siete cabezas escupiendo por sus siete bocas a) fuego, b) nubes de amoníaco, c) polvo, d) cristales rotos, e) gas clorhídrico, f) gas mostaza y g) una combinación de halitosis y música rock.

Tres de las cabezas (c, e y f) se abalanzaron impulsadas por sus cuellos serpentinos y Kris se aplastó contra la pared del lavabo. Su mano se introdujo con rapidez en su chaqueta y sacó un bolígrafo. Le dio dos vueltas, en dirección contraria a la de las agujas del reloj, y el bolígrafo se transformó en largo mandoble. Manejando la espada con facilidad, Kris la blandió con vigor, y en unos pocos minutos había cortado las siete cabezas.

Apuntó luego al mismo corazón de la bestia y la atravesó. El gran cuerpo cayó estrepitosamente sobre un costado, y se quedó muy quieto. Se desdibujó y volvió a transformarse en Reagan. Luego la cosa negra se deslizó saliendo de su oreja, entró en erupción y ensució las baldosas del suelo con hollín.

Después, Reagan se peinó el cabello y se aplicó maquillaje de fondo sobre los puntos brillantes de su nariz y mejillas, gimiendo penosamente acerca de las cosas, realmente raras, que había hecho bajo la estupefactante e increíblemente malévola dirección de A.R.A.C.N.I.D.O. Juró que no sabía que significaban las letras del nombre de la organización. Kris se sintió deprimido.

Entonces, Reagan le mostró la fábrica de Camarillo, explicando que *su* parte del plan de ocho puntos era utilizar las grandes máquinas del segundo y tercer piso para esparcir locura por la atmósfera. Rompieron las máquinas con algunas dificultades, dado que buena parte del equipo estaba hecho con un plástico muy duro.

Reagan aseguró a Kris que trabajaría con la Cumbre para ocultar la eliminación de la segunda fase del plan de ocho puntos. Y, desde aquel día en adelante (alzó una mano en el saludo de los boy scouts), sería tan bueno como le fuera posible. Llevaría a cabo la tan necesaria reforma del impuesto sobre la propiedad; dejaría de meterse

con los estudiantes del UCLA: se suscribiría a *The LA Free Press*, *The Avatar*, *The East-Village Other*, *The Berkley Barb*, *Horseshit*, *Open City* y todos los otros periódicos underground para poderse enterar de lo que estaba sucediendo *realmente*. Y antes de una semana, instituiría clases diarias de bailes folklóricos, música soul y métodos de coerción pacífica, a las que deberían asistir los miembros de los diversos departamentos de policía del estado.

Sonreía como un hombre que ha recuperado la inocencia de la niñez, o la naturaleza de la misma, que de algún modo había perdido.

9

JOHNSON: JOHNSON CITY, TEXAS

Kris lo encontró comiendo puré de patatas con sus manos, sentado a una cierta distancia del resto de la gente. Tenía un aspecto infernal. Parecía muy cansado. Había una vaca a medio comer en un asador, girando lentamente sobre tizones de carbón vegetal. Kris se sentó junto a él y pasó un rato. Él pensó que Kris estaba en la fiesta. Eructó. Entonces Kris le golpeó la sien derecha con un dedo y arrastró su forma inconsciente hacia el bosque.

Cuando Johnson se despertó, supo que todo había terminado. El simbiote de A.R.A.C.N.I.D.O. lo abandonó, estalló y ensució las hojas muertas (eran mediados de octubre) y Johnson dijo que tenía que apresurarse para detener la guerra. Kris no sabía de qué guerra hablaba, pero le parecía una idea excelente.

—Dígame —le dijo Kris con ansiedad—, ¿acaso A.R.A.C.N.I.D.O. significa

Alienígenas

Reptantes que se

Apoderan de los

Cerebros

Nacionales

Intentando la

Demolición del

Orden

o es algo aún más arcano?

Johnson extendió las manos. No lo sabía.

Le dijo que su parte del plan de ocho puntos era fomentar la guerra. Y matar niños. Pero ahora, todo aquello había terminado. Llamaría a las tropas de vuelta a casa. Liberaría a todos los manifestantes que estaban en prisión. Convertiría la industria a usos pacíficos. Enviaría grano a las naciones necesitadas. Tomaría lecciones de locución. Kris se alzó de hombros y se marchó.

10

HUMPHREY Y NIXON: WASHINGTON, D. C.

Era una semana después de la elección. Uno de ellos era Presidente. No importaba. El otro estaba tratando de organizar la oposición, y entre ambos habían partido el país en dos. Nixon estaba tratando de que lo afeitasen bien, y Humphrey intentaba aprender a llevar lentes de contacto que hicieran que sus ojos pareciesen más grandes.

—¿Sabes, Dick?, el problema es, básicamente, que tengo unos ojillos raros, como los de un pájaro, ¿lo sabías?

Nixon se volvió del espejo de la pared de la oficina y le contestó:

—Yo sí que podría quejarme. Tengo ya una barba de tres días, y solo hace unas horas que me afeité. Hey, ¿qué es eso?

Humphrey se volvió en su sillón y vio a Kris.

—Adiós, A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo Kris y disparó dardos somníferos a cada uno de ellos.

Antes de que los dardos pudieran alcanzarles, las cosas negras saltaron de sus oídos, estallaron y mancharon. «¡Maldito sea!», exclamó Kris y abandonó la oficina sin esperar a que Nixon y Humphrey recuperasen el conocimiento. En cualquier caso, pasaría una semana o dos antes de que sucediese tal cosa. El Armero aún no daba en el blanco en lo referente a controlar cuanto tiempo dejaban inconscientes a la gente aquellos dardos. Kris salió de allí, porque sabía que su parte del plan de ocho puntos era confundir las cuestiones, sembrar la confusión y la disensión en la atmósfera. Johnson se lo había dicho. Ahora se convertirían en unos majos, y el Presidente actuaría como si su conciencia lo guiase.

La Navidad se acercaba. Kris sentía nostalgia del hogar.

11

A.R.A.C.N.I.D.O. trató de matar a Kris en Memphis, Detroit, Cleveland, Great Falls y Los Angeles. Falló.

12

MADDOX: ATLANTA, GEORGIA

Era demasiado horrible para poderlo describir. Fue el único títere de A.R.A.C.N.I.D.O. que Kris tuvo que matar. Con un pequeño mango de hacha en oro, recuerdo del famoso restaurante de Maddox. Kris destruyó la máquina de odio a los

negros, la parte de Maddox en el plan de ocho puntos, y comió pollo frito mientras se dirigía a Montgomery.

13

WALLACE: MONTGOMERY, ALABAMA

Tañendo su pequeña campana de latón, el Santa Claus ataviado de rojo atravesó la plaza situada frente al edificio estatal de Montgomery. El Santa Claus era gordo, alegre, barbudo y posiblemente el hombre más mortífero del mundo.

Kris miró a su alrededor mientras se abría paso por entre la nieve, que le llegaba hasta los tobillos. Los edificios del estado estaban agrupados alrededor del perímetro de la plaza circular, y notó una terrible sensación cosquilleante que le subía y bajaba por la espina dorsal. Quizá hubiera sido el agobio del traje con todo su equipo... era tan confinante que le hacía sudar, incluso en medio del frío y la blancura de aquel 24 de diciembre. Tenía las botas empapadas por la nieve y midió su paso mientras subía la escalinata de la Casa del Estado... vigilando.

Todo estaba cerrado a causa de las vacaciones. Todos los organismos estatales de Alabama. Y, sin embargo, había movimiento en la ciudad. Los compradores de última hora se apresuraban a cumplir con sus cuotas como felices consumidores. Los niños correteaban por aquí y allá, pareciendo ir a alguna parte pero limitándose, probablemente, a carambolear. Kris siempre sonreía cuando veía a los niños; ciertamente, eran la única esperanza; tenían que ser protegidos, no separados de la realidad, sino simplemente protegidos; y el creciente cinismo de los jóvenes había comenzado a preocuparle; no obstante, parecía como si los jóvenes activistas estuviesen, de un modo inconsciente, luchando contra todo aquello por lo que abogaba A.R.A.C.N.I.D.O. llegando incluso a hacer un trabajo mejor que sus mayores.

Un hombre se apresuró escalinata abajo, pasando junto a Kris. Iba arropado hasta la barbilla en un grueso abrigo. Miró por el rabillo del ojo, bizqueando, e ignoró el pote de donativos que le tendía Santa Claus. Kris continuó subiendo.

Los aparatos de detección que ahora llevaba Kris dentro de su gorro de piel lanzaron un blip; y los trazadores y buscadores de alcance fueron aumentando el tono del mismo a medida que se fue acercando a Wallace. Iba a ser un problema entrar en el edificio. Pero, de todos modos, si no fuera por los problemas que convertían en necesario el que llevase tal cantidad extra de equipo en su traje rojo, Santa Claus hubiera sido una figura delgada y esbelta.

—Jo, jo, jo —murmuró Kris, lanzando bocanadas de aire gélido.

Mientras llegaba al primer descansillo de la Casa del Estado, Kris comenzó a poner en marcha su plan para obtener acceso a la misma. Manejando los controles del

traje que llevaba en la palma de su mitón derecho, dirigió las mangueras de alta presión hacia una ventana cerrada del ala izquierda de la Casa del Estado. Una vez que el control de tiro estuvo centrado en el objetivo, Kris marcó el código para que los tubos dejaran paso a napalm y ácido, oprimió los botones de disparo y contempló como las mangueras rociaban la ventana con ácido, disolviendo al mismo tiempo barrotes y cristal. Luego el napalm erupcionó de las mangueras en un chorro ardiente que trazó un arco sobre la nieve y golpeó al hueco abierto en el frontis de la Casa del Estado. En un instante aquella parte del edificio estuvo ardiendo.

Kris puso en marcha la mochila cohete y se alzó por los aires. Cuando estaba flotando a sesenta metros de altura conectó los cohetes de dirección y planeó sobre la Casa del Estado. Cesó el funcionamiento de los cohetes y Kris descendió con lentitud, cortando luego la acción de su mochila cohete. Había llegado al techo sin haber sido visto. El fuego mantendría ocupada la atención de todos. En aquel estadio de la erradicación del plan de ocho puntos, estarían esperándole, pero no sabrían que sería una fuerza de asalto tan formidable.

El contador Geiger le indicaba una fuente importante de radioactividad en el ala norte de la Casa del Estado. Sus botas de siete leguas le permitieron saltar allí en tres botes, y colocó cargas de plástico a lo largo de los bordes del techo, rociándolas con aerosol de implosión para que la fuerza de su estallido fuese dirigida hacia abajo. Luego instaló el mecanismo de relojería y saltó de nuevo a la sección del techo en donde sus detectores indicaban con más fuerza la presencia de Wallace. Extendiendo los ganchos de sus mitones, cortó una sección circular en el techo y luego la quemó con ácido. La mantuvo asida en el sitio. De repente, estallaron las cargas de plástico en el techo del ala norte y, bajo la cobertura de este tumulto, atacó. Utilizó los punzones de las botas para hundir la superficie circular que había cortado en el techo. Esta apertura había sido a través del material aislante. Ahora utilizó el lanzallamas para abrirse paso a través de las varias capas de revestimiento, yeso y vigamenta, hasta que lo único que quedó entre él y la posibilidad de entrar fue el yeso del techo de la habitación. Sacó una granada de los bolsillos interiores de su enorme traje, tiró de la anilla, soltó la manecilla y la dejó caer por el agujero. Se oyó una seca y breve explosión y cuando se hubo aclarado la nube de polvo de yeso, pudo saltar al interior de la Casa del Estado de Alabama.

Saltó, colocando el mando de sus botas para *rebote ligero*.

Cayó entre un grupo de zombis vestidos de verde, que le esperaban. «Jo, jo, jo», exclamó de nuevo Kris, abriendo fuego con sus ametralladoras. Los cuerpos saltaron, se desplomaron y se estrellaron contra las paredes, y algunos segundos más tarde el grupo de recepción estaba empapado en su propia sangre.

Habían colocado barricadas en las puertas de la habitación. Kris no tenía tiempo para abrirlas por métodos suaves. Así que se arrancó su roja nariz de goma y la lanzó. Las puertas estallaron hacia el exterior en una lluvia en cascada de astillas y fragmentos. Se abalanzó a través del humo y de los restos aún por el aire, llegó al

pasillo y se volvió para seguir el urgente sonido de sus detectores. Wallace se estaba moviendo. ¿Tratando de escapar? Quizá.

Sacando un bolo, se abalanzó de nuevo hacia adelante. Unos zombis vestidos de verde cayeron sobre él desde un corredor lateral y se abrió camino a cuchilladas, sin detenerse. Un disparo impactó en la pared junto a su oreja y se medio volvió, dejando que un cuchillo de lanzar cayese en su mano desde su funda aceitada. El francotirador medio salía de una puerta, corredor abajo. Kris dejó que el cuchillo se deslizase palma abajo, lo atrapó por la punta y, con un rápido movimiento, lo lanzó. El cuchillo rozó el borde del marco de la puerta y se clavó en la garganta del zombi. Este desapareció en el interior de la habitación.

Los detectores indicaban ahora una pared desnuda en el extremo de un corredor sin salida. Kris fue hacia ella, a la carrera, con la armadura corporal de su traje preparada para convertirla en un ariete. Golpeó la pared y la atravesó. Tras la desnuda pared del callejón sin salida había una escalera de piedra que se hundía en la oscuridad. En ella acechaban los zombis. Las ametralladoras calibre 30 resolvieron ese problema: Kris descendió a la carrera por los escalones, disparando ante él. Los zombis desaparecieron, hundiéndose en las tinieblas.

Al fondo halló un río subterráneo y vio las negras y triangulares aletas dorsales de unos tiburones.

Aún murmurando: «Jo, jo, jo», Kris se zambulló de cabeza en la negrura estigea. El agua se cerró sobre él y no pudo verse nada más, excepto el agitarse de los tiburones.

Menos de una hora después, toda la Casa del Estado de Alabama y buena parte de la plaza pública saltaron por los aires en una explosión infernal de tal ferocidad que hizo añicos las ventanas de las casuchas de los pobres negros de Selma.

14

Estaba arañándole suavemente la espalda desnuda con sus largas y pintadas uñas. Él yacía boca abajo sobre la cama, tendiendo de vez en cuando la mano hacia la mesita de noche para dar un trago al whisky con agua. Las lívidas cicatrices que aún seguían pulsando en la espalda de él parecían atraerla. Se mojó sus gruesos labios y sus pechos desnudos y de grandes pezones se balancearon mientras contemplaba el cuerpo de él.

—Luchó hasta el fin. El hijo de perra era el único de los ocho al que realmente le *gustaba* la cosa negra que tenía en su cabeza. Era auténtica y genuinamente malvado. El peor de todos; no me extraña que A.R.A.C.N.I.D.O. lo eligiese como piedra sillar del plan de ocho puntos.

Hundió la cara en la almohada, como tratando de ocultar el recuerdo de lo que había sucedido antes.

—Esperé tres meses y medio a que regresases —dijo la rubia, sosteniéndose los pechos—. ¡Lo menos que podías hacer es decirme donde habías estado!

Él se volvió y la cogió. La apretó contra sí y pasó sus manos sobre su lozana carne. Parecía arder con un calor especial. Mucho, mucho después, en algún momento a mediados de enero, la soltó y dijo:

—Muñeca, es una cosa demasiado fea para hablar de ella. Lo único que te digo es que si hubiera habido *alguna* posibilidad de salvar a ese mamón de Wallace de su propia maldad, la hubiera aprovechado.

—¿Resultó muerto?

—Cuando estallaron las cavernas subterráneas. Se hundió la mitad del estado de Alabama. Lo curioso es que... casi todo eran propiedades de blancos. Todos los ghettos siguen en pie. El nuevo gobernador, Shabbaz X. Turner, ha declarado todo el estado área de desastre, y ha conseguido que la Cruz Negra vaya a ayudar a todos los pobres blancos que quedaron sin hogar a causa de la explosión. Ese bastardo de Wallace debió haber tenido todo el estado minado.

—Suen a terrible.

—¿Terrible? ¿Sabes cuál era la parte de ese cerdo en el plan de ocho puntos?

La chica le miró con ojos muy grandes.

—Te lo diré. Su tarea era, utilizando un equipo tremendamente sofisticado, el endurecer los procesos mentales de los jóvenes, el envejecerlos. El hacer que sus conceptos quedasen fijos como el cemento. Cuando hicimos estallar toda aquella maquinaria infernal, la gente empezó de repente a pensar con libertad, hablándose unos a otros, comprendiéndose los unos a los otros y dándose cuenta de que el mundo estaba en un estado penoso, comprendiendo que, aquello de lo que habían estado seguros un momento antes, quizá pudiera ser puesto en cuestión. Literalmente, estaba convirtiendo a los jóvenes en viejos. Y causaba la decrepitud.

—¿Quieres decir que no nos hacemos viejos?

—Infiernos, no. Era A.R.A.C.N.I.D.O. quien nos hacía cada vez más y más viejos, hasta que nos derrumbábamos. Ahora todos permaneceremos en la forma en que estamos, alcanzando una edad física de treinta y seis o treinta y siete años, para mantenerla después durante otros dos o trescientos años. Y, ah, sí, no habrá cáncer.

—¿Eso también?

Kris asintió.

La rubia estaba echada de espaldas y Kris hizo un dibujo sobre su estómago con sus grandes manos, llenas de cicatrices.

—Querría saber una cosa —preguntó la rubia.

—Sí, ¿qué es?

—¿Qué era ese plan de ocho puntos de A.R.A.C.N.I.D.O? Quiero decir que, aparte de los elementos individuales para hacer que todo el mundo odiase a todos los demás, ¿qué era lo que intentaba lograr?

Kris se alzó de hombros.

—Eso, y lo que significa el nombre A.R.A.C.N.I.D.O., es algo que quizá no sepamos jamás... ahora que su organización ha sido destruida. Es una pena. Me hubiera gustado saberlo.

Y lo sabrás, dijo repentinamente una voz en el interior de la cabeza de Kris. La rubia se alzó de la cama y sacó una mortífera pistola lanzadardos de debajo de la almohada. *Nuestros agentes están en todas partes*, dijo telepáticamente.

—¡Tú! —espetó Kris.

Desde el momento en que regresaste, después de la Navidad. Mientras estabas recuperándote de tus heridas, yaciendo ahí inconsciente, yo me deslicé en el interior... tras haberte seguido desde Alabama. Es por esto por lo que jamás hallaste evidencias de que el simbiote de Wallace se hubiera autodestruido... Me deslicé dentro e invadí este pobre cuerpo. ¿Qué es lo que te hizo creer que nos habías derrotado, estúpido? Estamos en todas partes. Llegamos a este planeta hace sesenta años... comprueba tu historia, y hallarás la fecha exacta. Aquí estamos, y aquí nos quedaremos. Por el momento, para llevar a cabo una guerra terrorista. Pero pronto... para apoderarnos de todo. El plan de ocho puntos era el más ambicioso de los que hemos llevado a cabo hasta el momento.

—Ambicioso —resopló Kris—. Odio, locura, cáncer, prejuicios, confusión, sumisión, polución, corrupción, envejecimiento... ¿qué clase de basura sois?

Somos A.R.A.C.N.I.D.O., dijo la voz mientras la rubia le apuntaba con el lanzadardos. *Y en cuanto sepas lo que significa A.R.A.C.N.I.D.O., sabrás lo que intentábamos haceros a vosotros, pobres y débiles terrestres, con nuestro plan de ocho puntos.*

¡Mira! la voz era jubilosa.

Y el simbiote de A.R.A.C.N.I.D.O. salió de su oreja y corrió hacia la garganta de Kris. Este reaccionó al instante, saltando de la cama. El simbiote falló su cuello por micromilímetros. Kris golpeó la pared, se empujó con un pie desnudo y cayó de nuevo sobre la cama, pasando por encima de la rubia, agarrando su mano y dirigiendo la boca del arma al simbiote. Este corrió a cubrirse, mientras las letales agujas atravesaban las sábanas. Luego Kris agarró la mortífera pantalla de la lámpara situada en la mesita y la lanzó.

Al instante, todo el complejo de fábricas de juguetes subterráneo quedó bañado por la oscuridad.

Notó como la rubia se estremecía entre sus brazos y supo que el simbiote de A.R.A.C.N.I.D.O. había huido de vuelta al único lugar en que estaba seguro. Dentro de ella. No le quedaba más elección que matarla. Pero ella había lanzado el arma a lo lejos, y se hallaba atrapado allí en la oscuridad eterna, en la cama, aferrando el cuerpo de ella mientras luchaba por liberarse... Y se vio obligado por su desnudez a matarla utilizando la única arma que Dios le había dado cuando llegó a este mundo.

Era un arma especial, y le llevó casi una semana el matarla.

Pero cuando hubo terminado y se hubo aclarado la oscuridad, se quedó allí en la

cama, pensando. Exhausto, con cuatro kilos menos, tan débil como un gatito recién nacido, y pensando.

Ahora sabía lo que significaba A.R.A.C.N.I.D.O.

El simbiote era pequeño, negro y peludo; y corría sobre muchas y diminutas patas. El plan de ocho puntos estaba diseñado para hacerles sentirse como una mierda. Y la gente que se siente como una mierda se mata irnos a otros. Y la gente que se mata los unos a los otros deja un mundo intacto para el A.R.A.C.N.I.D.O.

Todo lo que tenía que hacer era eliminar los puntos entre las letras.

15

Los estudios de rendimiento llegaron a la siguiente semana. Decían que las entregas de estas fiestas habían sido las peores que jamás se recordaban. Kris y PoPo hojearon los informes y sonrieron. Bueno, todo iría mejor el año siguiente. No era extraño que las cosas hubieran ido mal aquella vez... ¿cuán efectivo puede ser un Santa Claus cuando, en realidad, se trata de un impostor? ¿Cuán efectivo puede ser un Santa Claus cuando había sido PoPo y CorLo, uno subido a los hombros del otro, llevando un traje rojo tres tamaños más grandes del que les hubiera ido bien? Pero con Kris dedicado a salvar al mundo, no habían tenido elección.

Llegaban quejas de todas partes.

Incluso de la Cumbre.

—PoPo —dijo Kris, cuando los teléfonos rehusaron cesar de tintinear—, no voy a contestar a ninguna llamada. Si quieren algo de mi, pueden encontrarme en Antibes. Voy a dormir durante unos tres meses. Siempre pueden llamarme allá por abril.

Iba a salir de la oficina cuando CorLo entró corriendo, con una expresión horrible en el rostro.

—Geeble gip freese jim-jim —dijo CorLo. Kris se derrumbó de nuevo sobre su silla.

Dejó caer su cabeza entre sus manos.

Todo iba mal.

Dasher había dejado preñada a Vixen.

—Esos desgraciados no le dejan vivir a uno —murmuró Kris, y comenzó a llorar.

NOTA DE LA EDITORIAL: El lector astuto se habrá dado cuenta de que la historia del señor Ellison tiene un pequeño fallo. Se dice al principio que el insidioso plan de ocho puntos incluye a un tal señor Spiro Agnew. Aparentemente el autor se olvidó enseguida de él. Aparentemente el autor no fue el único.



LA «NUEVA COSA»

Durante años, un cierto número de lectores nos ha estado pidiendo que publicáramos algo de la «Nueva Cosa» sin resultado alguno, pues había tres barreras infranqueables: traducción casi imposible del inglés al castellano, relatos incomprensibles y temas sumamente «obscenos» (según el Art. 2.º de la vigente Ley de Prensa). Ahora, habiendo hallado dos relatos que superaban estas dificultades, ofrecemos a nuestros lectores una muestra de la «Nueva Cosa».

EL ÚLTIMO HURRA DE LA HORDA DORADA

NORMAN SPINRAD

Hacia el este, a través del Gobi, trescientos viejos cabalgan sobre trescientos hirsutos y enjutos ponies mogoles. Los caballitos, como sus jinetes, son el callejón sin salida de una especie moribunda. Los hombres van ataviados con vestimentas de cuero sucias, cuarteadas y mal curtidas. En sus espaldas llevan los cortos arcos mogoles; de sus cinturas cuelgan espadas y llevan lanzas en sus callosas manos mientras cabalgan hacia la salida del sol.

En la mugrienta tienda de la calle Sullivan, identificada como el Club Social D'Mato por las desconchadas letras verdes en el área translúcida, manchada por las moscas, sita sobre la parte pintada de negro de la cristalera que ocultaba el interior, parecido a una caverna, de la vista de los asesinos casuales que pasaban por la calle, Jerry Cornelius, un asesino no tan casual (o, a su manera, *más* casual), estaba sentado en una silla metálica plegable pintada con esmalte gris, frente a un nudoso viejo con nariz a lo Jimmy Durante, tras la agrietada superficie de una trastabillante mesa de cartas. Jerry llevaba un traje negro cuidadosamente anticuado, una camisa de seda negra, una corbata blanca y botas del mismo color. Su negro impermeable de vinilo estaba colocado sobre un mostrador que corría paralelo a una pared de la sala y que contenía un muestrario de caramelos y una caja de cartón que era un exhibidor de los cigarros De Nobili. Tras el mostrador colgaba una desvaída fotografía de Franklin D. Roosevelt enmarcada en negro. El hombre con la nariz a lo Jimmy Durante fumaba un De Nobili y el humo semivenenoso que soplaba a través de la mesa estaba claramente destinado a hacer perder la calma a Jerry. No obstante, Jerry había esperado esto y, como contramedida, mantenía a mano su estuche de violín. Parecía tablas.

—Este es muy grande, Cornelius —decía el viejo.

—La carne es carne, señor Siciliano —le replicó Jerry—. El metal es metal.

—¿Te has encargado alguna vez de un funcionario a nivel de Gabinete?

Jerry reflexionó.

—Eso queda abierto a las dudas —admitió finalmente—. En una ocasión me encargué de un jefe de estado, pero se trataba de un despotismo benévolo.

El viejo masticó su cigarro, para disgusto de Jerry.

—Tendré que conformarme con eso —dijo—. Tienes el contrato. ¿Cuándo puedes estar en Sinkiang?

—Tres días. Tendré que volver a cambiar de pasaporte.

—Que sean dos.

—Tendré que mover resortes. Le costará caro.

—Hazlo.

Jerry sonrió.

—Ese es mi lema, señor Siciliano. ¿Para quién es el contrato?

—Para el heredero aparente de Mao Tse-tung.

—¿Y quién es hoy en día? —preguntó Jerry. La situación en China se había complicado bastante.

—Ese es tu problema —le contestó el de nariz a lo Durante.

Jerry se alzó de hombros.

—¿Y mi cobertura?

—Arréglatelas tú mismo.

Jerry se alzó, aferrando su estuche de violín, se pasó la mano por su gran mata de cabello rubio natural, recogió su impermeable, tomó un De Nobili del mostrador y dijo con una mueca malévolá:

—No diga que no le advertí.

El tren consistía en una locomotora, un vagón de mercancías cerrado, tres góndolas y un vagón de frenos. El vagón cerrado contenía una tonelada de heroína (¿sin aditivos?). Las góndolas contenían trescientos miembros del Ejército Popular de China armados con ametralladoras y protegidos de los elementos por los pensamientos del Camarada Mao. El vagón de frenos contenía al equipo negociador. La locomotora era diesel.

—Trabajaré con los rusos en esto, Inspector Cornelius —dijo Q—. Resulta que nuestros intereses coinciden.

Jerry frunció el ceño. La última vez que había trabajado con un ruso, había cogido ladillas.

—No me fío de esos maricas —le dijo a Q.

—Nosotros tampoco —le contestó con sequedad Q—, pero es la única forma conque podemos hacerle llegar a Sinkiang. Saldrá para Moscú en un vuelo de la Aeroflot por la mañana.

—¿Aeroflot? —gimió Jerry. ¡Cristo, aquellas azafatas rusas!, pensó—. Me mareo en la Aeroflot —se quejó.

Q miró a Jerry con firmeza.

—Nos hacen descuento por vuelo familiar —le explicó.

—Pero yo vuelo solo...

—Exactamente.

—¿Dramamina?

—Si insiste —dijo Q desaprobadoramente—, pero a la Oficina no le gustan las

sustancias extrañas.

—¿Mi misión? —preguntó Jerry.

—Atrapar a los chinos y a la Mafia con las manos en la masa. Detenerlos.

—Pero no tenemos jurisdicción.

—Para eso están los rusos —dijo Q—. Use su cabeza, Cornelius.

—Ellos tampoco tienen jurisdicción.

—No es usted tan tonto como para decir eso, Cornelius.

—Supongo que no —comentó pensativo Jerry.

Según los pensamientos del Camarada Mao, el poblado era un anacronismo: ciento cincuenta y tres nómadas comidos por las pulgas, como sus animales (principalmente caballos enfermos y yaks agotados), acampados en un cúmulo de *yurts* de piel a los márgenes del Gobi. Desde un punto correcto de vista podría decirse que el poblado no existía.

Desde el mismo punto de vista (así como desde muchos otros), los trescientos viejos que galopaban desde la desolación del Gobi también podrían haber sido calificados como inexistentes. No obstante, el campamento nómada tenía una cierta realidad para los viejos guerreros; de hecho se trataba de una realidad arquetípica que se remontaba en una línea de tradición no rota hasta los días del Gran Khan y su Horda Dorada, que aún ardían claramente en su memoria ancestral en aquel nebuloso y artrítico presente.

Poblado. Quemar. Saquear. Violar. Matar.

Fuera de la cobertura de los pensamientos del Camarada Mao, los viejos bárbaros existían en una realidad más feliz hecha de imperativos simples, lineales y tradicionales.

Por consiguiente, sin tener en cuenta el hecho de que el poblado era un anacronismo, los viejos guerreros, en la antigua tradición de la Horda Dorada, entraron cabalgando en el campamento, pasaron a cuchillo a hombres y niños, se dedicaron a violar a las mujeres hasta matarlas, degollaron a los animales, quemaron los *yurts* y continuaron cabalgando hacia el este, seguros en el conocimiento de que habían completado otro cuanto de su destino atemporal.

La larga pista de cemento rompía la monotonía de los eriales de Sinkiang con la monotonía, aún más absoluta, de su perfección geométrica. Perpendicularmente a la pista una vía de ferrocarril se alejaba hacia el horizonte. Desde el punto de vista del piloto del C-5A que se aproximaba a este nexos tridimensional, la pista y la vía del ferrocarril formaban una T con un segmento horizontal finito y una vertical infinita. En cualquier caso, al piloto le parecía que aquello no era nada sofisticado. Es muy probable que no comprendiese de un modo completo los pensamientos del Camarada

Mao; un hombre más erudito pudiera haber apreciado el simbolismo.

—Es una clara demostración de la cínica perfidia de la banda de gangsters chinos que se halla atrincherada tras la fachada de los títeres maoístas, camarada Cornelius —observó con genialidad el Comisario Krapotkin, tomando un té de un samovar de plata y pasándoselo sobre la mesa a Jerry. Krapotkin era un hombre con figura de barril pequeño que llevaba su traje cruzado a la moda como si fuera un uniforme. Quizá sea un uniforme, pensó Jerry mientras tomaba un azucarillo drogado de su cajita de nácar y se lo colocaba entre los dientes. Los rusos estaban haciendo todo lo que podían para ser «in» en aquellos tiempos y resultaba difícil mantenerse a su nivel.

Mientras Jerry sorbía el té a través del azucarillo situado entre sus dientes, Krapotkin encendió un Acapulco Gold y continuó con su cháchara:

—Mientras graznan y croan sus obscenidades antisoviéticas en Pekín, tratan con los peores elementos gangsteriles de la decadente sociedad capitalista a través de la puerta falsa de Sinkiang que, por cierto, es en realidad, claro está, territorio soviético.

—Yo no llamaría a la Mafia el *peor* elemento gangsteril de la decadente sociedad capitalista —observó Jerry con voz suave.

Krapotkin produjo un sonido metálico que, tentativamente, Jerry identificó como una risa.

—¡Ah, muy bueno, camarada Cornelius! Desde luego, uno podría argumentar que la distribución de la heroína, contribuyendo como contribuye a la prosecución de la corrupción del ya decadente Occidente, es un acto que contribuye al progreso a la larga de la clase trabajadora.

—Pero el suministrar al régimen reaccionario y aventurero de Pekín de moneda fuerte estadounidense ya no lo es —prosiguió Jerry.

—¡Exacto, camarada! Y es por esto por lo que mi gobierno ha decidido cooperar con los agentes de narcóticos norteamericanos. En cuanto el gobierno títere maoísta haya quedado al descubierto en el acto de vender heroína a la Mafia, no tendremos ningún problema para desacreditarlo por completo ante los elementos progresistas de todo el mundo.

—Y, claro está, la Mafia también quedará desacreditada.

—¿?

—La Mafia es, esencialmente, una organización patriótica como el K.K.K. o la Muy Leal Orden de los Alces.

Krapotkin agarró la colilla de su porro con unas pinzas.

—Basta ya de bromas, camarada —dijo—. ¿Estás preparado para el salto?

Jerry acarició su estuche de violín.

—¿Y mi cobertura? —inquirió.

—Serás un hombre que ha recibido un contrato de la Mafia para matar al heredero aparente de Mao Tse-tung —dijo Krapotkin—. Nuestros agentes de Palermo

han descubierto la existencia de ese plan.

—¿Y el verdadero hombre de la Mafia?

Krapotkin sonrió.

—Te aseguro que ha sido eliminado.

Jerry reflexionó que, desde un cierto punto de vista, Krapotkin tenía razón.

Apenas noventa segundos después de que el C-5A hubo rodado hasta detenerse con su cola hacia la unión de la vía férrea con la pista, como si se preparase a pedorrear a lo largo de la vía, las grandes puertas de la proa se abrieron como los pétalos de una flor de aluminio, bajó una rampa, y fue regurgitado un Cadillac negro que tiraba de una casa remolque de proporciones grandiosas y de un diseño gótico de Miami Beach. El C-5A continuó regurgitando Cadillacs como si fuera un animal preñado, y cada uno de ellos arrastraba una casa remolque más grande y rococó que la anterior.

Algo menos de trescientos viejos galopaban haciendo pausas a través de los eriales de Sinkiang sobre caballitos desfallecientes. A una docena o más de los guerreros mogoles se les habían roto vasos sanguíneos en sus cansados y viejos cerebros por la excitación de la última matanza. Su sangre corría poco espesa. Donde, en otro tiempo, las estepas habían resonado con los ecos de los cascos al galope de la Horda Dorada, mientras todo el mundo temblaba ante una marea de bárbaros que llenaba el campo de visión desde horizonte a horizonte, ahora no quedaba sino un puñado de decrepitos y agonizantes salvajes. *Sic transit gloria mundi*. El espíritu tenía ánimos, pero la carne estaba prácticamente muriéndose. Los supervivientes envidiaban a aquellos pocos de sus camaradas que habían sido lo bastante afortunados como para haber muerto con la muerte del guerrero, saqueando el último poblado en una cadena sin límites que se extendía hacia atrás hasta los días gloriosos en que los pueblos tenían nombres como Pekín, Samarkanda y Damasco.

Pero algo, llámese orgullo o machismo, mantenía en marcha al lastimoso resto de la Horda, cabalgando siempre hacia el este, en dirección a la salida del sol. Quizá fuera la esperanza de que en algún lugar de la estepa sin límites quedase aún un poblado lo bastante grande (pero no *demasiado* grande) para darles a todos la gloria de la muerte en una matanza final, sangrienta y triunfante. En sus abotargados y viejos cerebros ondeaban, como deshilachadas banderas de combate, los simples imperativos que condicionaban sus vidas, esperanzas y destinos: Poblado. Quemar. Saquear. Violar. Matar.

Jerry Cornelius, aún asiendo el estuche de violín, se hallaba solo en el grisáceo

erial, y contemplaba al helicóptero ruso desaparecer en el cielo color pizarra con una cierta sensación premonitoria. Uno no puede fiarse de esos rusos, pensó. ¿Dónde estaba el coche?

Hacia el este había una gran roca. Tras ella, y no sin una cierta sensación de alivio, Jerry encontró un sedán Cadillac negro de último modelo, bien limpio y brillante. Hasta ahora, todo iba bien. Dentro del coche Jerry halló su nueva personalidad. Quitándose la ropa asumió la personalidad: un traje a rayas con pantalones rectos y solapas estrechas, una camisa blanca, una corbata blanca, un alfiler de corbata de diamantes, zapatos italianos puntiagudos, calcetines escoceses, una caja de De Nobilis y latas de betún negro para zapatos y vaselina, con la que se dio un toque a lo Rodolfo Valentino, sobre el que se colocó un sombrero verde con cinta de piel de leopardo. Así ataviado y con un palillo redondo colocado entre sus dientes con expresión displicente, selló el coche, conectó el acondicionamiento de aire y emprendió el viaje a través del erial.

Solo cuando descubrió que la radio no podía sintonizar otra emisora que no fuera Radio Moscú y que en la cassettoteca no había mas que obras de Tchaikowsky, pudo darse cuenta de la traición de Krapotkin.

Cuando el tren se fue acercando y quedó a la vista la unión entre el ramal de ferrocarril y la pista, los soldados del Ejército Popular solo lograron contener los gritos de asombro, sobresalto y desmayo gracias a una diligente aplicación de los pensamientos del Camarada Mao.

Pues allá, en las profundidades de Sinkiang se hallaba lo que, dadas las circunstancias, podía considerarse un facsímil bastante decente de Las Vegas. Un semicírculo de casas remolque rodeaba a una piscina con forma de riñón. Decorados con tonos pastel, provistos de grandes ventanales panorámicos y disponiendo de numerosas extensiones, alas y porches, las casas remolque se asemejaban a la parte inferior, o sea los casinos, de los hoteles de Las Vegas. Complejos laberintos de casetas, sillas de playa, pistas de balón volea, pabellones, invernaderos, pistas de tenis y jaulas de palomos, que llenaban los intersticios entre las casas remolque, completaban la ilusión. Tras este decorado semicircular de Las Vegas se alzaba la cola del C-5A, que, de algún modo, recordaba a Howard Hughes y todo lo que su nebulosa personalidad implicaba. Aparcados entre los espectrales casinos de hotel se hallaba un número indeterminado de Cadillacs negros.

Alrededor de la piscina, camareros con smoking de color rojo servían tibios Collins a hombres panzudos con gafas de sol tendidos en tumbonas de playa, que se calentaban con complejos montajes de lámparas solares. Starlets en bikini paseaban sus culos pellizcables por la piscina.

Los oficiales del vagón de frenos llamaron inmediatamente al tren de reserva que había sido dejado a ochenta kilómetros más allá, en la vía, anticipando que se

presentase una necesidad así.

Aproximándose a su destino desde el sur, Jerry Cornelius descubrió un grupo de pagodas, chozas y barracones, entre los que habían sido erigidos grandes cartelones con inmensos retratos de Mao, Lenin, Stalin, Enver Hoxha y otras personalidades populares en la República Popular China. Todo estaba festoneado con una caligrafía similar a la de los pasteles de boda. Estallaban intermitentes hileras de petardos. Agentes secretos se perseguían unos a otros por las retorcidas callejuelas. Soldados del Ejército Popular hacían tablas de gimnasia. Las secas sílabas de dialectos chinos llenaban el aire como hojas de afeitar. Sonaban gongs. En las calles bailaban dragones de papel. Un atardecer perpetuo flotaba sobre el escenario que, inspeccionado más de cerca, resultaba estar construido con madera de balsa, papel de arroz y cartón piedra.

Precavidamente, Jerry rodeó de lejos con su Cadillac esta versión china de Disneylandia y se dirigió hacia la cola de un C-5A que dominaba el paisaje. Pronto la realidad (dentro de lo que cabe) cambió y se halló en los alrededores de lo que parecía ser un suburbio de Las Vegas: los pisos bajos de los casinos de los hoteles montados sobre ruedas y aparcados en un semicírculo alrededor de la gran piscina con forma de riñón, enfrentándose a la aparición china, sita al otro lado de las aguas purificadas con cloro.

Habiendo descubierto un vagón cerrado muy vigilado, tras la fachada de la realidad china, a Jerry no le sorprendió el ver a una docena de matones con ametralladoras vigilando el C-5A. Dentro del avión debían estar los 50.000.000 de dólares.

Jerry aparcó el Cadillac durante un momento junto a aquella mezcla de Oriente y Las Vegas, tratando de calcular cual debía ser su siguiente movimiento.

Poco después, se dirigió hacia el campo de la Mafia, aparcó el Cadillac junto a una toma de agua de los bomberos, frente a una barbería, y se perdió en el escenario sin apenas causar una salpicadura. ¡Sí, desde luego, aquel era su tipo de ciudad!

Hacia el este, más allá de los eriales, los desechos de la Horda Dorada, aquí y allá con un jinete muerto sobre su caballo, un macilento pony que casi desfallecía bajo su jinete, con el espíritu ardiendo cada vez más brillante a medida que se aguaba la sangre y como si su antigua carne se estuviese ectoplasmando en algo que no era sino la ajada y apergaminada quintaesencia de la tradición unida al deseo, con la desesperada determinación de no morir con la muerte del campesino y la imagen de la Matanza Final ardiendo con su desesperada esperanza en la parte de atrás de lo que quedaba de sus cerebros arterioscleróticos, se tambaleaban hacia adelante, siempre hacia adelante.

—¿Captas la Gran Idea, Cornelius? —dijo La Roca, dando sorbitos a su Collins mientras él y Jerry yacían lado a lado en tumbonas de playa, bronceándose junto a la piscina. Jerry, vestido con un traje de baño color azul neón, una bata de toalla de color amarillo que hacía contraste, sandalias japonesas de goma y gafas de sol plateadas, modelo Fuerza Aérea, había resistido el peligroso deseo de pedir un Pernod y, como consecuencia, estaba jugueteando con un repugnante combinado a base de ron. Solo la presencia de su estuche de violín, que tenía a mano, calmaba sus tensos nervios. Y las lámparas solares amenazaban con fundir la crema negra de zapatos que llevaba en el cabello.

—No me pagan para captar la Gran Idea, Roca —dijo Jerry, manteniéndose en su personaje aunque, desde un cierto punto de vista, lo que decía era cierto.

La Roca se rascó su peluda panza con una mano y con la otra, convertida en garra, pellizcó el culo de una starlet que pasaba, la que lanzó una risita, tal como era de rigor.

—Me gusta tu estilo, chico —dijo La Roca—, pero, ¿es que no tienes curiosidad?

—La curiosidad mató al gato.

—A mi me gustan los perros, Cornelius, así que, ¿a quién le importa? Lo que yo digo es que esos chinos se lo han estado buscando. Solo porque esos desgraciados tienen unas pocas bombas H y proyectiles cohetes intercontinentales, no es para que se les ocurra la idea de que pueden engañar a la Mafia y vivir para contarlo. Sí, después de que hayas cumplido tu contrato con su *padron* número dos, ese jilipollas sabiondo de Pekín tendrá que mirar unas cuantas veces por encima de su hombro antes de que trate de volver a mezclar nuestra heroína con azúcar.

—¿Pero quién es su número dos?

La Roca apuntó con su De Nobili a la balsa vacía anclada en el centro de la piscina con forma de riñón.

—El Jefe hará el trato de este año en esa balsa... terreno neutral. Al chino que esté allá con él... ¡zap!

—¿Y los rojos no van a...? —inquirió Jerry.

—Los Cadillacs están llenos de muchachos con artillería —sonrió La Roca—. Cuando tú le des al número dos, ellos le darán al Ejército Popular.

La Roca se rascó bajo la barbilla con su índice derecho, como lanzando una gota de sudor hacia los gigantescos cartelones de Mao, Stalin, Hoxha y Lenin, que lo miraban desaprobadoramente como si fueran agentes del Fisco, desde el otro lado de las estancadas aguas de la piscina.

Jerry decidió que ya era hora de que sintiese ganas de tomarse un Foo Yung con huevo.

El Mayor Sung pasó la pipa de opio a través de la mesa laqueada de negro a Jerry,

quien inhaló el dulce humo y acarició su estuche de violín voluptuosamente mientras el Mayor Sung acariciaba con obscenidad su ejemplar del Libro Rojo y decía:

—Naturalmente, estoy familiarizado con su trabajo en Inglaterra, Coronel Kor Neloos.

—Su inglés es excelente, Mayor —mintió Jerry—. ¿Harvard?

—Berlitz.

—Debería informar al honorable Heredero Aparente del Excelso Mao —regañó Jerry.

El Mayor Sung frunció el ceño y le dio una patada al gong de latón que estaba colocado sobre la mesa. Kung-fu, pensó con prevención Jerry. Esto le hizo revisar su opinión del Mayor Sung.

—Como naturalmente sabe —dijo Sung con una sardónica sonrisa oriental—, el pavo real acostumbra a menudo a ocultar su huevo tras un abanico bordado.

Jerry tuvo un sobresalto... ¡Desde luego, no había esperado nada así!

—Se sabe que en algunos casos el dragón se atusa las escamas antes de atacar —replicó.

Fuera de la pagoda, un coro de doscientos niños de jardín de infancia estaba cantando el último Número Uno de los Cuarenta Éxitos chinos: «Muerte a los violadores del espíritu de la orina de Mao». Jerry tamborileó con sus dedos sobre la mesa al ritmo de la pegadiza canción, que al fin reconoció como una variante del «Rock Around the Clock».

—¿Puedo considerar esto como una implicación de que la pasta contiene un áspid? —dijo el Mayor Sung. Resultaba claro que no era una pregunta.

Jerry sonrió.

—Como dice Confucio, una zorra con un cuchillo puede cortarle el cuello a un león borracho.

El Mayor Sung se echó a reír.

—Como el Camarada Mao ha observado, los enemigos de la Revolución devorarán sus propias entrañas si con ello pueden obtener un buen beneficio.

Inclinándose hasta tocar con la frente al suelo, un sargento vestido con quimono entró en la cámara llevando té y pastelillos de la buena fortuna.

El Mayor Sung partió en dos su pastelillo y leyó en voz alta el papel que contenía:

—Muerte a los perros revisionistas, siervos de los imperialistas de Wall Street y a sus potenciales lacayos de Praga.

El pastelillo de la fortuna de Jerry decía: «La tensión, la aprensión y la disensión han comenzado.»

Mientras Jerry, con su traje a rayas, sombrero verde y zapatos italianos estaba apoyado contra la aleta delantera derecha del Cadillac, que había aparcado inconspicuamente al lado de la piscina, un hombre obeso, con una floreada camisa

hawaiana y pantalones Bermuda de color negro, subía a una motora en el lado de Las Vegas de la piscina. Introducido entre sus gruesos labios llevaba un El Ropo Supremo Perfecto Grande. Colocada con ángulo retador sobre su cabeza calva, llevaba una gorra roja de marinero en cuya cinta le habían bordado en Atlantic City con brillante hilo azul «El Jefe».

Mientras una orquesta Meyer Davis situada en una de las casetas junto a la piscina iniciaba los compases de «Amore» y una artista de strip-tease comenzaba a quedarse en cueros en el trampolín, la motora blanca partía a través de la piscina, hacia la balsa.

Mientras tanto, al otro lado de la piscina, cincuenta soldados del Ejército Popular marchaban hacia adelante y hacia atrás, llevando pancartas señalizando el menú del restaurante del Gordo Hong con severa caligrafía y posters psicodélicos de Mao, Stalin, Lenin y Jim Morrison, mientras la Banda de Viento del Ejército Popular tocaba «Chinatown, my Chinatown» tras lo cual un coro de Guardias Rojos alzando el Libro Rojo cantó la «Internacional» en albanés con acento chino. Entre esta conmovedora despedida, un viejo chino barbudo con uniforme militar (que tenía un curioso, aunque superficial parecido con Ho Chi Minh) comenzó a empujar con una pértiga una batea hacia la balsa situada en aguas neutrales.

En el borde de la piscina, el experto ojo de Jerry descubrió a los matones con sus trajes de sarga azul moviéndose cuidadosamente hacia sus Cadillacs. Todos ellos llevaban estuches de violín. Jerry hizo una apuesta, con un apostador profesional de fiar, acerca de que los estuches no contenían violines. Lo mejor que obtuvo fue que le aceptasen un 9 a 4 en su contra.

Solos al fin en la balsa, el Jefe y el Heredero Aparente intercambiaron saludos mientras las notas de «Grandes esperanzas» se mezclaban con las blancas voces de los escolares cantando «Mi Mao es más fuerte que tu Mao» en un corrupto dialecto cantonés.

—Sucio hijo de mala madre, la droga del año pasado estaba mezclada con azúcar.

—Tal como ha observado el Camarada Mao, cuando uno trata con los corruptos mercenarios de las clases explotadoras, la doctrina del «jódele si puedes» está totalmente justificada.

—¡Recuerda lo que le pasó a Bugsy Siegal!

—Confucio dijo en una ocasión que un dragón sin dientes no le tiene miedo al odontólogo.

Tras la Disneylandia china, el Ejército Popular había colocado seis nidos de ametralladoras en círculo, alrededor del vagón cerrado con la heroína.

Veinte matones con metralletas rodeaban el C-5A. En el interior, cinco matones más guardaban los 50.000.000 en billetes pequeños y sin marcar.

—¡Cincuenta millones! Eso es un robo. Los chinos son unos ladrones.

La orquesta Meyer Davis tocaba «Se necesitan dos para bailar el tango». La Banda de Viento del Ejército Popular contraatacó con una versión china de «Die Fahne Hoch».

—Tal como ha dicho el Camarada Mao —amenazó el Heredero Aparente—, puede que yo no sea el mejor de la ciudad, pero lo seré hasta que no aparezca el mejor.

Ocultos tras una fachada de cartelones, posters, pagodas, danzantes dragones de papel, agentes secretos, escolares haciendo gimnasia, Guardias Rojos destruyendo símbolos imperialistas, pilotos estadounidenses capturados y encadenados, fumaderos de opio y sucias chozas de campesinos, trescientos soldados del Ejército Popular de la República Popular de China se prepararon para llevar a cabo un ataque en masa.

—Solo tratamos con vosotros, bastardos chinos rojo comunistas porque sois los únicos suministradores masivos de heroína que hemos podido encontrar, aparte de los agentes de represión de los narcóticos.

—Como ha dicho el Camarada Mao, chúpate esa.

Ominosamente, la orquesta Meyer Davis comenzó a tocar el «Canto de guerra hawaiano».

Jerry Cornelius apagó la colilla de su porro y tendió la mano hacia el estuche de violín.

—Ha llegado el momento, como dijo la morsa, de hablar de muchas cosas —observó mientras allá en la balsa, el Jefe le hacía butifarra al Heredero Aparente.

—Cincuenta millones por el vagón, lo tomas o lo dejas —dijo el Heredero Aparente.

La Banda de Viento del Ejército Popular inició los compases de «Enciende mi fuego», mientras setecientos Guardias Rojos se empapaban de gasolina y se inmolaban en tanto cantaban «El Camarada Mao ist unser Fuehrer» contrapuntalmente, pero, ya que todos ellos desafinaban, su intento resultó un fracaso.

—Tal como Al Capone observó en cierta ocasión, sigue el juego o te apretamos las tuercas.

Jerry Cornelius abrió su estuche de violín y sacó un violín. Para un observador no experto, parecía ser simplemente un ordinario violín eléctrico con suministro propio de energía, amplificador incorporado y un altavoz de cien watios. Sin embargo, un experto en electrónica underground que se había tomado ciento cincuenta miligramos de metadrina había efectuado una modificación significativa: las notas altas llegaban hasta los ultrasonidos, mientras que las bajas lo hacían hasta los infrasonidos, al tiempo que habían sido eliminadas todas las frecuencias audibles.

Cuando Jerry se colocó el violín bajo su barbilla y comenzó a tocar «Liquidación», los cerebros de todos aquellos que se hallaban dentro de un radio de acción de ocho kilómetros comenzaron a vibrar al ritmo de un tambor que era ultra e infrasónico así como diferente y no existente. Para el simple oído humano, Jerry parecía estar tocando «el sonido del silencio».

Allá en la balsa, el Jefe estaba comenzando a sentirse bastante irritado a medida que las notas subliminales de «Liquidación» inflamaban profundamente las células del interior de su cerebro parético.

—¡Mao Tse-tung come mierda! —le informó al Heredero Aparente.

—¡Según los infalibles pensamientos de Mao Tse-tung, Al Capone era un marica! La orquesta Meyer Davis comenzó a tocar «El himno de batalla de la República». La Banda de Viento del Ejército Popular inmoló al maestro que tocaba la tuba.

Mientras Jerry proseguía con una interpretación subliminal de «¿Dónde estará mi carro?», cincuenta máquinas tragaperras producían espontáneamente «el millón», los Cadillacs revolucionaban sus motores, los perros de agua de las putas aullaban, trece cristaleras se hacían añicos y cada starlet de las que había junto a la piscina llegaba al clímax (algunas de ellas no lo habían logrado desde sus primeras pruebas para la pantalla).

Los agentes secretos comenzaron a destruir las pagodas de cartón piedra. Un dragón de papel se prendió fuego a sí mismo. Trescientos soldados preparándose para un ataque en masa comenzaron a babear y a tener erecciones. Setecientos niños cantores de los jardines de infancia llegaron al satori y comenzaron a devorar una bandera estadounidense empapada en salsa de soja. Un gigantesco póster de Stalin sonrió y comenzó a hacer gestos burlones a un póster de Mao.

—¡Mao Tse-tung tiene la solitaria!
—¡Las hermanas de los de la Mafia no son vírgenes!
—¡Marica!
—¡Tripón!
—¡Cerdo amarillo!
—¡Puerco espagheti!
—¡Argh!

Babeando, el Jefe saltó sobre el Heredero Aparente, deshaciendo a mordiscos su El Ropo Supremo Perfecto Grande y hundiendo dientes y cigarro en la barba del viejo chino, prendiéndole fuego. Los dos hombres lucharon sobre la balsa, mordiéndose, escupiéndose y maldiciéndose por algunos momentos, cayendo luego entrelazados al agua, que resultó estar llena de cocodrilos.

Complacido con su trabajo, Jerry Cornelius comenzó a tocar «Fuego».

Una falange de Cadillacs chirrió rodeando la piscina y se abalanzó sobre la Banda de Viento del Ejército Popular escupiendo balas de ametralladora que hicieron trizas un póster de Mao Tse-tung, irritando tanto a una multitud de Guardias Rojos que estaban haciendo una manifestación que se prendieron fuego y se tiraron bajo las ruedas de los coches, haciendo que resbalasen hacia una pagoda de madera de balsa que se derrumbó en la piscina hecha astillas, que fueron devoradas por los cocodrilos, enloquecidos por la sangre, los que expiraron algún tiempo después, por la agonía ocasionada por las astillas en su estómago.

Trescientos soldados del Ejército Popular lanzaron un ataque en masa, disparando sus ametralladoras al azar.

Jerry continuó tocando «Fuego», no viendo ninguna razón particular por la que cambiar la tonada.

El Mayor Sung gritó:

—¡Los perros capitalistas del Pueblo Demográfico, lacayos revisionistas de Elvis Presley, han avasallado las manifestaciones ideológicas de los elementos decadentes dentro del amplificador de la pagoda! —y se hizo el hara-kiri.

La Roca comenzó a demoler máquinas tragaperras con un bate de beisbol.

Las starlets se arrancaron sus bikinis y persiguieron a los aterrorizados agentes secretos alrededor de la piscina.

La oleada humana del ataque en masa alcanzó la piscina, se zambulló en ella y se dedicó a machacar a los moribundos cocodrilos, matándolos a culatazos.

Una escuadra suicida se abalanzó a través de la cristalera panorámica de una casa remolque y devoró la alfombra.

Los Cadillacs trazaron círculos alrededor del vagón cerrado de heroína, cual indios hostiles, llenando el aire de plomo caliente.

Los empapados restos de la oleada humana llegaron al campamento de las casas remolque y comenzaron a apalear hasta la muerte a los matones con los cadáveres de los cocodrilos.

Los Guardias Rojos apedrearon el C-5A con botellas de tinta.

Por todas partes se veían lenguas de fuego.

Explosiones, contusiones, fuego, maldiciones, sangre, saqueos, violaciones.

Jerry Cornelius comenzó a tocar «Lo único que necesitas es amor», sabiendo que nadie le estaba escuchando.

Cabalgando hacia el este a través de los eriales sobre sus enfermos caballitos, algo menos de doscientos decrepitos supervivientes de lo que en otro tiempo había sido la gloriosa Horda Dorada, la mayor parte de ellos incoherentes a causa de la exhaustión, descubrieron una gran conflagración en el horizonte.

Las flácidas cápsulas suprarrenales urgieron a unos cuasi moribundos corazones

a latir más deprisa. Azotaron sus ponies con las astas de sus lanzas. La baba goteó por los labios tanto de los caballitos como de los ancianos. La parte trasera de sus cerebros olía sangre y fuego en el aire.

El aroma de la pólvora, la gasolina, la madera de balsa y el cartón piedra ardiendo y la carne abrasándose le dieron un cierto dolor de cabeza a Jerry Cornelius mientras comenzaba a tocar «Decorad los salones con ramilletes de acebo». La piscina estaba coloreada con un brillante color cornalina, que hacía bien poco para ocultar el olor a cloro. Trozos de aluminio anodizado luchaban para mantenerse a flote entre astillas de madera de balsa chamuscada y trozos de cajones.

Un Cadillac abollado patinó a través de una barrica de tumbonas de playa, chocando contra un pelotón de soldados chinos que estaban matando a una starlet a golpes de sus ejemplares del Libro Rojo, antes de caer por el borde de la piscina para hundirse, burbujeante, en las revueltas profundidades.

El pilar de fuego que consumía la Disneylandia china le recordó a Jerry la tormenta de fuego de Dresde. Sentimentalmente, comenzó a tocar «Bongo bongo bongo, no quiero irme del Congo».

En una extraña demostración de galantería, los Guardas Rojos, asesinos a sueldo, capo mañosos y soldados chinos unieron sus manos en un anillo alrededor del destruido campamento de casas remolque, aullando: «¡Arde, chico, arde!» en inglés, mandarín cantonés, dialecto italiano y yiddish. A cada «arde» caía, en la conflagración, de algún lugar, un recipiente de napalm.

Sintiéndose sentimental a pesar suyo, Jerry comenzó a tocar «Dios salve a la Reina».

Doscientos pares, más o menos, de ojos reumáticos se iluminaron con una alegría bestial a la vista de una gran ciudad (al menos así lo era según los estándares de la actual Horda) ardiendo, a la vista de los coches destrozados, los cuerpos rotos, las starlets desnudas aullando y una gran balsa de lo que parecía ser sangre.

Sollozando grandes lágrimas nostálgicas, la última generación de la Horda Dorada enarboló sus lanzas, azuzó a sus caballitos hasta un trastabillante galope y cargó en masa sobre la pelea, con la imagen de la Matanza Final ardiendo como una ciudad en los enfebrecidos cerebros de los ancianos salvajes:

¡Poblado! ¡Quemar! ¡Saquear! ¡Violar! ¡Matar!

Con los ponies mogoles resoplando y jadeando bajo ellos, los enloquecidos ancianos llegaron al enfrentamiento y hallaron, para su gran pena, que había poco que no hubiese sido ya quemado, saqueado, violado, matado.

Hallaron un vagón cerrado guardado por ametralladoras y cargaron sobre él en masa, sacrificando a la mitad de su número para empalar a las atónitas tropas chinas

con sus lanzas y prender fuego al vagón. Cuando una humareda aromática y extrañamente intoxicante se alzó del vagón en llamas, el resto del resto se desparramó, buscando más cosas o personas que quemar, violar y matar.

Una docena de los vejestorios expiró intentando violar hasta matarla a una anciana puta, y otra docena se vio obligada, con gran vergüenza, a pisotearla hasta la muerte bajo los cascos de sus ponies, ocho de los cuales expiraron por el esfuerzo.

Quince de los miembros de la Horda tuvieron ataques al corazón tratando de matar a los Cadillacs a golpes.

Media docena de los viejos fallecieron con el corazón roto por la frustración cuando las máquinas tragaperras que estaban torturando se negaron a gritar de dolor.

Varios de los componentes de la Horda se dedicaron a devorar los cadáveres de los cocodrilos y murieron atragantados por las astillas.

Mientras el último Khan de la Horda Dorada contemplaba con asombro senil, el gran pájaro plateado lanzó un terrible grito de batalla y comenzó a moverse. Los legañosos ojos del anciano se desorbitaron cuando el C-5A fue adquiriendo velocidad, pasó junto a él... ¡y al fin se alzó por el aire!

Un débil impulso nervioso viajó espásticamente por su nervio óptico hasta su cerebro, y de allí a su brazo y garganta.

—¡Matar! —gimió asmáticamente, y arrojó su lanza a aquella cosa tan poco natural.

La lanza fue sorbida por la toma de aire del motor interior izquierdo, se alojó en la turbina y la destrozó. El reactor estalló, arrancando de cuajo el ala. El C-5A casi completó un salto mortal antes de estrellarse boca abajo en la pista y volar en pedazos, entre llamas.

Desde un punto de vista aéreo, la pista y el ramal del ferrocarril formaban una T con una barra finita y otra infinita, pero el único ser vivo que había en aquel área no se fijó en este simbolismo. Cabalgando hacia la puesta del sol en su caballito, dando la espalda a lo que en la distancia no parecía mas que un humeante estercolero, el último Khan de la Horda Dorada, único superviviente de la Matanza Final, llenaba su moribundo cerebro con un pensamiento, como un acorde que se va apagando: destino cumplido; Horda Dorada muerta entre la gloria; poblado incendiado, saqueado, violado, asesinado; antepasados orgullosos.

Este pensamiento centelleó brillantemente en su cerebro como un tizón que se apaga y luego fue hacia la Gran Pila de Muertos del Cielo. El resoplante pony tropezó con una piedra, haciendo caer al cadáver, que se desplomó al suelo en un desmadejado montón. Un buitres descendió, dio un picotazo al cadáver, lo olisqueó y se marchó.

El caballito trastabilló algunos pasos más y luego se detuvo, con su embotado cerebro mesmerizado, quizá, por el brillo del sol poniente.

El caballito mogul aún seguía quieto en aquel lugar, una hora más tarde, cuando Jerry Cornelius, con su traje a rayas, sombrero verde y zapatos italianos, pasó errante y abotargado, atravesando el erial.

—Vaya, tengo algo de suerte —murmuró Jerry contoneándose un poco. (El cortocircuitado de su violín eléctrico le había vejado gravemente).

Jerry montó en el caballito, clavó sus rodillas en los flancos del mismo y gritó:

—¡Arre, caballito!

El pony se tambaleó algunos pasos hacia adelante, vomitó y murió.

Jerry se liberó del cadáver, se sacudió el polvo y consultó un pastelillo de la fortuna que se había guardado en el bolsillo.

—*It's long way to Tipperary* —le informó el pastelillo de la fortuna.

Mordisqueando el rancio dulce de arroz, Jerry caminó hacia el sol poniente, silbando: «¡Oh, huesos, oh huesos, oh huesos secos, escuchad ya la voz del Señor...!»

Título original:
THE LAST HURRAH OF THE GOLDEN HORDE (1969)

POSTATÓMICO

MICHAEL BUTTERWORTH

Los sonidos del silencio. *Su* oído siempre podía escucharlos: el sonido de las Velocidades de Superpoblación (como un sonido secándose en la parte de atrás de su cerebro) el sonido de las Lágrimas Uniformes (un grupo pop, un happening, un motín) el sonido del Espacio Retransmisor (una sala de muestras, un periódico, una muchacha); el sonido de la umbría (como niños jugando).

Nunca hubo nadie de *aspecto* parecido a Postatómico. Su rostro era una extensión totalmente abierta de piel vidriosa. Su cerebro eran niveles superpuestos y vitrificados de desierto. Su cráneo era desigual y, por tanto, deforme, empujado hacia afuera al nacimiento para dejar sitio al crecimiento canceroso del cerebro. El resto de él era imaginario.

Si uno miraba a sus ojos, ambos lados del cerebro de uno se inundaban simultáneamente de histamina... recuerden que parte de él estaba siempre en el Futuro.

En los días pasados, volaba a través de las ventanas abiertas de los rascacielos, y hechizaba los largos pasillos, jugando tristemente a interpretar el papel del viento y llorando los tristes sonidos de silencio de la Ciudad. ¿Recuerdan las manchas que goteaban desde los techos de los rascacielos por la noche, cubriendo todo un lado con lágrimas?

Los sonidos del silencio. *Su* oído siempre podía escucharlos. Pero la parte esencial de Postatómico estaba en el Pasado... cuando la Ciudad fuese derrotada, Postatómico dejaría de existir.

Colectiva, perpetuamente, los sonidos coheteaban suavemente hacia arriba en el viento de las parrillas de ventilación, para formar una erección perlada sobre la Ciudad. La erección se desplomó en una trama de ruinas de partículas sobre el suelo de la Ciudad. Se alzó de nuevo.

Rey Basura

De vuelta a mi frío nido.

Estoy circulando el sistema sanguíneo de un petirrojo. El pobre animalillo vino a mi desde el calor hace diez días. Siento algo hacia él porque actúa como yo. Y porque lo hace, no voy a matarlo. Es una ruina. No hay signo de competición. Sería un acto sanguinario y sin sentido el matarlo.

El castillo está brillando de nuevo esta noche. Esto significa que el tiempo será

seco mañana. Las torretas del castillo están armadas con bobinas nerviosas. La Poterna protege al castillo con un artilugio para dar leucotomía a cualquier persona que entra al azar en los terrenos del castillo. La mejor de todas las armas es una que dispara verticalmente desde el Torreón del Castillo. Rocía ondas sonoras de una frecuencia especial para combatir los ataques aéreos. Es un arma muy útil. Más recientemente he hecho que conectaran un desactivador de cerebros electrónicos a una de las paredes del castillo. Estoy a salvo de los ataques de los robots. Soy el Rey de Inglaterra en el año 2030. Y nadie va a impedírmelo.

Acabo de llegar del cálido exterior tras rescatar a este petirrojo de un nido de roedores. Todo el mundo está caliente y lleno de una neblina roja. Acabo de volver a mi frío nido. La Corona está sobre mi cabeza.

Una corona no tiene un verdadero uso. Es algo sin valor. De hecho, un día de estos voy a tirarla. No creo que tenga ningún papel especial en lo que a mi concierne. Canaliza el prestigio y la gloria hacia un débil mental. Es un símbolo. La encerraré en la Sala de Símbolos y la dejaré allí. Mientras tanto, mantendré este pequeño petirrojo en mi dedo.

Tengo dos problemas que me irritan. Uno, necesariamente, debe permanecer innombrado. El otro es el vino de los campesinos. *Es un producto de los campesinos y sabe horrible. Demasiado caro. Tendré que hacer algo al respecto.*

En los viejos tiempos el vino era barato. Pero los campesinos de aquel tiempo (a diferencia de los mutantes de este) no eran tan leales a sus dioses como los míos lo son hoy a mí. En aquellos días tenían un dios que realmente no sabía que lo fuera, porque no existía en absoluto como un solo dios, sino que estaba fragmentado en otros más pequeños. Tenían templos repletos de congregaciones murmurantes que no estaban relacionadas con él. No tengo la menor simpatía por ellas.

El dios para el que trabajaban con el fin de conseguir dinero era una creación de ellos mismos. Era un dios que estaba hecho de famosas personalidades. Grandes consorcios financieros. Vehículos y cosas que saltan repentinamente hacia arriba y luego caen de nuevo. De hecho, a veces se me ocurre llamar a su dios la Tremenda Erección. Me parece una buena idea.

El problema es que tenían un dios. Un dios muy raro, aunque quizá un buen dios para aquella era. Pero no tenían ningún sitio en donde adorarlo, lo que me parece bastante tonto... ¡un templo de cristal siempre se está cayendo a pedazos! No obstante, a pesar de los sacerdotes disc-jockey que trataron de poner las cosas en orden, su vino era bueno, según he oído, y era barato.

En épocas posteriores las cosas fueron tan malas para los antiguos que no les quedaba ambición. Tras abandonar de una vez por todas la infancia, no subían la escalera sino que caían por ella. Les faltaba un cierto espíritu de aventura. No hacían pleno uso de sus cerebros. Mirasen a donde mirasen, solo veían mierda política. En cuanto se descuidaban, les daban por el saco. Fueran a donde fuesen siempre volvían al inicio.

Si miraban entre un matorral, veían que algún borracho comercial había vomitado allí. Si miraban al vómito veían su propio rostro. Si entonces miraban a un templo les ataban las manos a la espalda y caían. Si miraban a cualquier cosa, les ataban las manos. Y para acabar de estropear el asunto, a menudo miraban a las *verdaderas* interioridades del mundo y tenían que volverse, sintiendo arcadas: no podían soportarlo. No estaban condicionados para ello. Si miraban a cualquier parte, veían que alguien se había cagado en su camino. El final obvio de todo esto me resulta muy claro. En un cierto estadio las cosas y la gente se cagaron unas en otros. Entonces fueron llamados de vuelta los cohetes. Y yo he recibido el legado.

Tan lejos como llega mi vista en cualquier dirección, es lo único que queda. Basura. Kilómetros de ella. Probablemente este petirrojo es la gota final. Voy a matarlo y quizá me libere de la basura.

Soy el Rey de Inglaterra en el 2030 y nadie va a impedírmelo.

Señor Cero

Los desiertos están ahora muy fríos. Lo que no es sorprendente, considerando que no hay ni nubes ni sol. Y la Tierra se ha quedado despoblada. En una noche. Se podría decir que la gente de todas las nacionalidades decidió convertirse en pasajera y tomó el expreso nocturno, que llegó puntualmente al Andén Cero. Cuando llegaron pisotearon los muy cuidados parterres de flores, y destrozaron la estación en su esfuerzo por alejarse.

Según acostumbraban a decir, el Señor Cero es un hombre de condiciones gélidas y heladas. Por ejemplo, arrancaba las malas hierbas de los jardines de la estación de un modo regular durante todas las postrimerías, frío e imperturbable ante los menores estallidos de los cielos. En cierto modo yo querría que el Señor Cero se hubiera reservado su fobia jardinera para otro tiempo anterior, para una era que yo no hubiera conocido. Por pura ignorancia, solo conozco esta era, o más bien la última era, con alguna certidumbre. La última era fue la Era del Helado, que nos chupamos enseguida, y se diferenciaba de otras eras en que se trataba de un tiempo terminal, motivado por un regocijo sin sentido. Una era de constantes ansiedades y presiones... que hizo gravitar sus pesos colectivos sobre la mente del Señor Cero. El Señor Cero es un demente rechazo de un pasado loco, hallando la cordura en las grandes extensiones abiertas de la tierra y la seguridad en sus flores electrificadas.

Todo es frío desierto y condiciones climáticas echadas a perder. El Señor Cero no es la mejor de las compañías, especialmente entre los conos de silencio que invaden los desiertos y destrozan los nervios... sonidos de sociedad de la mente silente que se infiltran por los desagües del espacio y caen suave e invisiblemente sobre las frías arenas. Su especialidad, aparte de cultivar el jardín y recolectarlo, es la conservación, un arte caído a menos. Oírle hablar de sus impresiones de una era pasada es mucho

mejor que escuchar a las ondas de radio que regresan de los cuasares.

Es probable que la estación del Señor Cero sea la mejor cuidada en muchos kilómetros a la redonda. Es posible que sea la más cuidada de todas las estaciones del mundo, ahora que su arduo trabajo ha reparado los daños causados a los parterres de flores por los torpes pies de las multitudes en estampida. Aunque posee cuatro andenes, dos parterres de flores y una vía muerta bastante larga, vive en una caseta de señales apresuradamente hecha habitable que se encuentra colocada encima de un túnel muy sucio, repleto de hollín, del tipo antiguo que ya habían sido construidas cuando había máquinas de vapor.

Este edificio amarillo desvaído, construido con tablones de madera horizontales, descansando sobre un alto cimiento de ladrillos, está situado hacia el final del más largo de los andenes de la estación, en este lado del túnel. Domina los cuatro andenes bien fregados y los dos parterres de flores tan cuidados, y los raíles muy brillantes que se escapan hacia el interior del túnel.

Dentro de la caseta de señales tiene una colección de colchones, viejas sillas de madera, mesas, estanterías para libros y un archivador que contiene trozos de cosas y objetos diversos, reminiscentes de una era anterior. Su otra afición es coleccionar basura y objetos brillantes, y estantes de cajas de cartón, cajones y otros recipientes en los que guardar cosas de importancia. El Señor Cero es una hormiguita.

Es bien poco probable que pase un tren junto a él y lo despierte de su sueño... los últimos vagones fueron sacados bajo los auspicios del túnel.

A esta hora de la noche sus flores se ven muy hermosas en sus parterres de hierba, y parecen tratar de alcanzar el muy frío y duro vacío del espacio, dejando caer las estrellas en un vórtice, y volviéndolas a colocar de forma que parezcan inamovibles en el más profundo de los negros. Es a causa de los conos de silencio que eventualmente son atraídos por las flores y que llegan alzando sus faldas del suelo del desierto, protegiendo las flores de la venganza de las estrellas, silenciando suavemente los ronquidos que surgen de la caseta de señales. ¡Ah, ahí está el sol, al fin!

He visto ese mismo trabajar con sus plantas durante todo el día, mientras el sol se hunde en el suelo a muchos kilómetros de distancia, habiéndose alzado hacia el cielo desde un punto a muchos kilómetros en la dirección opuesta, y mientras los cohetes vuelan continuamente a través del éter de los sueños del viejo, hacia un objetivo indefiniblemente remoto... El Señor Cero, el hombre frío como el hielo de una sociedad olvidada, el único que alguna vez lo comprendió todo realmente, que tuvo que sufrir, que vive en una caseta de señales encima de un túnel muy sucio y que escribe postales a un cartero inexistente.

Es una pena, o más bien es un golpe de buena fortuna para él, que sus plantas en los parterres estén muriendo, por voluntad propia... y yo he tenido que decirle, movido por mi gran corazón y falta de honestidad, que las rocié con un potente desfoliador.

Título original:
POSTATOMIC (1969)

cine fantástico 1974

SITGES

VII FESTIVAL INTERNACIONAL
DE CINE FANTASTICO
Y DE TERROR

TRIESTE

XII FESTIVAL INTERNACIONAL
DE CINE DE SF

BARCELONA

XVI SEMANA INTERNACIONAL
DE CINE EN COLOR

SITGES 1974

VII FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE FANTÁSTICO Y DE TERROR

28 SEPTIEMBRE / 4 OCTUBRE

Del 28 de septiembre al 4 de octubre ha tenido lugar en Sitges el VII FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE FANTÁSTICO Y DE TERROR, con respecto al cual habría que empezar señalando el impresionante éxito de público: los abonos para el cine «Retiro», sede del certamen, se habían agotado un mes antes de su celebración; además, todas las sesiones se repitieron en otra sala de Sitges, que también registró una afluencia masiva.

Sobre el extraordinario auge del cine de terror y sus inquietantes implicaciones he hablado ya tantas veces en estas mismas páginas que no me atrevo a insistir de nuevo en ello. Baste señalar que la cosa va a más.

Otra novedad ha sido la directa intervención ministerial (con el paso de Semana independiente a Festival oficial) que, por increíble que parezca, no ha redundado en una mejora del nivel medio de los filmes exhibidos, aunque, eso sí, ha contribuido a dar una nota de distinción al certamen con su consigna de corbata obligatoria en las sesiones de noche.

Este año se presentaron 19 largometrajes, 11 de ellos a concurso, y 7 cortos:

LARGOMETRAJES A CONCURSO

LA POSSESSION DE VIRGINIE (Canadá, 1972), de Jean Boudoin, con Louise Marleau, Daniel Pilopn, Danielle Ouimet.

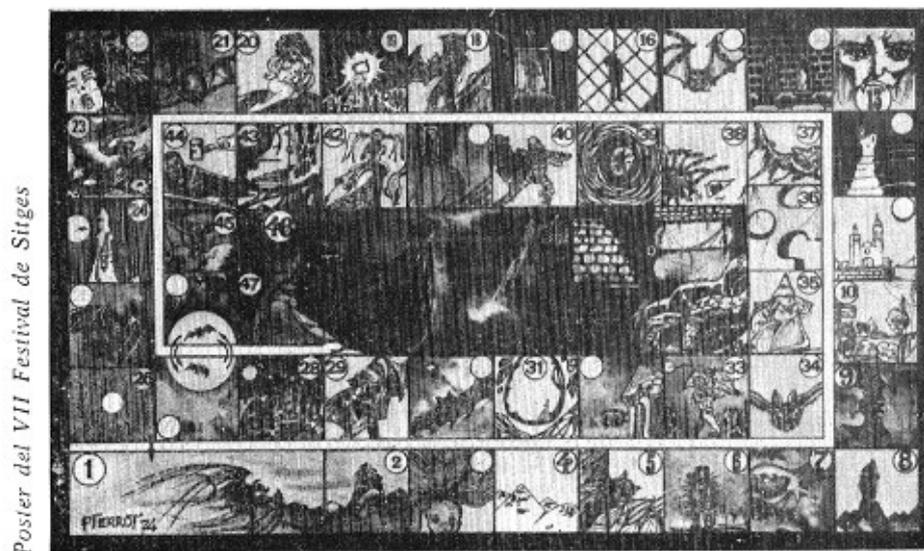
Típica cinta sobre satanismo que pretende convencernos de que los males del mundo se deben a las sociedades secretas y los diabólicos enanos infiltrados, y en la que la intervención de lo onírico acaba de confundir al indefenso espectador.

El público retuvo el aliento en una secuencia que muestra detalladamente la ceremonia de «iniciación» satánica de una neófita, que, como es de rigor, acaba en despelote general.

THE HOUSE OF THE LIVING DEAD (África del Sur, 1974), de Ray Austin, con Mark Burns, Shirley Anne Field.

El título ya es de por sí bastante expresivo. Cabe añadir que la cinta está bien

ambientada, dirigida con ritmo, y la interpretación es notable, por lo que obtuvo muy buena acogida, amén del premio de interpretación masculina, discutible pero no arbitrario, como el femenino.



LE TROISIEME CRI (Suiza, 1974), de Igal Niddam, con Jacques Denis, Myriam Mézieres, Roland Mahauden.

Diez personas de diversa extracción social quedan encerradas en un refugio antiatómico (que en principio estaba previsto para albergar a veinte mil) al declararse una situación de emergencia de la que desconocen los detalles.

Un guión bien estructurado y una dirección ágil consiguen dar ritmo e interés a una situación difícil de desarrollar sin baches de lentitud, hasta llegar a un desenlace francamente sobrecogedor en su misma sencillez.

NON SI DOVEVA PROFANARE IL SONNO DEI MORTI (Hispano-italiana, 1974) de Jorge Grau, con Cristina Galbó, Raymond Lovelok, Arthur Kennedy.

Entre la masa de subproductos inspirados en «La noche de los muertos vivientes», esta cinta de Grau destaca por su hábil dirección, una cierta dignidad artesanal y un comedido y ambiguo toque progre (el protagonista es un barbudo y el inspector de policía un carca obcecado). Los efectos especiales son realmente truculentos, como cuando un muerto muy vivo le mete mano a una enfermera en el sentido más literal de la expresión, ya que la mano penetra directamente hasta los riñones.

O ANJO DA NOITE (Brasil, 1974), de Walter Hugo Khouri, con Lilian Lemmertz, Selma Egrei, Eliezar Gomes.

Increíble cinta que, a lo largo de hora y media de proyección, deleita al espectador con diversas vistas interiores (especialmente del techo) de una lujosa casa de campo brasileña.

El otorgar una mención especial a la «atmósfera» de este film solo se puede

interpretar como una tomadura de pelo por parte del jurado.



The House of the Living Dead

IL PROFUMO DELLA SIGNORA IN NERO (Italia, 1974), de Francesco Barilli, con Mimsy Farmer, Maurizio Bonuglia, Mario Scaccia.

No tiene nada que ver con la homónima novela de Gaston Leroux, y tampoco tiene nada que ver con el cine. Fotonovela filmada de seudoterror con pretensiones, plagia descaradamente varias cintas famosas («Repulsión», «La semilla del diablo»), y para dar la nota original acaba con una secuencia de canibalismo colectivo.

LA MALDICIÓN DE FRANKENSTEIN (Hispano-francesa, 1973), de Jesús Franco, con Denis Price, Alberto Dalbes, Howard Vernon, Beatriz Savon.

Un increíble monstruo pintado de purpurina (excepto los sobacos, para que no se asfixie) propenso a practicar el salto del tigre sobre las macizas en camión, y una caníbal ciega con garras de acero que grazna como un cuervo y se guía por el olor de la carne humana.



BATTLE FOR THE PLANET OF THE APES (USA, 1973) de J. Lee Thompson, con Roddy McDowall, Claude Akins, Natalie Trundy.

Quinta en orden cronológico y en calidad de una serie que empezó a decaer desde la segunda, describe una ridícula batalla (que más parece una manifestación asilvestrada) entre simios y mutantes humanos, así como los conflictos internos entre los chimpancés, que invocando el idilio simbólico de Tarzán y Chita, aceptan a los hombres de buena voluntad, y los gorilas afiliados al KKK (King Kong Klan), que opinan que no hay más hombre bueno que el hombre muerto.

Los espectadores que no dominan el inglés tuvieron la suerte de que la película no estaba subtitulada, con lo que se ahorraron un sufrimiento extra que añadir al de las tediosas imágenes.

ROAD IN THE MOONLIGHT (Polonia, 1973), de Witold Orzechowski, con Juliette Mayniel, Jerzy Zelnik, Mieczystaw Voigt.

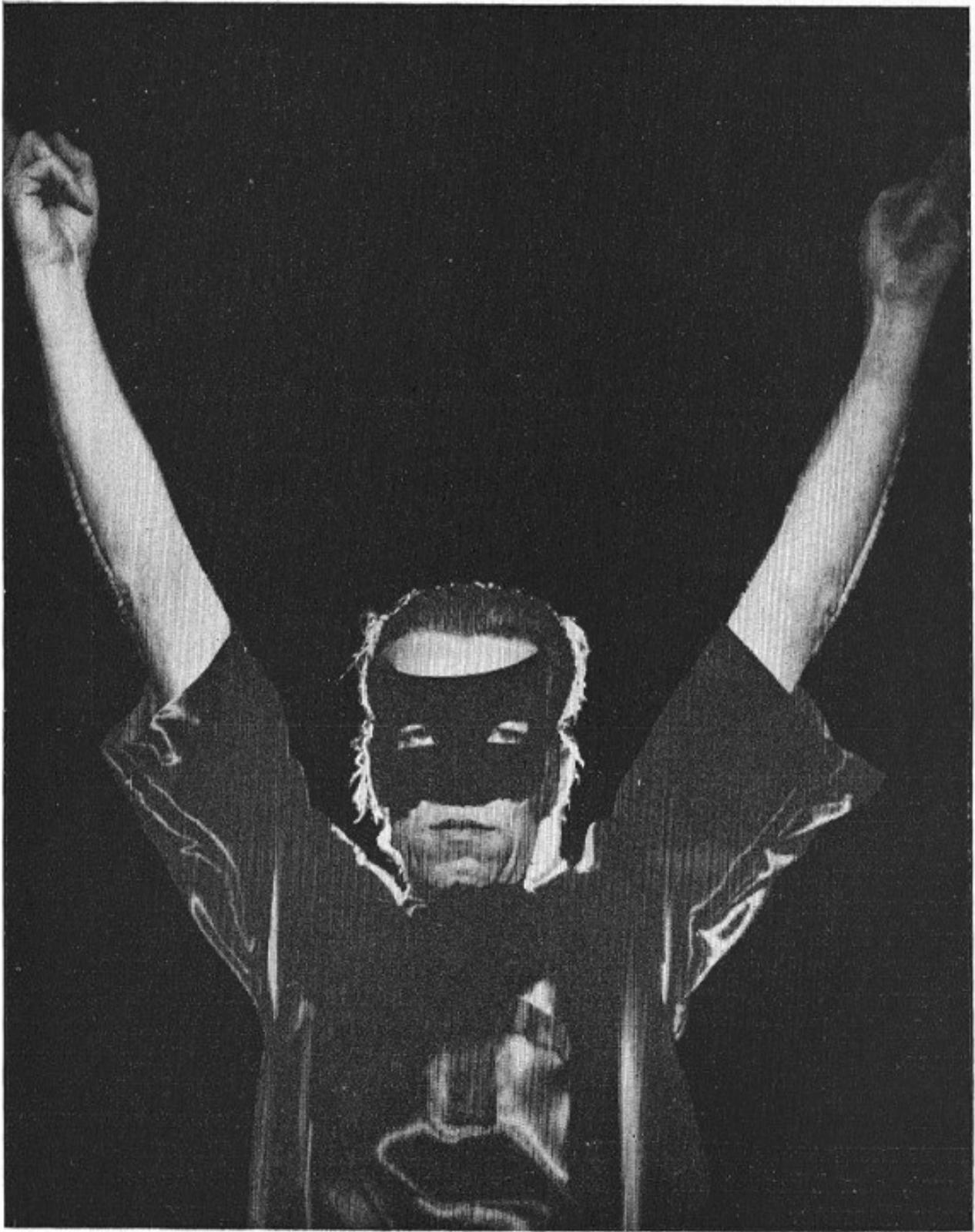
En general no es aconsejable pasar sin subtítulos un film extranjero en un certamen de asistencia multitudinaria, ya que ni siquiera en francés o inglés hay mucha gente capaz de seguir una película. Pero proyectar una cinta en polaco y casi toda ella basada en los diálogos roza lo surrealista. Como últimamente tengo un poco abandonado el polaco, y en vista de que no se comían a nadie, admito que me marché a la media hora escasa.



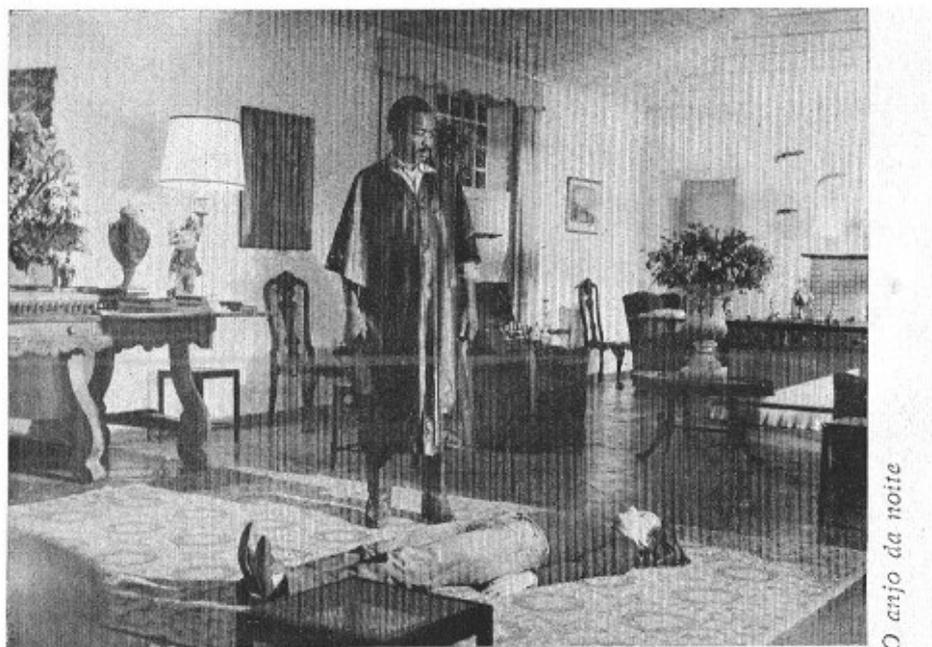
Le troisième cri



L'opération Bororo



La possession de Virginie



SATANÁS DE TODOS LOS HORRORES (México, 1972), de Julián Soler, con Enrique Lizalde, Enrique Rocha, Illya Shanell, Carlos López Moctezuma.

Enésima versión libérrima (aunque en este caso se trata más bien de un atentado) de un relato de Poe («El hundimiento de la casa Usher»), con invocación satánica al fondo. Un engendro digno de Jesús Franco.

DR. PHIBES RISES AGAIN (USA. 1973), de Robert Fuest, con Vincent Price, Fiona Lewis, Terry Thomas.

El deliciosamente abominable Dr. Phibes sigue deleitándonos con los crímenes más originales de la historia del cine: un hombre encerrado en una gigantesca botella de ginebra y arrojado al mar cual siniestro mensaje, otro atravesado de oreja a oreja por un punzón con resorte instalado en el auricular de un teléfono, un explorador pulimentado en vida por un chorro de arena a presión que le deja el esqueleto mondo y lirondo...

Con una logradísima ambientación —en la que se mezclan elementos «pop» con un modernismo deliberadamente distorsionado— y una excelente interpretación de Price, la cinta se sitúa en una línea sutilmente paródica, llevando a cabo un irónico inventario de los tópicos del comic y el cine de terror y misterio.

Es la continuación de la igualmente lograda «El abominable Dr. Phibes», presentada en Sitges en 1971, y que le valió el premio de interpretación a Vicent Price.

Il profumo della signora in nero



Road in the Moonlight

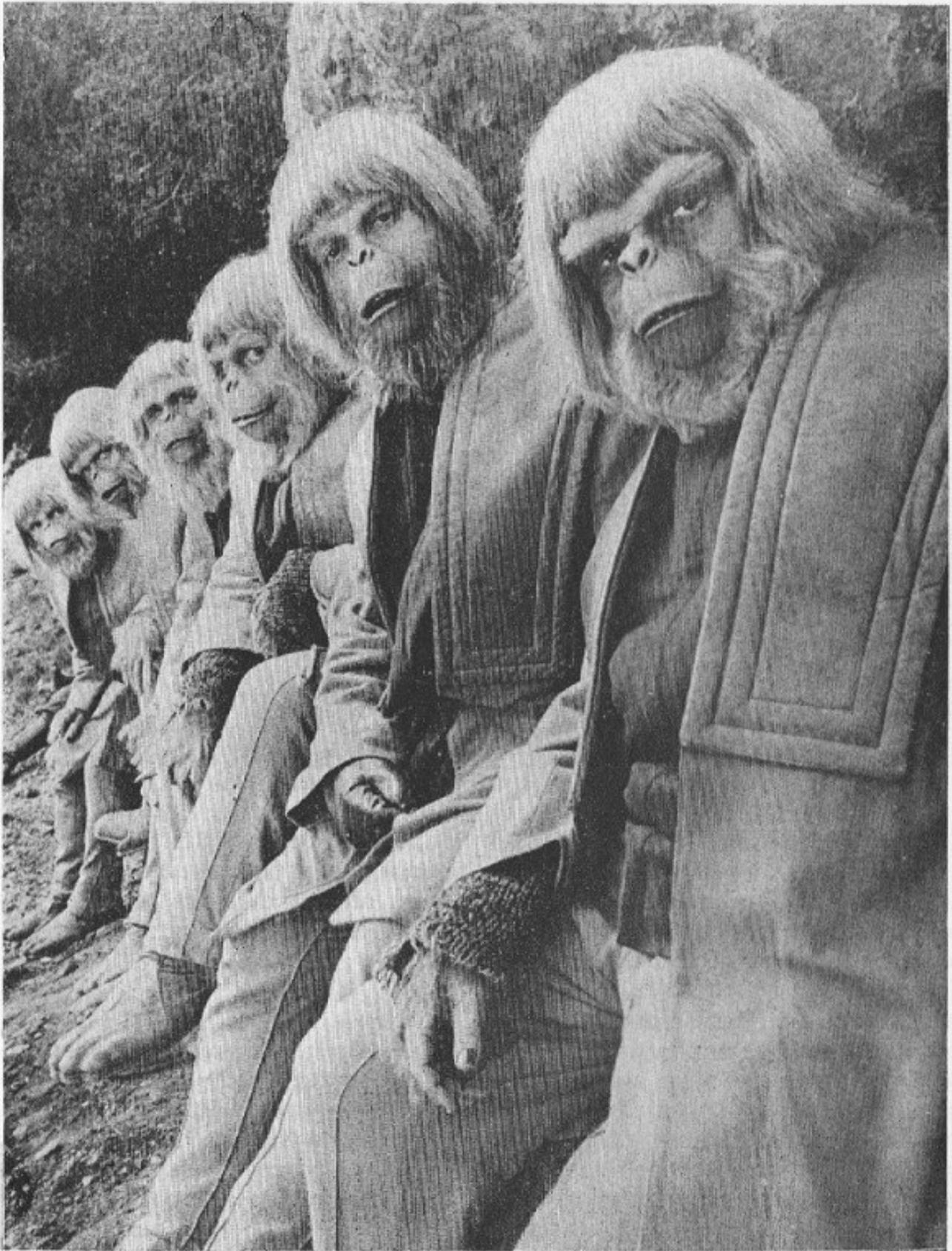




Satanás de todos los horrores



Dr. Phibes Rises Again



Battle for the Planet of the Apes



Barbarella

SECCIÓN INFORMATIVA

BARBARELLA (Franco-italiana, 1967), de Roger Vadim, con Jane Fonda, John Phillip Low, Anita Pallenberg, Ugo Tognazzi, David Hemmings.

No es extraño que Jane Fonda, tras su espectacular concienciación tardía y su cambio de peinado, se haya avergonzado públicamente de esta penosa cinta, que si hace siete años podía distraer gracias a su ambientación sugestiva (concebida por el propio Jean Claude Forest, autor del homónimo comic) y de algún «gag» afortunado, a estas alturas resulta poco menos que soporífera.

Solo un director tan torpe como Vadim podía malograr en una sola película un tema interesante, unos recursos estéticos notables y un excelente equipo de actores.

LA NOCHE DE LOS ASESINOS (España, 1974), de Jesús Franco, con Alberto Dalbes, William Berger, Evelyn Scott.

Otro engendro del Franco, que sin embargo sería superado por su film a concurso. Al parecer «La noche de los asesinos» fue rodada en once días, simultáneamente con otra. No comprendo como se puede tardar tanto en hacer algo tan malo.

La noche de los asesinos



L'OPERATION BORORO (Checoslovaquia, 1972), de Otakar Fuka, con Svatopluk Mayás, Bozidara Turzonovavá, Vlastimil Brodsky.

Tediosa cinta de ciencia-ficción, más bien en la línea del llamado «realismo fantástico», narra de la forma más lenta posible la lucha por la posesión de una panacea universal (cierto extracto de corteza descubierto por los mayas) entre una extraterrestre y un grupo de asesinos a sueldo de una gran empresa farmacéutica, que teme que se les hunda el negocio si se difunde el uso del curalotodo.

VALERIE (Checoslovaquia, 1969), de Jaromil Jires, con Jaroslava Schallerová, Helena Anzyova, Petr Kopriva.

Con mucho lo mejor del Festival, esta auténtica maravilla audiovisual se presentó fuera de concurso por haber sido exhibida ya en Benalmádena. En la actual línea de cine simbólico (qué remedio) checo, se trata de una alegoría sobre el amor y la muerte, el eterno juego de Eros y Tanatos en el marco de unas instituciones concretas.

Con una fotografía y una música extraordinarias, el hilo argumental es apenas un pretexto para ensamblar una serie de secuencias y situaciones que se autojustifican a nivel estético y expresivo.

LA MANSIÓN DE LA LOCURA (México, 1971), de Juan López Moctezuma, con Claudio Brook, Arturo Hansel, Ellen Sherman.

Dos películas mexicanas profanadoras de relatos de Poe es demasiado para un solo certamen. Esta se basa remotamente en el viejo tema del manicomio regido por locos (¿acaso no lo están todos?), e intenta mantener el interés forzando la mano en los aspectos granguiñolescos, cosa que no consigue en absoluto.

Se pasó en la Semana de Cine en Color de Barcelona.

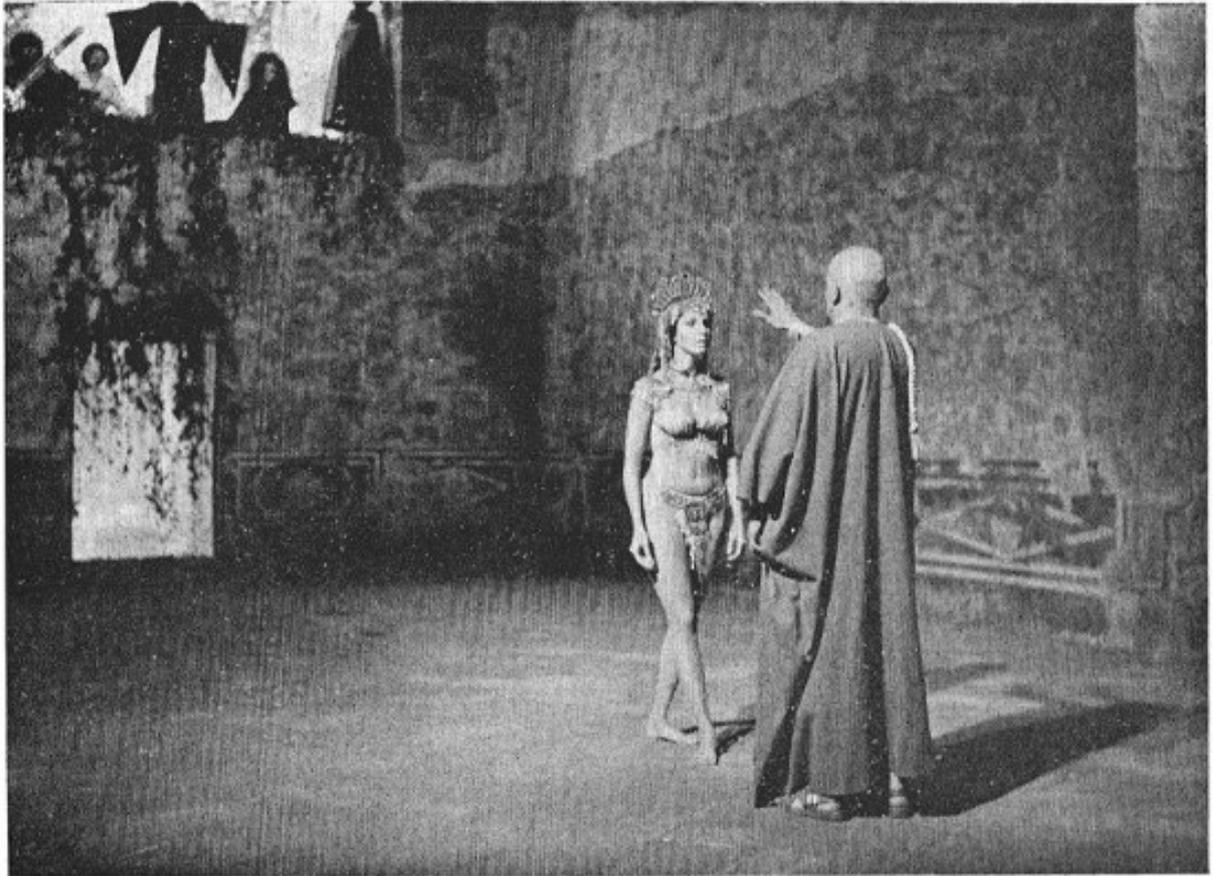


Valerie a tyden diru

EBIRAH (Japón, 1971), de Jun Fukuda, con Akira Takarada, Toru Watanabe, Hideo Sunazuka, Kumi Mizuno.

Típico comic filmado, con su isla misteriosa, su organización secreta que intenta adueñarse del mundo y sus simpáticos monstruos de plástico (en este caso un cangrejo y una mariposa gigantes, amén del veterano Godzilla), fue como un paréntesis de candor entre tanto caníbal y tanto satanista infiltrado.

La mansión de la locura



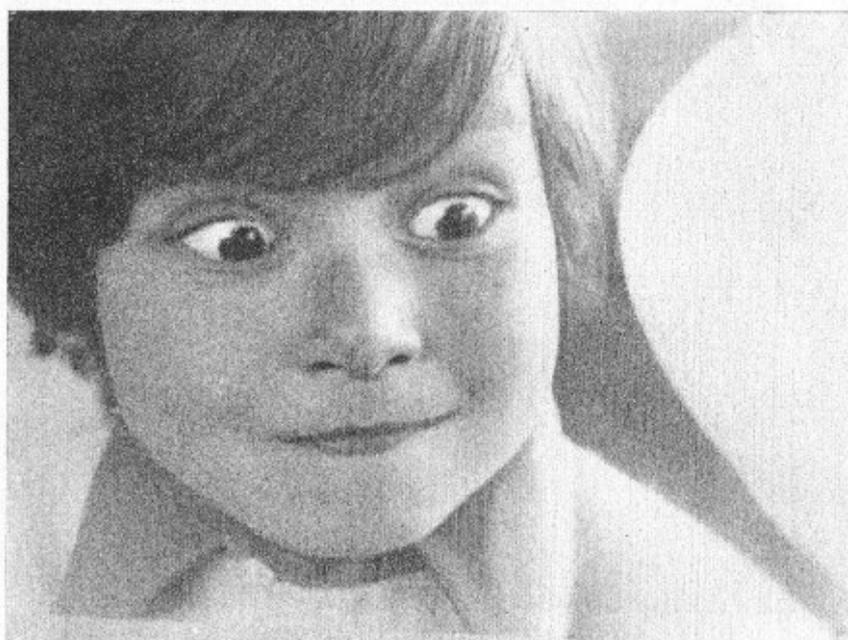
Ebirah



SECCIÓN RETROSPECTIVA

Incluyó dos cintas de indudable calidad: *SIGNE ARSENE LUPIN*, de Yves Robert, y *JUDEX*, de Franju, pero que no tiene ningún sentido pasar en Sitges, ya que no tienen nada que ver con la temática del certamen, y por otra parte han sido exhibidas sobradamente en el país.

Si en cuanto a las películas a certamen hay que hacerse cargo de que los organizadores no tienen más remedio que contar con lo poco que hay disponible de la producción reciente, organizar una retrospectiva interesante no sería difícil, y podría constituir uno de los mayores alicientes del certamen.



Ta Ta Boom Boom

CORTOMETRAJES

En cuanto a los cortos, destacó el belga de dibujos animados *PEGASUS*, de Raoul Servais, que estuvo a punto de obtener el premio, aunque al final el jurado se decidió por el mediocre *TA TA BOOM BOOM*, de M. Moliné (decisión que, por cierto, fue sonoramente pitada).

PREMIOS

El jurado otorgó los siguientes premios:

CLAVEL-MEDALLA DE PLATA a los mejores efectos especiales a *Luciano Berd* y *Cinefec* por *NON SI DOVEVA PROFANARE IL SONNO DEX MORTI*.

CMP a la mejor fotografía a *Denis Gingras* por *LA POSSESSION DE VIRGINIE*.

CMP al mejor guión a *Igaal Niddam* e *Ives Navarre* por *LE TROISXEME CRI*.

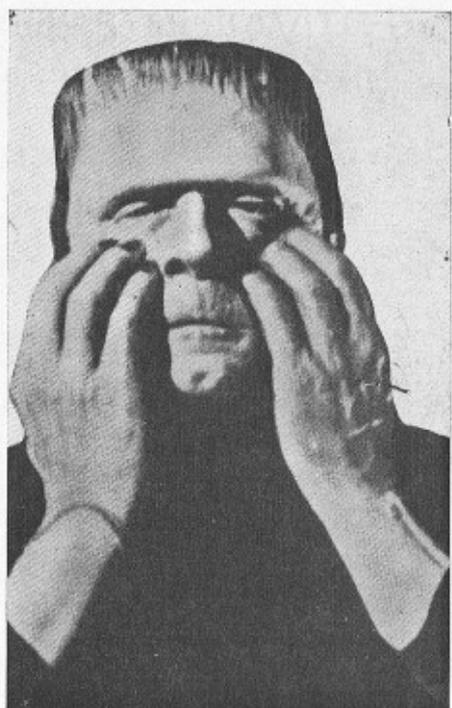
CMP ala mejor actriz a *Cristina Galbo* por *NON SI DOVEVA...*

CMP al mejor actor a *Mark Burns* por *THE HOUSE OF THE LIVING DEAD*.

CMP al mejor cortometraje a *TA TA BOOM BOOM*.

CLAVEL-MEDALLA DE ORO al mejor realizador de largometrajes a *Robert Fuest* por *DR. PHIBES RISES AGAIN*.

El Círculo de Escritores Cinematográficos premió *NON SI DOVEVA PROFANARE IL SONNO DEI MORTI*, y el jurado otorgó además una increíble mención especial a la «atmósfera» de *O ANJO DA NOITE*.



La maldición de Frankenstein

CONCLUSIÓN

Aparte de la sublime horterada de la corbata obligatoria, este año hay que señalar una mejoría en la organización: varias ruedas de prensa, más atenciones e información a la crítica, más cócteles, y un par de eficientes azafatas de uniforme.

Como agudamente señaló el Director de Cinematografía en el acto de clausura, la Semana de Sitges ha cumplido siete años, por lo que alcanza, si no la mayoría de edad, al menos el uso de razón.

Y, para celebrarlo, le han puesto pantalón largo y corbata (obligatoria). Esperemos que a la 21.^a Semana no nos hagan ir de uniforme.

CARLO FRABETTI

XII FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE SF TRIESTE 6/13 JULIO 1974

Durante la semana del 6 al 13 de julio de 1974 se ha celebrado en Trieste, Italia, el 12 Festival Internazionale del Film di Fantascienza. En la edición de este año fue concedido el primer premio, el Asteroide de Oro, a la película polaca *The Sandglass*. Dirigida por Woiciech J. Has, se trata de una cinta preocupante pero hermosa, que deja al espectador suspendido en un mundo atemporal. Los Asteroides Plata a los mejores actores fueron concedidos a John Ryan por su papel en *It's Alive* (Warner Brothers) y a la actriz rusa Jana Bolotava por *The Silence of Dr. Ivens*. También fueron concedidos premios especiales del jurado a *The Silence of Dr. Ivens* (Rusia) y *Miss Golem* (Checoslovaquia). El Sello de Oro de la ciudad de Trieste para premiar el mejor film corto fue entregado a *The Making of Silent Running*, de Chuck Barbee (Estados Unidos).

El jurado del Festival de 1974 estaba compuesto por Brian W. Aldiss (Gran Bretaña), Ivan Bociorov (URSS), Danielle Delorme (Francia), Kenneth Hartford (Estados Unidos) y Alessandro Blasetti (Italia).

De las diez películas presentadas a competición este año, cuatro eran estadounidenses: *It's Alive* (un bebé monstruoso a causa de las radiaciones que comete barbaridades en Los Angeles), *The Craziest* (un pueblo de Pennsylvania contaminado por un arma biológica), *Dark Star* (un film satírico reminiscente del *Dr. Strangelove*) y *Doomsday Machine* (un guión increíble y unos malos efectos especiales que provocaron silbidos y abucheos entre el respetable). La selección hubiera sido mejor si hubiera incluido films como *Sleeper*, *Westworld*, *Zardoz* o *Day of the Dolphin*, pero tales cintas se hallaban ausentes.

Las proyecciones públicas en el enorme patio del castillo medieval de San Giusto tuvieron un lleno diario, resultando en la venta de más de 16.000 entradas a lo largo de la semana.

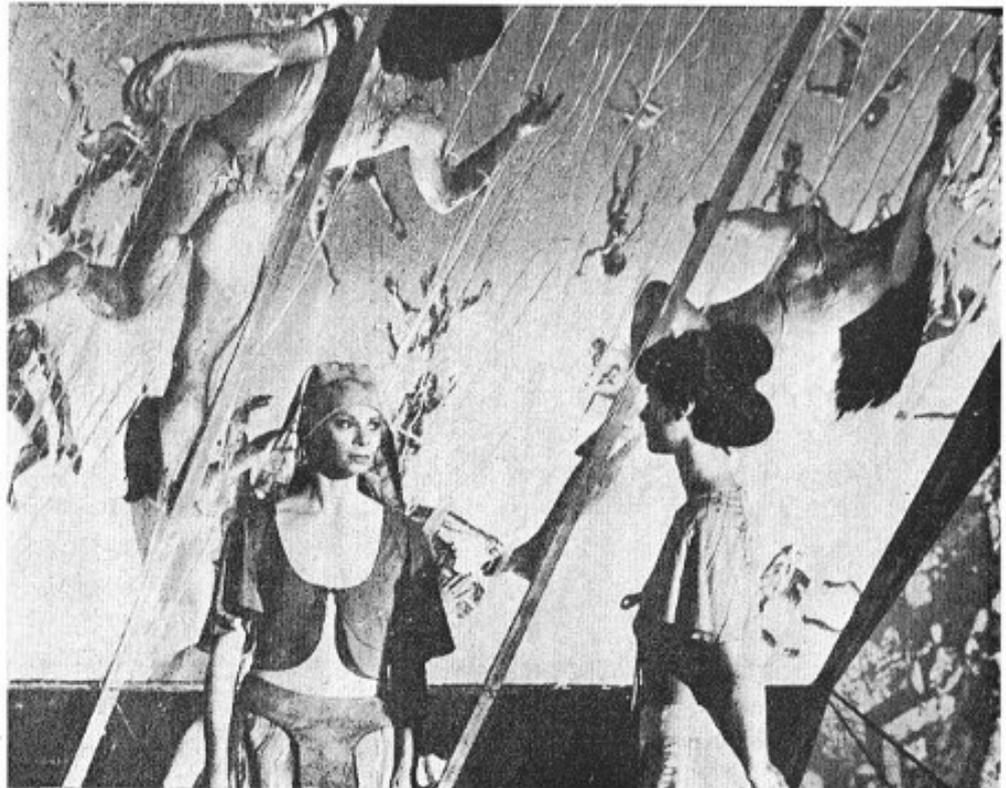
En el programa de este año se notaba la ausencia de la habitual retrospectiva, pero se espera que vuelva a ser realizada el año próximo. En las tardes se llevaba a cabo una sección informativa, constituida casi por completo por documentales científicos. También se celebraron exposiciones de arte con temas espaciales y reuniones informales que congregaron a realizadores fílmicos, actores y fans de la SF.

(De *Luna Monthly*)

*Películas que se vieron...
(The Sandglass)*



*... y películas que no habría estado de más
que se hubieran proyectado (Zardoz)*



XVI SEMANA INTERNACIONAL DE CINE EN COLOR

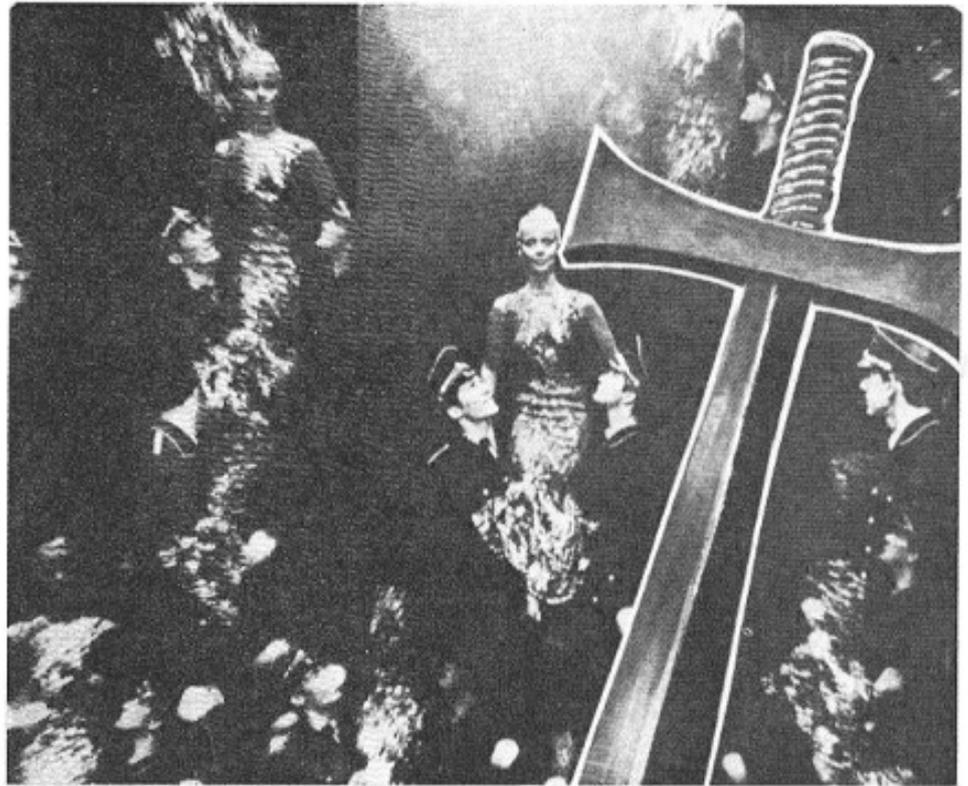
BARCELONA 25 OCTUBRE / 2 NOVIEMBRE 1974

De todas las semanas y festivales de cine que se organizan en España, es posible que la Semana de Cine en Color sea considerada como la más seria, especialmente por prestar todo su interés a la programación, sin dedicar la mayor parte de sus esfuerzos (como es la norma de casi todo este tipo de manifestaciones) a cócteles, saraos y actos más o menos sociales.

Por eso, a los aficionados al cine fantástico nos alegra sobremanera el que una manifestación de esta categoría dedique una parte importante de su programación a films claramente incluibles en dicho género.

Y este año, la Semana de Cine en Color nos ha ofrecido una buena selección de películas de nuestras temáticas: *The Final Programme* y *Sleeper* (de SF), *Sanatorium pod Klepsydra* y *Le fantôme de la Liberté* (fantásticas y oníricas) y *Matka Joanna od Aniolów* y *Mahler* (cintas de interés para los aficionados a lo fantástico).

Mahler



The Final Programme



The Final Programme es una cinta británica, que podríamos clasificar como de la «Nueva Cosa», por ser su personaje Jerry Cornelius uno de los más importantes héroes del nuevo estilo literario nacido en la Gran Bretaña, personaje que es utilizado indistintamente por una serie de autores de la «Nueva Cosa».

En la cinta, que nos muestra un mundo caótico, en el que todo parece estar hundiéndose, unos sabios se proponen lograr el hombre del futuro, mediante el apareamiento de dos seres humanos perfectos... claro que un autor como Moorcock, a quien se debe el guión, no podía dejar de realizar una broma final, mostrando el resultado del experimento: una especie de neanderthal hermafrodita.



El dormilón

Sleeper es la última cinta de Woodv Alien, el mejor de los cómicos con que cuenta el cine en la actualidad. Es otra historia de SF, que nos narra el despertar de un hombre que, sometido a una operación quirúrgica sin importancia en nuestros días, se despierta en el mundo del futuro, pues los médicos han tenido que congelarlo, a causa de unas complicaciones operatorias que ponían en peligro su vida.

Esta situación de partida le da a Alien una amplia gama de posibilidades para el empleo de sus talentos de bufón, y vemos aparecer una serie de gags: la máquina del orgasmo, los sirvientes robots, el líder mundial del que solo queda con vida una nariz... a cual mejor. Una buena película de SF humorística, que pronto veremos en las pantallas comerciales con el título de *El dormilón*.

Sanatorium pod Klepsydra es la cinta polaca que ha merecido este año el primer premio en Trieste, bajo el título de *The Sandglass*. Y, desde luego, se tenía merecido tal premio. Pues esta cinta es una de las mejores que se hayan visto en nuestras pantallas como cine fantástico. Un film totalmente irreal, crea una atmósfera onírica tal como últimamente solo están sabiendo darnos los eslavos.

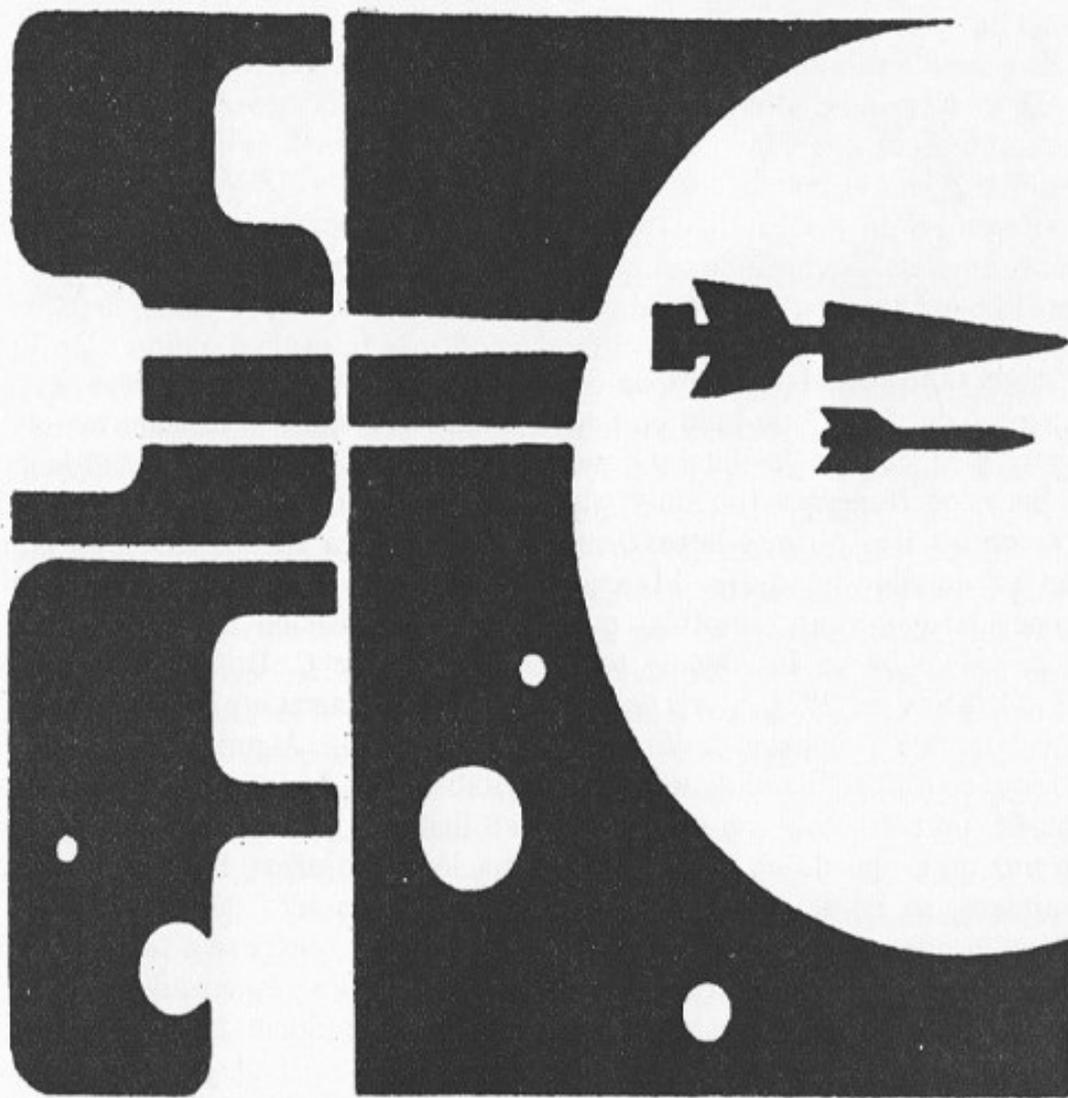
Le fantôme de la Liberté es el último Buñuel. Un Buñuel que sigue en la línea de *El encanto discreto de la burguesía*, es decir con su sátira mordaz y despiadada de una sociedad burguesa que ya se ha convertido en una caricatura de sí misma. Una sociedad a la que el genial aragonés conoce muy bien en sus tics y sus abominaciones más íntimas, y que le da pie para la realización de una cinta fantástica con momentos dignos de una antología del film «extraño», como la caza de zorros con blindado o la defecación en común. Un film que ningún aficionado al cine fantástico debería perderse... como tampoco debería hacerlo ningún fan de Buñuel.

En cuanto a *Madre Juana de los Angeles*, presenta para nosotros el aliciente de ser una especie de *The Devils*, pero sin truculencias, es decir una exposición del tema de la supuesta posesión demoníaca de unas monjas, realizada con la habitual maestría del cine polaco. Y *Mahler*, siendo una cinta convencional, nos ofrece el aliciente de tener algunas escenas claramente oníricas (el funeral de Mahler y el bautismo germánico hecho por Cosima Wagner) que nos introducen en el mundo de los sueños

con una mordacidad que desagradó claramente a los sectores más de derechas del público.

Resumiendo, una buena semana para el cinéfilo en general, y para el aficionado al cine fantástico en particular.

LUIS VIGIL



2.^a CONVENCION EUROPEA

Grenoble 8/13 Julio 1974

CITA EN GRENOBLE:

EUROCON II

La segunda Convención Europea de SF, que se celebró del 8 al 13 de julio en Grenoble (perdonen que no la llame GrenobleCon, pero los franceses son muy susceptibles con las tres últimas letras), empezó con un terrible handicap: el tener que recoger la agonizante antorcha que, cuando les quemaba ya los dedos, soltó Bruselas a finales de 1973, al reconocer su incapacidad de organizar la Convención y renunciar a su candidatura. Jacques Boczké, un entusiasta fan grenoblés, apoyado por un grupo de no menos entusiastas amigos, se lió la manta a la cabeza y decidió que podía preparar en seis meses lo que generalmente necesita un par de años para su preparación. *Y lo hizo.*

A lo largo de los siete días que duró la Convención, oí algunos comentarios acerca de los «terribles fallos de organización» que se registraron. Efectivamente, debo reconocer, hubo algunos fallos... bastantes. El lugar de celebración, por ejemplo, la Ciudad Universitaria de Grenoble (no hay nada más triste que una ciudad universitaria desertada ya por sus estudiantes), es un lugar demasiado amplio para celebrar en él una Convención de esta índole. Los diversos actos estaban demasiado desperdigados en el espacio, con las mesas redondas celebrándose en distintas Facultades (lo cual permitía por otro lado realizar emocionantes viajes turísticos en busca de los diversos puntos de reunión, que no siempre eran hallados), con la exposición de comics alejada del núcleo de la C. U., la cinemateca en un lugar perfectamente camuflado en medio de la ciudad... Algunos films, como es inevitable, no llegaron (como el esperado «Billenium»); hubo cambios de programación y horarios, faltó una información diaria de los actos a celebrar...

Pero esto, que pese a todas las medidas que tomen los organizadores es algo inevitable que suele ocurrir en cualquier Convención *normal*, lo es con más motivo cuando se dispone de tan poco tiempo (y *tan poca ayuda externa*, debo resaltar) para organizar algo tan complejo y difícil de montar como es una Convención Internacional.

La procesión de las mesas redondas.

Pero vayamos a los actos que formaron el conjunto de esta Segunda Convención Europea de SF. En primer lugar, ocupémonos de las mesas redondas... que es, primordialmente, el acto básico de toda Convención, ya que en él se discute el tema que a todos nos interesa y se llega a conclusiones válidas sobre el mismo... a veces.

Todas las mesas redondas de la Convención de Grenoble, a excepción de la

dedicada a la SF y los países del Este (por ser los países del Este) y SF y edición (por estar presente *un* encopetado editor), se celebraron dentro del marco más informal: varias de ellas, aprovechando la benignidad del tiempo, incluso al aire libre, sobre el césped del campus. Y, como suele pasar en la mayor parte de este tipo de discusiones, se contrastaron pareceres, se expresaron muchas opiniones personales... y no se llegó a ningún resultado concreto, lo cual tampoco se pretendió en ningún momento.

En la primera de ellas, «SF y ficción», se planteó el problema de si la SF era o no una literatura de corte escapista... y se dejó planteado. «SF y sexualidad» constató el hecho (conocido ya por todos) de que hasta los años 60 la SF había sido una literatura casta y recatada hasta lo aséptico, para caer, en estos últimos años, en la vertiente contraria, con el sexo entrando cada vez más de lleno en todo tipo de obras de la moderna SF... (y como ejemplo cabe citar el último *best-seller* de Ballard, «Crash», que a menos que ocurra un milagro *no* será publicado en España).

Dos mesas redondas paralelas, «SF y ecología» y «SF y prospectiva», dieron cuenta de las inquietudes de un determinado sector de la SF sobre los problemas de este orden que afectan a nuestro mundo. Las discusiones fueron enconadas, y mientras unos sostenían la tesis de que la SF tiene que actuar como pregonero y augur del terrible futuro que se nos avecina, cargando las tintas si es necesario (cosa que hace muchas veces), para tratar de prevenirlo, otros le reprochaban el no profundizar demasiado en los temas que abordaba, culpa la mayor parte de las veces de una palpable falta de preparación de los autores; una tercera facción, finalmente, convertía la SF en política y decía que son los políticos quienes tienen que poner remedio a nuestra desastrosa situación y no los novelistas... cosa en la que estoy totalmente de acuerdo. Finalmente, la postura general de la mayoría quedó bastante clara: frente a la ecología y la prospectiva, la SF debe intentar, dentro de sus posibilidades, advertir a la gente de lo que le espera si sigue por este camino, hacerle ver lo que otros estamentos más cualificados pero también más mediatizados no quieren que vea por motivos extrasociales (léase económico-políticos), y lograr así en las masas una reacción. Un loable propósito, al que personalmente solo he de poner un triste reparo: tomemos el número de lectores hispanoparlantes (potenciales) y dividámoslo por el de lectores de ND... y veremos que esas posibilidades revulsivas de la SF en nuestro país son francamente desesperantes.

La mesa redonda «SF y urbanismo» se celebró fuera del recinto universitario, en el mismo lugar donde se hallaba la exposición de comics... un horrible bloque de cemento encuadrado dentro de los más puros principios de los HLM: un agujero para cobijarse, no para vivir. La reunión, en este marco, tenía que ser más bien deprimente, y lo fue. No se llegó a ningún acuerdo, como es lógico, y las discusiones flotaron sobre lo que tenía que ser el urbanismo del futuro. Aunque hubo muy hermosas ideas sobre cómo tendría que ser el entorno de nuestros nietos, la verdad es que muy poco de lo que se dijo tenía relación con la SF.



Las conferencias o mesas redondas lo mismo se celebraban...

Dos mesas redondas que resultaron también bastante deslavazadas fueron «SF y comics», donde se dijo lo mismo de siempre: el comic es la futura expresión de toda literatura (¡aaaggh!) y el comic de SF va a la vanguardia y blablabla... y «SF y adolescencia», en la que ni siquiera los reunidos llegaron a ponerse de acuerdo sobre cuál era el tema acerca del que tenían que discutir.

«SF y los países del Este» (conseguí llegar a la mitad de la mesa redonda, después de un emocionante y agotador periplo a lo John Cárter para conseguir encontrar el «Anfiteatro 14», donde se celebraba la reunión) fue algo de lo más formal... como correspondía. Los tres representantes de los países del Este (nuestros corresponsales Ion Hobana por Rumanía, Peter Kuczka por Hungría, y Czeslaw Chruszczewski por Polonia) hicieron por turno, y dos de ellos a través de intérprete (lo cual enfrió aún más el ya de por sí frío ambiente), una exposición de lo bonita que era la SF en sus respectivos países y lo bien que se vendía, lo cual nos dio mucha envidia. Ya casi al final de la reunión se inició un breve coloquio, que como era inevitable cayó casi inmediatamente en el terreno político de la cuestión: ¿dejaban publicar todo lo que se escribía, estaba muy mediatizada la edición, qué cortapisas encontraban los autores? etc. etc. etc. Debo admirar la diplomacia de los tres autores, principalmente de Chruszczewski, que se permitió el lujo de contestar a un venenoso y gratuito ataque del prolífico, fatuo y engreído escritor francés Jean Pierre Andrevon... citando sencillamente un texto del propio Andrevon en el que este defendía precisamente lo mismo que ahora censuraba a su colega polaco. Tras esto, y entre risas y aplausos, la reunión se dio por terminada...

«SF y los problemas de la edición en Francia», finalmente, reunió a *un* editor (Robert Kanters, de *chez* Denöel), algunos autores (Michel Jeury; Gérard Klein, que

además es director de la mejor colección de SF que se edita actualmente en Francia, «Ailleurs et Demain»; Jean Pierre Andrevon...), críticos, fans y público en general. Gérard Klein se lamentó de la penuria del escritor con acentos que hacían saltar las lágrimas, al menos a mí, que he vivido esas mismas miserias en su propia sangre. Robert Kanters, por su parte, responsable de la veterana colección «Présence du futur» (cuya política editorial sigue los mismos pasos que siguiera en su tiempo la fenecida colección española «Nebulae»), lloriqueó sobre los problemas económicos del editor... recibiendo como respuesta un unánime reproche a su política de reeditar viejos títulos con el marchamo de «volumen doble» para poder venderlos al doble del precio anterior, y omitiendo cuidadosa y ladinamente el año del copyright original para que no se vea tanto lo viejos que son. En resumen, la conclusión de la mesa redonda lúe inevitable: el autor francés de SF está mal pagado, tiene pocas oportunidades de llegar al público... Todo esto es muy cierto, pero uno que es modesto piensa que en Francia hay actualmente seis colecciones dedicadas exclusivamente a la SF (sin contar un par más de colecciones de libros de bolsillo que editan también frecuentemente volúmenes de SF) y cuatro revistas, con unos niveles de edición bastante aceptables, y se pregunta qué sería de una mesa redonda de estas características celebrada en España, con asistencia de editores, autores y fans. ¿Tiene alguno de ustedes un pañuelo, por favor?



... al aire libre...

No asistí al último debate (uno estaba a casi mil kilómetros de casa y al día siguiente tenía que ir a trabajar para ganarse la vida), que pretendía hacer un resumen de todo lo que había sido la Convención. De todos modos, noticias llegadas posteriormente hasta mi me han informado que uno de los puntos clave que dominaron esta última mesa redonda, sostenido principalmente por los faneditores, era que «debemos librarnos del imperialismo cultural yanqui que sojuzga las

colecciones de SF». Muy cierto: cualquier colección de SF que se precie publica un elevado (*muy* elevado) tanto por ciento de obras de procedencia anglosajona. Pero, me pregunto yo, ¿queda otro remedio? El día que tenga entre mis manos diez *buenas* novelas de SF de autores españoles por publicar, y sepa que el público las va a comprar aunque sus autores no se llamen Asimov, Bradbury, Clarke ni Heinlein, sino López, Rodríguez, Martínez y Pérez, podré decirles a mis apreciados amigos yankis que, en lo que a mi respecta, pueden irse a cultivar hortalizas en vez de seguir escribiendo SF. Pero, hasta entonces, y desgraciadamente, no. ¿Eso es imperialismo cultural yanki, o simple indigencia cultural nativa?

Convenciones, cine y SF.

Los actos paralelos a los debates, para que la gente se relajara entre sesión y sesión sin salirse excesivamente del tema, se centraron casi exclusivamente en el cine. Hubo, como inicio, un «viaje hacia atrás en el tiempo» con la proyección de la película «The Thing» (presentada en su tiempo en España como «El enigma de otro mundo» [véase ND 6]). Uno, que la había visto en sus años mozos y se sentó en su butaca con un placentero escozor en salva sea la parte, salió arrastrándose miserablemente, completamente hundido en sus ilusiones y preguntándose cómo una película puede envejecer de tal modo, cómo pudo gustar, en su tiempo, un film que hiede tan apestosamente a militarismo, un film de pura y descarada propaganda yanki, sobre todo en su rimbombante «advertencia» final. Se lo juro: tras verla de nuevo, me he hecho el firme propósito de no revisar en adelante ningún título de SF que haga más de diez años que no he visto: al menos, me evitaré un shock y podré guardar los dulces recuerdos de mi tierna juventud.



... que en anfiteatros o habitaciones.

«I cannibali» (Los caníbales), de Liliana Cavanni, fue otra cosa. Se trata de un film rotundamente subversivo en su simbolismo (llevado algunas veces a extremos incluso excesivamente arquetípicos), que nos relata la rebelión de una joven pareja ante una sociedad que ha eliminado a todos los enemigos del poder por el simple y expeditivo procedimiento de asesinarlos, dejando sus cadáveres en medio de las calles como ejemplo a los demás y prohibiendo bajo pena de muerte que nadie los retire de donde están. La crudeza de las imágenes de toda una sociedad llevando su vida normal entre los cadáveres que atestan las calles, la actitud de los distintos personajes, resume toda una filosofía sobre el poder y lo que constituye el abuso del poder.

La inevitable película soviética, «Por delante de los sueños», filmada en 1963, fue por supuesto mediocre, infantil y divertida, pese a sus autores. También fue ingenua y altamente aburrida... como lo fue por otro lado «Ils» (Ellos), de Jean-Daniel Simon, un film realista-futurista que navegaba entre un discreto onirismo y una demencia de la manipulación a que se somete el alto espionaje... y que de SF no tenía ni el nombre. Una serie de estupendos cortos de animación de Raoul Servais, en cambio, trajeron un soplo de frescura e intencionalidad a la Convención: sería una gran cosa que alguien se decidiera a traerlos a España.

«Las ventanas del tiempo», un film húngaro de Tamas Fejer, con guión de nuestro corresponsal Peter Kuczka, tuvimos ocasión de verlo ya en el festival de Sitges del año pasado (ver ND 52). Y un film finlandés, «El tiempo en rosa», de Risto Jarva, nos narró, con una técnica a lo «Blow-Up» la historia de la creación a través de un sosia del doble de una mujer que se ha suicidado... doble que, como era inevitable, terminará suicidándose a su vez.

Hubo dos ausencias en la programación: «Doomwatch», de Peter Sasdy, cuya

copia no llegó a tiempo (este film fue exhibido en Sitges el año 72 y reseñado en ND 40), y el esperado «Billenium» de Jacques Goimard, sobre la obra de Ballard, un film realizado para la ORTF y que, según los comentarios, llevaba un tiempo recibiendo el «veto no oficial» de los altos estamentos radiotelevisivos franceses (en España sabemos bien lo que es esto).

La cinemateca, cuyo emplazamiento estaba cuidadosamente oculto en una arcada dentro de un patio interior en el casco antiguo de Grenoble, ofreció una serie retrospectiva ante cuyo programa, sinceramente, no tuve hígados de acudir: lo siento. Creo que no me perdí gran cosa... salvo la espectacular escena del lanzamiento de la nave de «Una mujer en la Luna» de Fritz Lang.

Paralelamente, algunos cines de Grenoble, adhiriéndose a la Convención (o buscando hacer un poquitín más de negocio) programaron algunas cintas de SF: «Soylent Green» y «Asylum» por ejemplo (ambas exhibiéndose comercialmente en España en la actualidad), y el renombrado «Solaris», de Andrei Tarkouski, sobre la novela de Stanislaw Lem (que según mis noticias se publicará en breve en lengua española)... una pretenciosa y lenta película que se halla, a mi parecer, muy por debajo de la novela original.

Exposiciones y otras menudencias.

Las proyectadas exposiciones fueron la parte más débil de la Convención. La de comics (a la que no pude ir por carencia del don de la ubicuidad) se me informó era idéntica a todas las anteriores del mismo estilo, con muestras de comics e ilustraciones realizados últimamente... y algunos no tan últimamente.

Los editores desertaron absolutamente de la Convención y lo que debía ser (como fue en Heidelberg hace cuatro años) un buen muestrario de lo más reciente aparecido en librerías dentro del campo de la SF, se quedó en nada de nada, hasta tal punto que la exposición ni se montó. De parte de Jacques Boczké, el comité organizador y todos los asistentes, a los ausentes editores: muchas gracias.



Las mujeres participaron en forma notable en la EuroCon II

Por contra, buena parte de las librerías de Grenoble estuvieron bien surtidas, con *rayons spécialisés* de SF en todas ellas, con abundancia de las últimas novedades (entre las que «Crash» de Ballard se agotó a los dos días). Algunas de ellas ofrecieron incluso, dentro de sus posibilidades, una exposición de ilustraciones originales o libros antiguos de SF, destacando entre ellas la de la librería Arthaud, con algunos originales de portadas... aunque se limitara a colocarlo todo en el último piso, el desván del edificio, mientras las ventas se realizaban en la planta baja. Entre las exposiciones de obras de SF cabe destacar como caso curioso la que realizó nada menos que un restaurante, que llevaba el nombre muy poco cienciaficciónístico de «Le boeuf Mironton» (*sic.*)

Los faneditores, por su parte, demostraron ser mucho más emprendedores que los editores, e instalaron sus mesas a la puerta del Anfiteatro Weil, lugar donde se celebraron la mayor parte de actos. Doy fe de que la mayor parte de ellos vendieron casi todo lo que llevaban consigo, amén de entablar entre sí y con los demás asistentes un fructífero intercambio de impresiones, fanzines y domicilios.



Nuestro corresponsal en Rumanía, Ion Hobana

Los premios.

La Convención de Grenoble tuvo el acierto de no conceder premios, alegando muy juiciosamente que no pueden concederse unos premios europeos válidos ante las dificultades de lectura en varios idiomas que ofrecería una selección representativa y el no conocimiento de *todo* lo que se ha publicado en el continente europeo durante el año. Pero sí cayó en la comprensible y disculpable tentación de conceder algunas menciones, cosa inevitable y que siempre da tono y queda bien. Las más destacadas fueron:

Mejor novela: Michel Jeury por «Le temps incertain» (El tiempo incierto). Merecida: es una novela excelente, que espero aparecerá pronto en español: al menos, existe el proyecto de publicarla.

Mejor novela corta: Jean Pierre Andrevon, por «Epilogue... peut être» (Epílogo... quizá). Desconozco el texto; he leído algunas otras cosas de Andrevon; en Grenoble tuve oportunidad de conocerlo personalmente. Me reservo discretamente mi opinión.

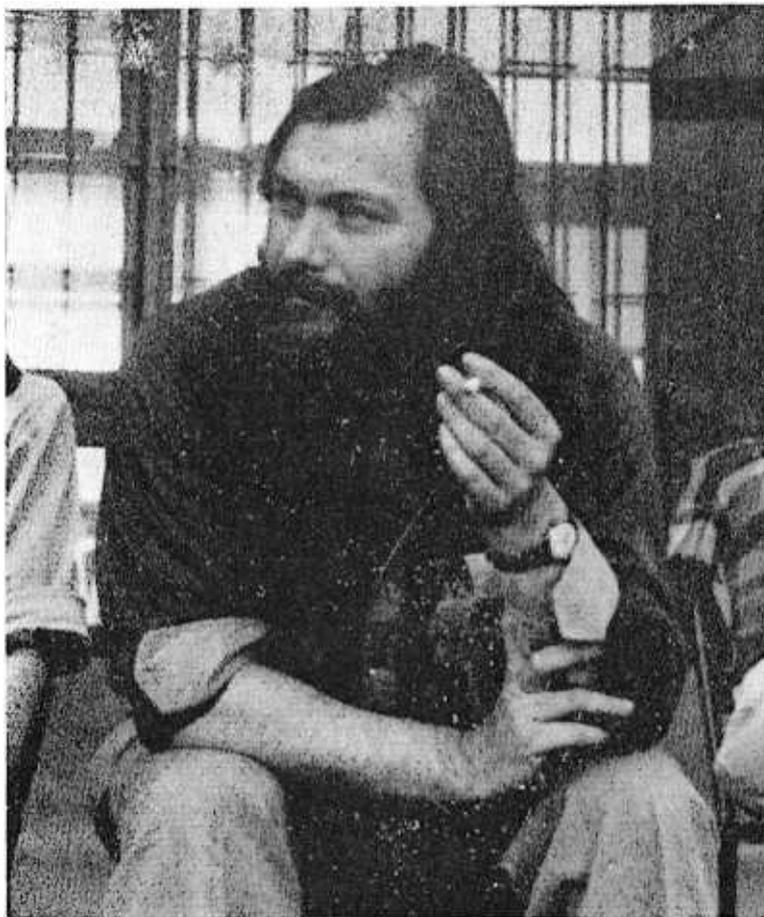
Mejor colección: Robert Lout, director de la colección «Dimensions» de Calman-Lévy. Supongo que le dieron el premio por el *boom* de «Crash». No obstante, no lo considero merecido: la colección es bastante irregular, y su calidad media no muy alta. Creo que si se premia algo ha de ser el *conjunto* de una colección, no un título determinado.

Mejor revista: «Galactika», de Hungría. Buena diplomacia: la revista está bien

presentada si la comparamos con el conjunto de la producción de los países del Este, pero ¿quién leyó su contenido?

Mejor fanzine: Ex aqueo a «Andromeda», alemán y «Nyarlahotep», francés. Ambos buenos fanzines, excelentemente presentados.

Mejor ilustrador: Siudmak. He visto poca cosa de él, y no puedo juzgar.



Nuestro colaborador francés Patrice Duvic

Mejor fan: Bernard Goorden, belga. Completamente de acuerdo. Solo por la actividad que desplegó durante los siete días de la Convención, se merecía esta mención y otras cinco más. Imagino que tomaba vitaminas tres veces al día.

Y una *mención especial* al organizador, Jacques Boczké, y a su esposa, que actuó como su secretaria-publicrelations-azafata-etc-etc-etc., añadido por la heroicidad que representa el organizar en seis meses una Convención como la de Grenoble. Realmente, se merecieron enteramente esto... y toda nuestra gratitud.

Y entre pasillos...

Pero, para mí, por encima de las mesas redondas, las sesiones cinematográficas, las exposiciones y los demás actos, el principal aliciente de una Convención es la posibilidad que ofrece de conocer gente nueva, entablar otra vez relación con

aquellos que conociste en la Convención anterior y con los que solo pudiste cartearte esporádicamente por eso de la premura del tiempo, hablar con autores, fans y concurrentes de otros países, renovar casi olvidadas amistades. En este aspecto, tuve el placer de conocer personalmente, tras haber tenido contacto con ellos únicamente por carta, a gente como Pierre Versins (el deán de la SF europea, autor de un voluminoso, discutible en algunos aspectos, pero muy interesante superdiccionario de la SF), Gérard Klein, que solo vino los últimos días a lamentarse de lo poco que cobran (¡ay!) los autores, Jacqueline H. Osterrath, que el primer día se presentó deliciosamente vestida de bávara, y que distrajo el tedio de algunas mesas redondas haciendo preciosos e ingenuos retratos de los asistentes... Pude reconocer y abrazar de nuevo, después de reconocerlo tras la poblada barba que se ha dejado, a nuestro colaborador Patrice Duvic; trabé conocimiento con uno de nuestros suscriptores, Pierre H. Godfroid, el único, se lo juro, belga con acento más *seviyano* que la Torre de la Giralda, (y que se presentó tocado con un típico sombrero cordobés...) Y, sobre todos ellos, caí en las garras del fan más entusiasta que he encontrado en toda mi vida, Bernard Goorden, al que lo único que deseo fervientemente es que nunca, nunca, los reveses de la vida que han desilusionado antes que a él a tantos otros faneditores consigan disminuir su absorbente entusiasmo.



Dos cabecillas de Nueva Dimensión son entrevistados por la TV francesa (Luis Vigil y Domingo Santos)

Además de estos contactos, entre pasillos, también es decir, entre acto y acto, se constituyó el Comité de Convenciones Europeas, del cual formamos parte Luis Vigil

y yo representando a España. El principal fin de este Comité era decidir dónde se celebraría, dentro de dos años, la III Convención Europea de SF. Tras varias reuniones, y a propuesta de Czeslaw Chruszczewski, se aceptó por unanimidad la candidatura de la ciudad de Poznan, en Polonia, previa conformidad (y con el apoyo, por supuesto) de la Sociedad de Escritores Polaca y el propio Gobierno del país. Aunque el acuerdo está pendiente de aceptación definitiva, a cuyo fin el Comité Europeo ha iniciado los trámites correspondientes, es probable que, dentro de dos años, la «III European SF Convention» se celebre en la localidad de Poznan, en Polonia. Si antes no me elimina alguno de mis lectores, furioso al leer cualquiera de mis bodrios, o caigo por un profundo pozo intertemporal, yo pienso ir a ella. ¿Y usted?

DOMINGO SANTOS

wallace wood

IFLESH GARDEN!





NO NOS PRECI-
PITAMOS EN SACAR
CONCLUSIONES,
DALE... ¿QUÉ TE
HACE SUPONER QUE
ESE MONSTRUO VA-
YA A COMERSE AL
DR. ZARK?



¡ESO ES LO MALO QUE TENEMOS LOS TERRESTRES... SIEMPRE SU- PONEMOS QUE LOS OTROS SERES SON HOSTILES. ¡ME NIEGO A MATAR A ESE SER, POR CREERLO HOSTIL... LO MATARÉ POR PURO PLEASER!

¡ESPERA, FLESH!



FLESH, CARINO... ¡AUNQUE VAS A UNA MUERTE SEGURA, TE AMO TANTO QUE IRÉ CONTIGO A LUCHAR CONTRA ESE MONSTRUO!

¡DEBES QUEDARTE!

¡IRÉ CONTIGO!

¡QUEDARTE!

¡IR!



¡DE ACUERDO... VE! AQUÍ TIENES MI ESPADA... ¡NO TENES SENTIDO QUE NOS MATEN A LOS DOS!



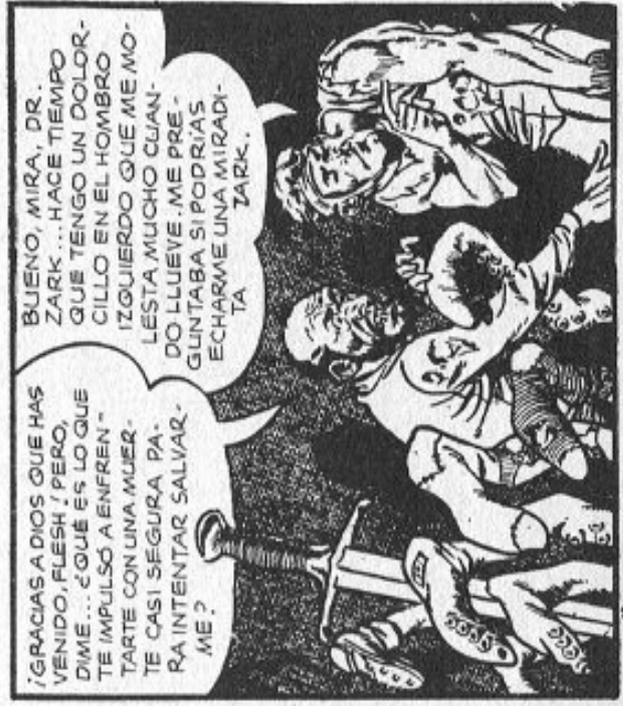
PENSÁNDOLO MEJOR... AHORA ME DOY CUENTA DE QUE DEBO SALVAR AL DR. ZARK.

¡VOY A SALVARTE, NOAH! ¡VOY A SALVARTE, DR. NOAH ZARK!

¡CLING!

¡ICLAS!

¡ICLAS!



¡GRACIAS A DIOS QUE HAS VENIDO, FLESH! PERO, DIME... ¿QUÉ ES LO QUE TE IMPULSO A ENFRENTARTE CON UNA MUJER. TE CASI SEGURA PAREINTENTAR SALVARME?

BUENO, MIRA, DR. ZARK... HACE TIEMPO QUE TENGO UN DOLORCILLO EN EL HOMBRO. ¡QUISIERO QUE ME MOSTRASE MUCHO CUANDO LLUEVE. ME PREGUNTABA SI PODRIAS ECHARME UNA MIRADITA ZARK.

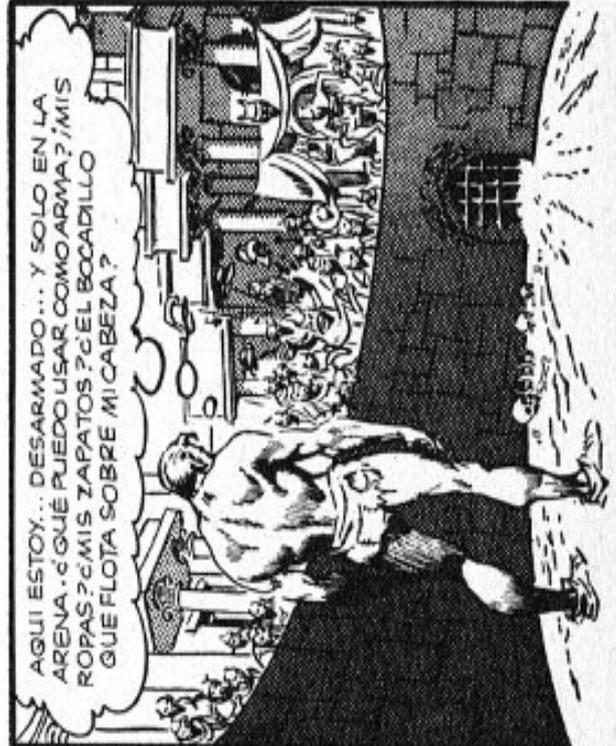


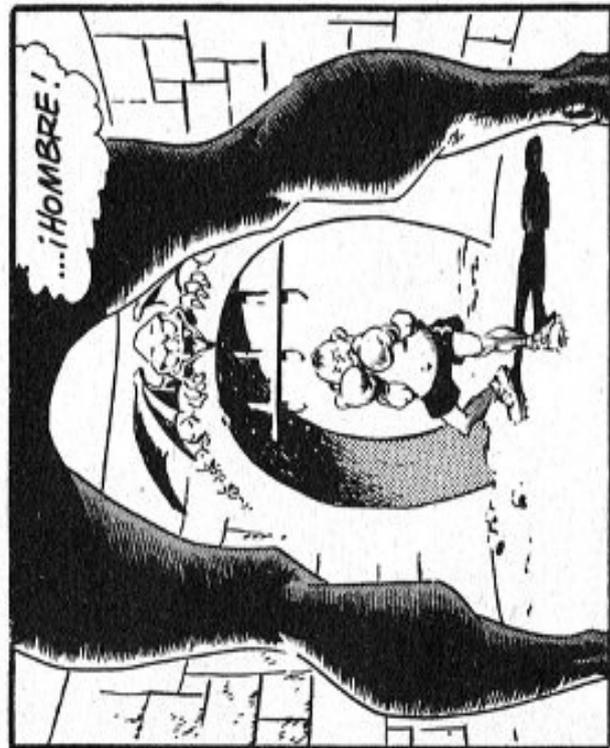






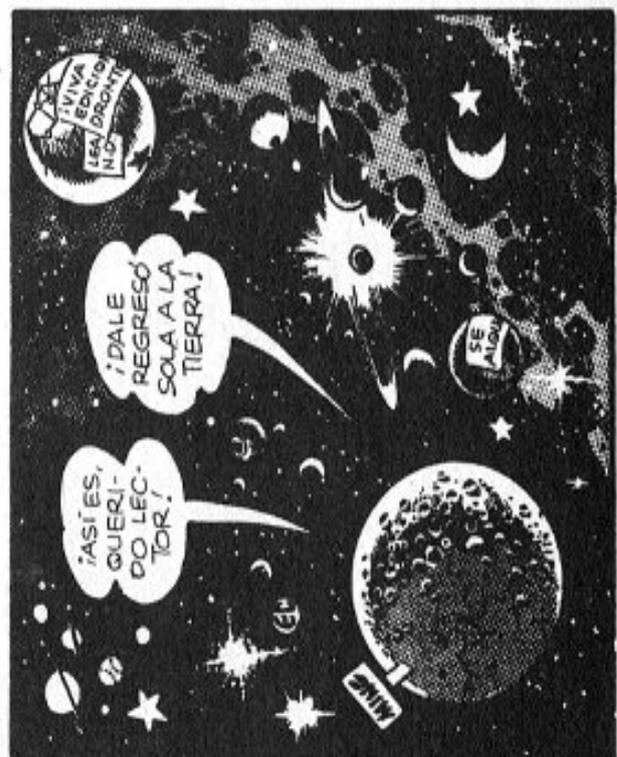














Wallace Wood

En Estados Unidos hay dos tipos fundamentales de dibujantes de comics: los que dibujan tiras (comic-strip) para los grandes sindicatos de prensa y los que dibujan tebeos (comic-books). Esto implica una diferencia básica, no solo a nivel de lenguaje y de planteamientos expresivos sino también a nivel de tinglado económico-comercial, puesto que el estatus del dibujante varía radicalmente según que sea el titular de una de esas tiras, que se eternizan en los diarios de todo el mundo, o bien que sea el ocasional realizador de una de tantas series como pueblan el comic-book norteamericano. Mientras que el primero tiene un trabajo seguro y relativamente estable, el dibujante de los comic-book cambia frecuentemente de serie y personajes —salvo ocasionales profesionales de gran prestigio y segura comercialidad— y con cierta frecuencia irá de uno a otro grupo editor a compás con los vaivenes del mercado profesional.

Este es el caso de Wallace Wood. Realizador de comic-books, ni demasiado importante ni demasiado famoso fuera de los estrechos límites del fandom, Wood es autor de una obra que, fuera de ocasionales logros, se ha deslizado con demasiada frecuencia por la pendiente de lo habitual. Es valorando el conjunto de esta obra cuando habría que preguntarse si muchos dibujantes que trabajan como freelancer lo hacen por vocación o por no haber alcanzado una categoría suficiente que les permita fijarse de manera permanente a una empresa editorial. Ahora bien, esta pregunta, en el caso de Wallace Wood, implica un cierto grado de injusticia, teniendo en cuenta que durante los años cincuenta desarrolló una abundante y correcta labor en los comic-books de la Entertaining Comics (EC), labor que solo cesó al decaer la actividad editorial de este grupo editor.

Es precisamente en las publicaciones de la EC donde Wood creó las que, para mí, son sus mejores obras, tanto en el campo del terror como en el de la ciencia ficción y la parodia, siendo precisamente estas últimas aquellas donde culminaron las posibilidades expresivas del autor, al darnos obras que luego no ha sido capaz de superar. Será en la revista “Mad”, publicada por la EC a partir de 1952, donde irán apareciendo las parodias que Wood realiza en torno a famosos personajes del comic norteamericano: “Superduperman”, “Black and Blue Hawks”, “Teddy and the Pirates”, “Bat Boy and Rubin”, “Little Orphan Melvin”, “Flesh Garden”, “Prince Violent”...

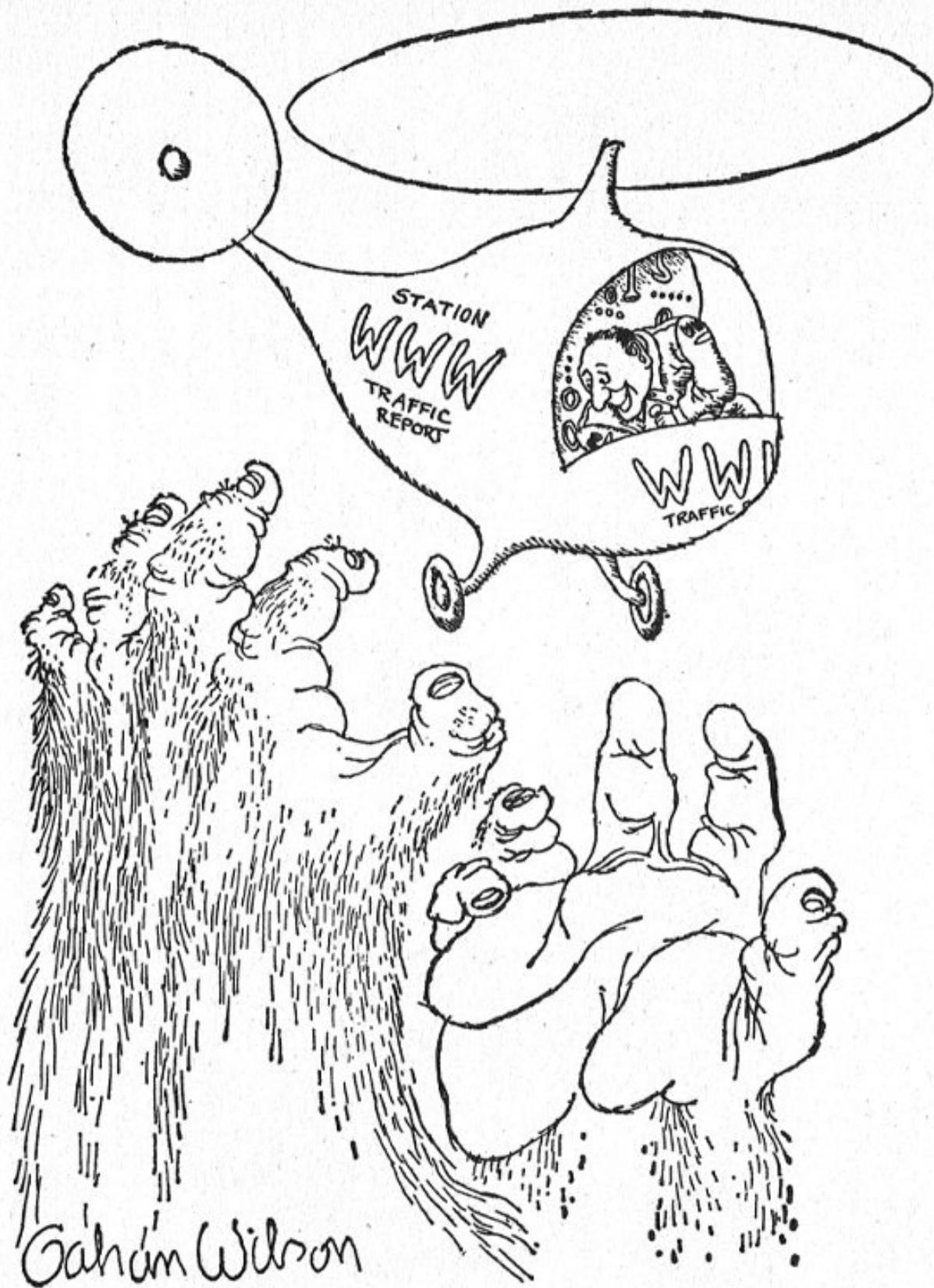
“Flesh Garden” apareció en el número 11 de la revista “Mad” (mayo de 1954), siendo posteriormente recogido en uno de los pocket-books editados por Ballantine, “The Mad Reader”. En la parodia, el héroe máximo del comic de ciencia ficción norteamericano se nos muestra repleto de defectos y, sobre todo, cínico, negando totalmente las tradicionales virtudes con las que las fuerzas vivas de lo establecido intentan revestir a sus héroes para el consumo de la mayoría silenciosa. Respecto al estilo gráfico, nunca como aquí logró Wood una más sutil conjunción del estilo épico

con la parodia, de lo ridículo y lo fantástico, dándonos una obra de gran interés expresivo y totalmente válida, veinte años después de su creación, para la desmitificación del héroe ario...

Antonio Martín

EL HUMOR DE Graham Wilson

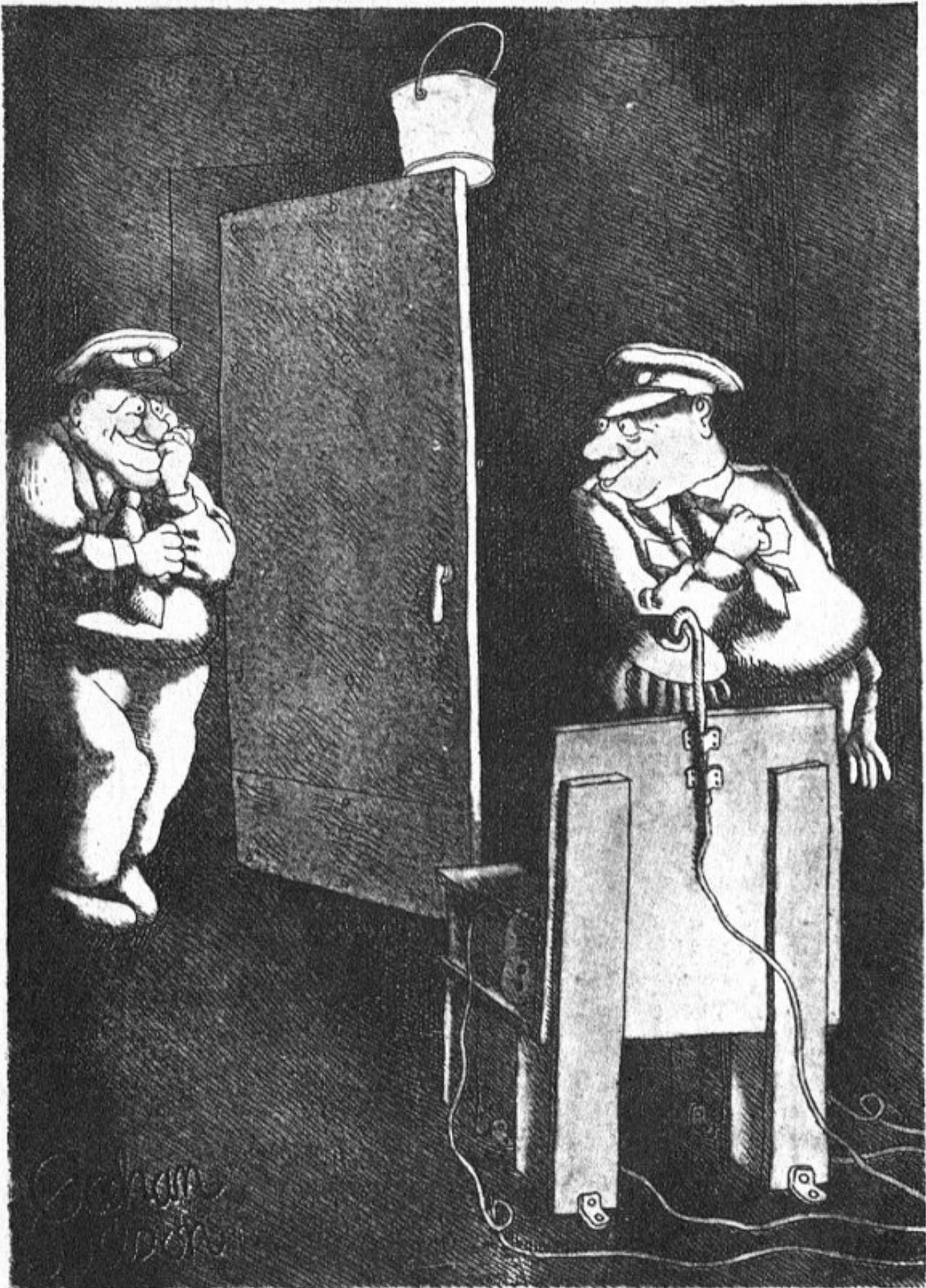




-¡Creo que hemos localizado la causa del embotellamiento en la Calle Treinta y Cuatro y la Séptima Avenida!



-Es un combinado especial cuya fórmula me dieron
en Londres.



-¡Ahí vienen!



-¡Vaya, vaya, señor Merryweather, ya lo creo que tuvimos una pequeña equivocación al preparar su receta!



-¡Ahí llega de nuevo, y trae otro perro!



Gahan
Wilson

-Bueno, supongo que esto destruye mi diagnóstico
de que era una anemia.



-¡Ya está bien, chucho! ¡Ven aquí, chucho! ¡Olvida
lo, chucho, vente, chucho...!

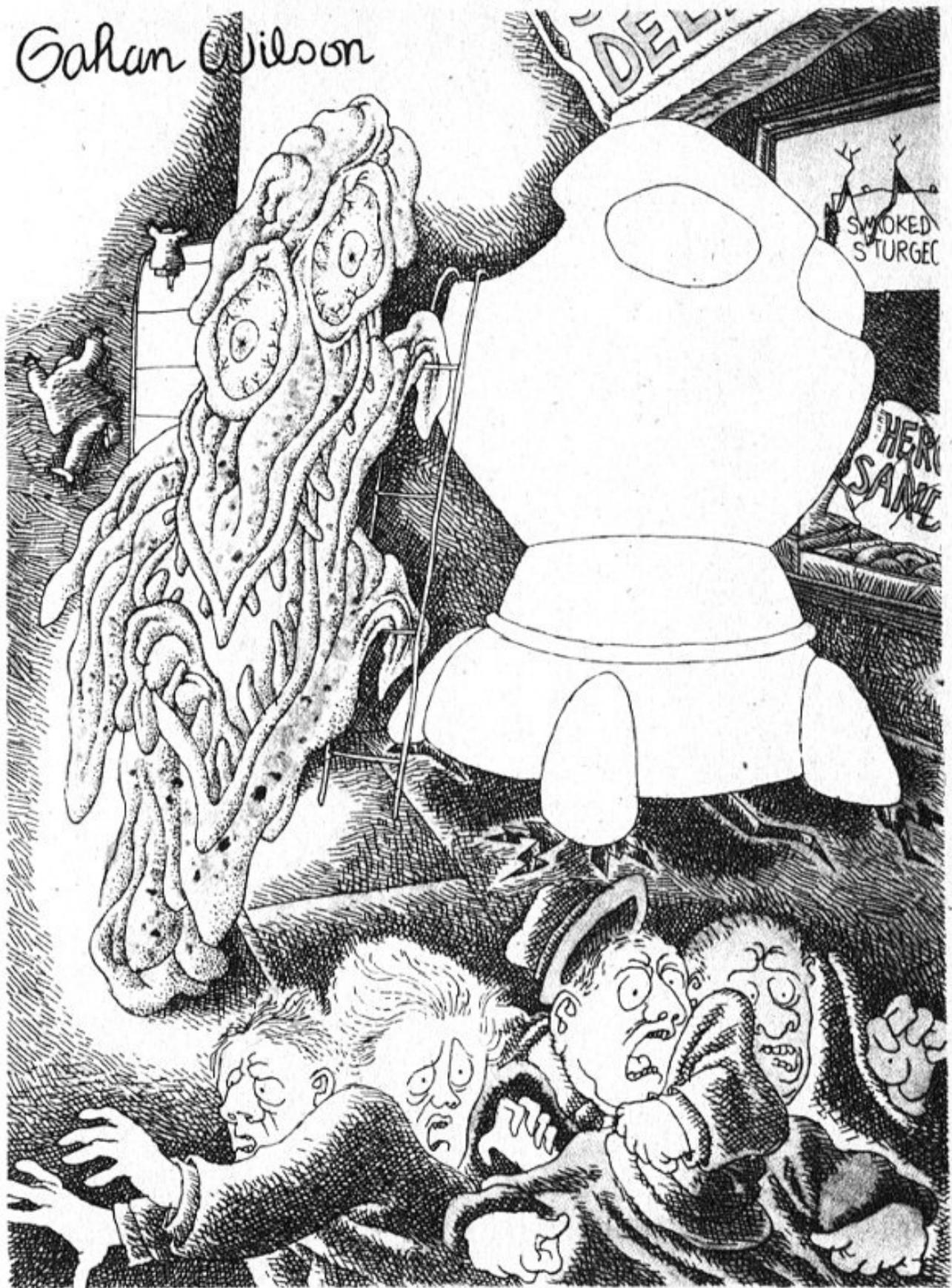


-Es curioso, Eddie estaba seguro de que algún día le caería un meteorito en la cabeza.

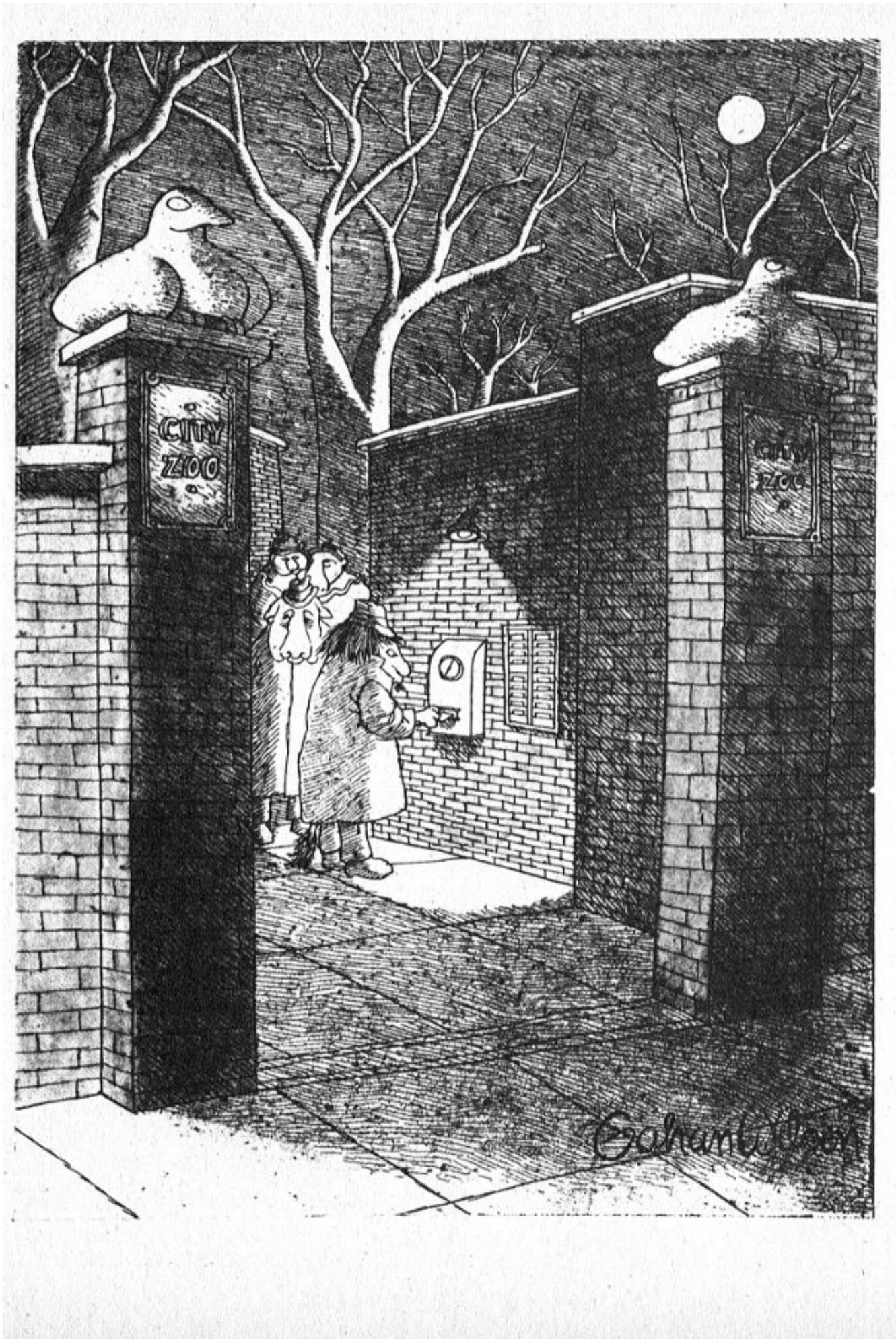


-¡Envíenme algo más de alimento para pájaros...
a toda prisa!

Gahan Wilson

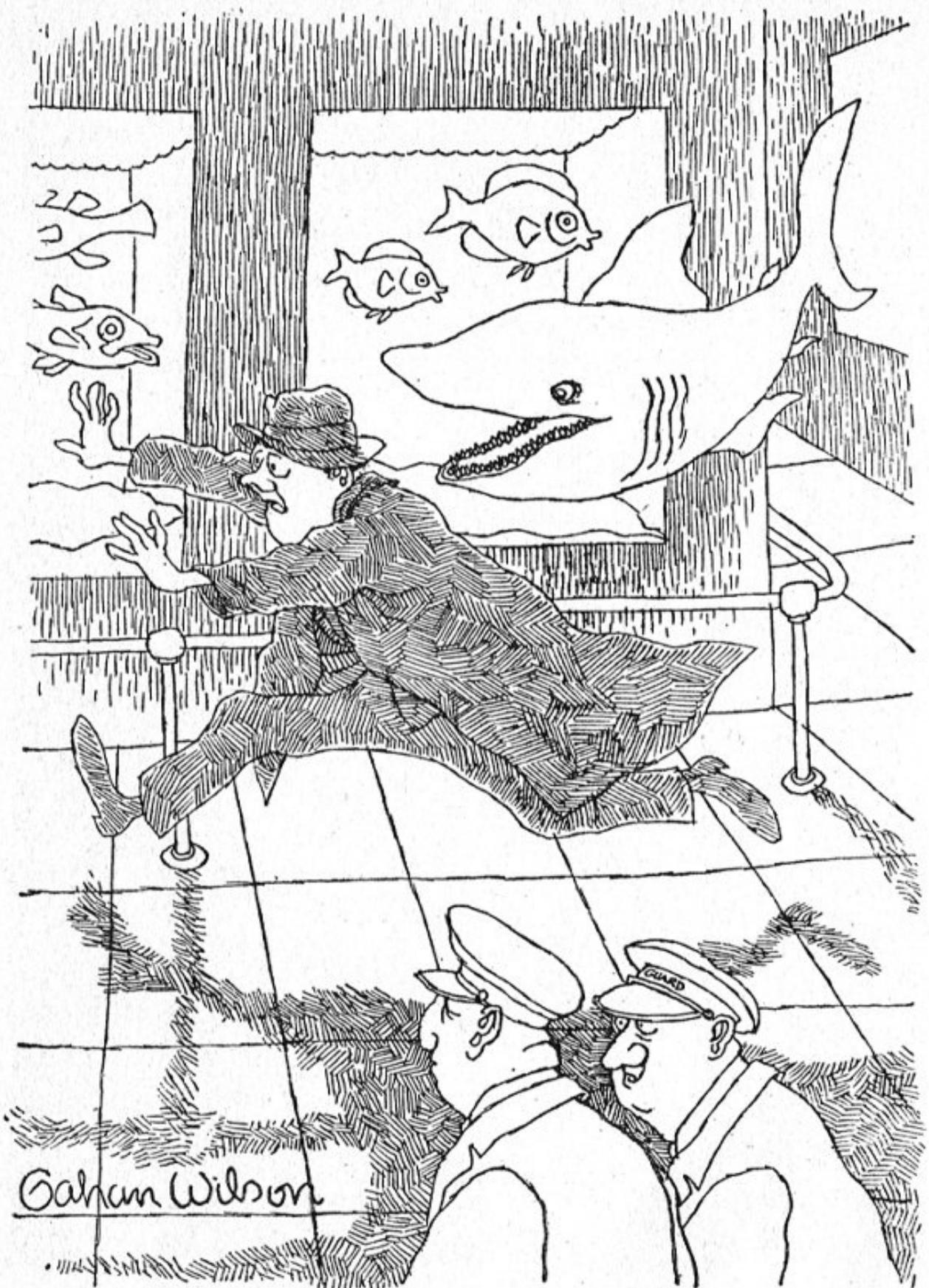


-¡ Un pequeño paso para un znargh... un gran paso para la Znarghidad!

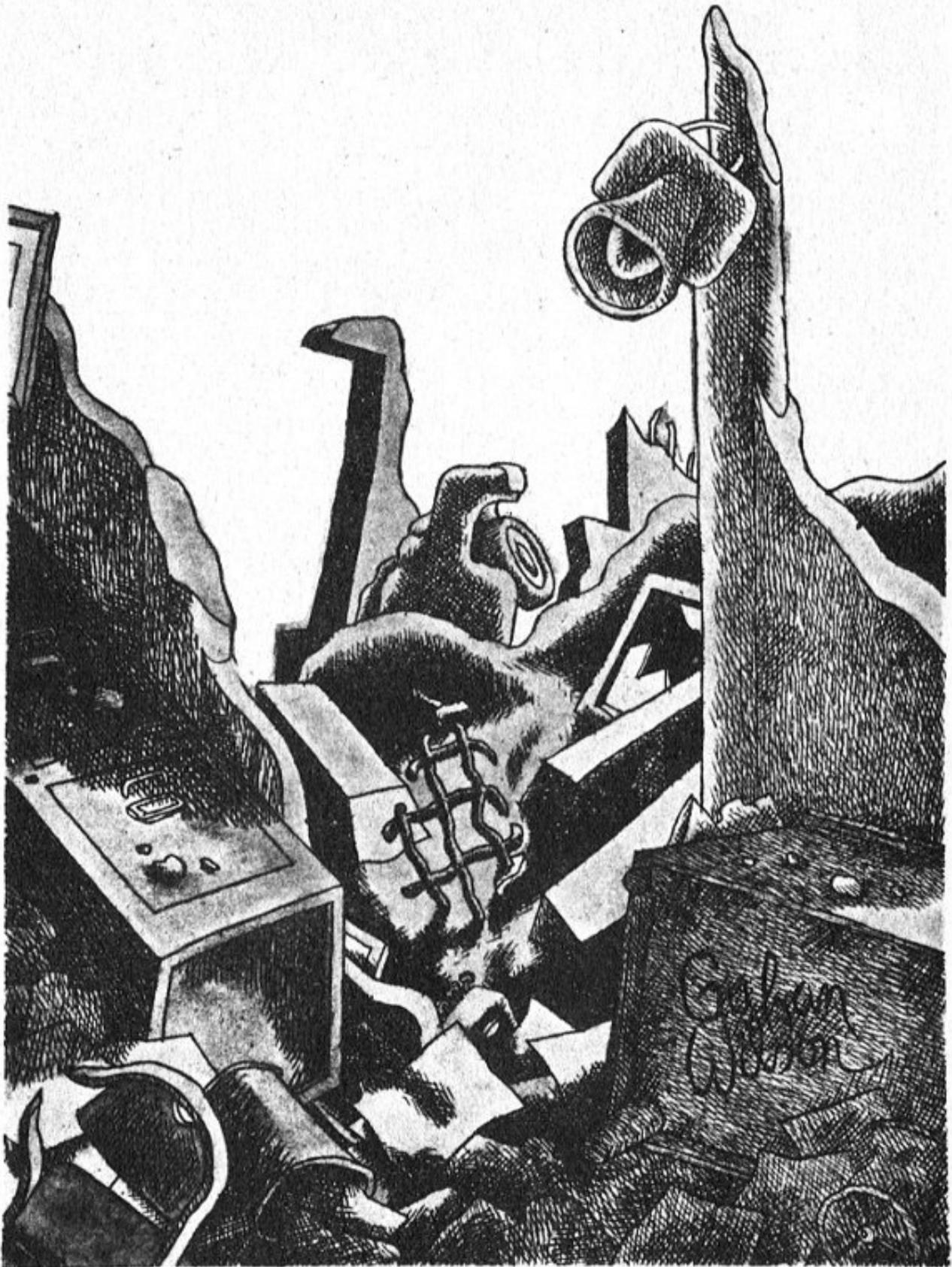




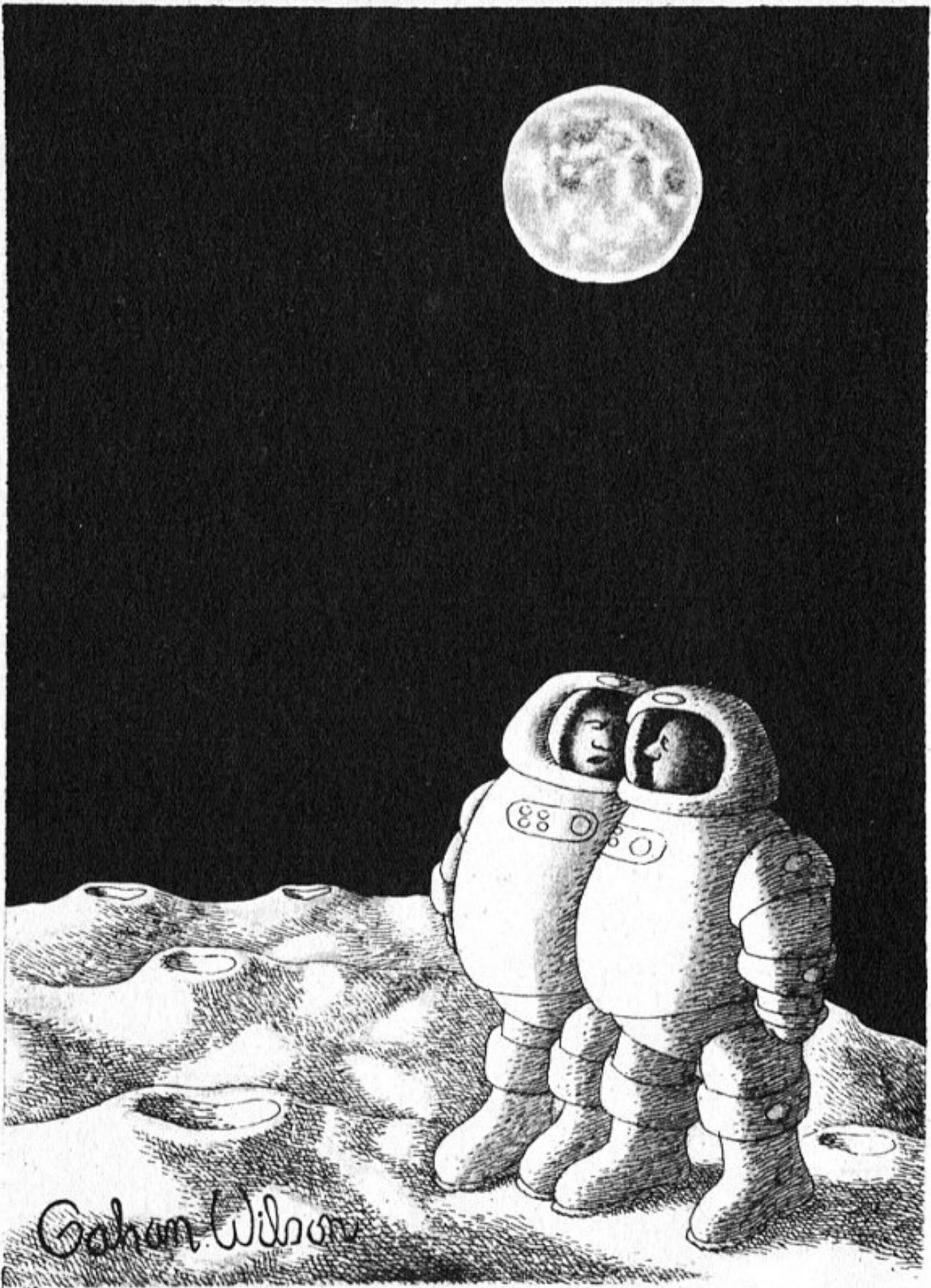
-Vamos, ¿quieres dejar ya de farfullar? ¡Todo aca
bó hace ya muchos años, y no tiene remedio!



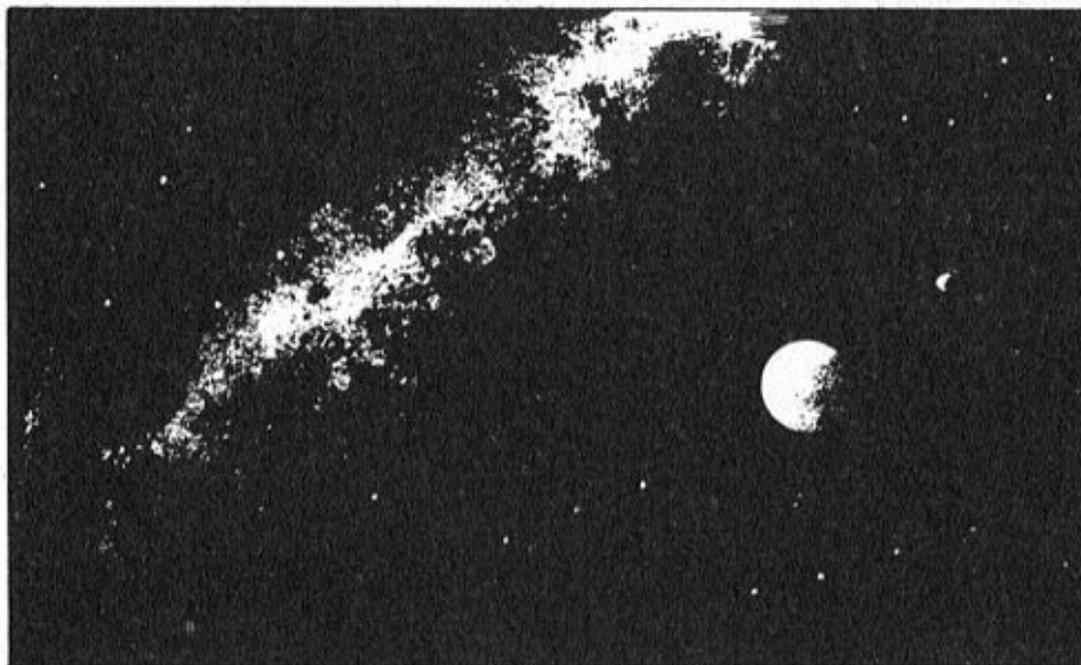
-Es la primera vez que veo una cosa así.



... le complace anunciar una completa y devastadora victoria sobre el enemigo. Este es un mensaje grabado. Al Gobierno le complace...

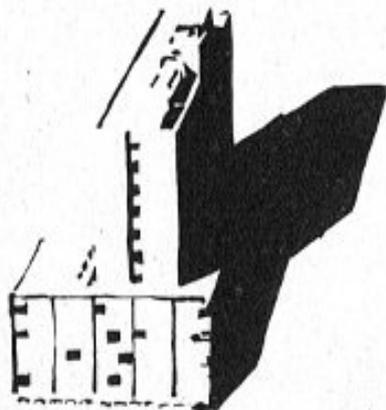


-Según tengo entendido, hubo un tiempo en que la
Tierra no se parecía a la Luna.



un 31 de diciembre ...

...EN UN PLANETA HABITADO SÓLO EN EL
HEMISFERIO DERECHO, DESDE QUE SE
SUPO QUE AQUELLA ZONA GEOGRÁFICA
ERA LA MÁS INAMOVIBLE.

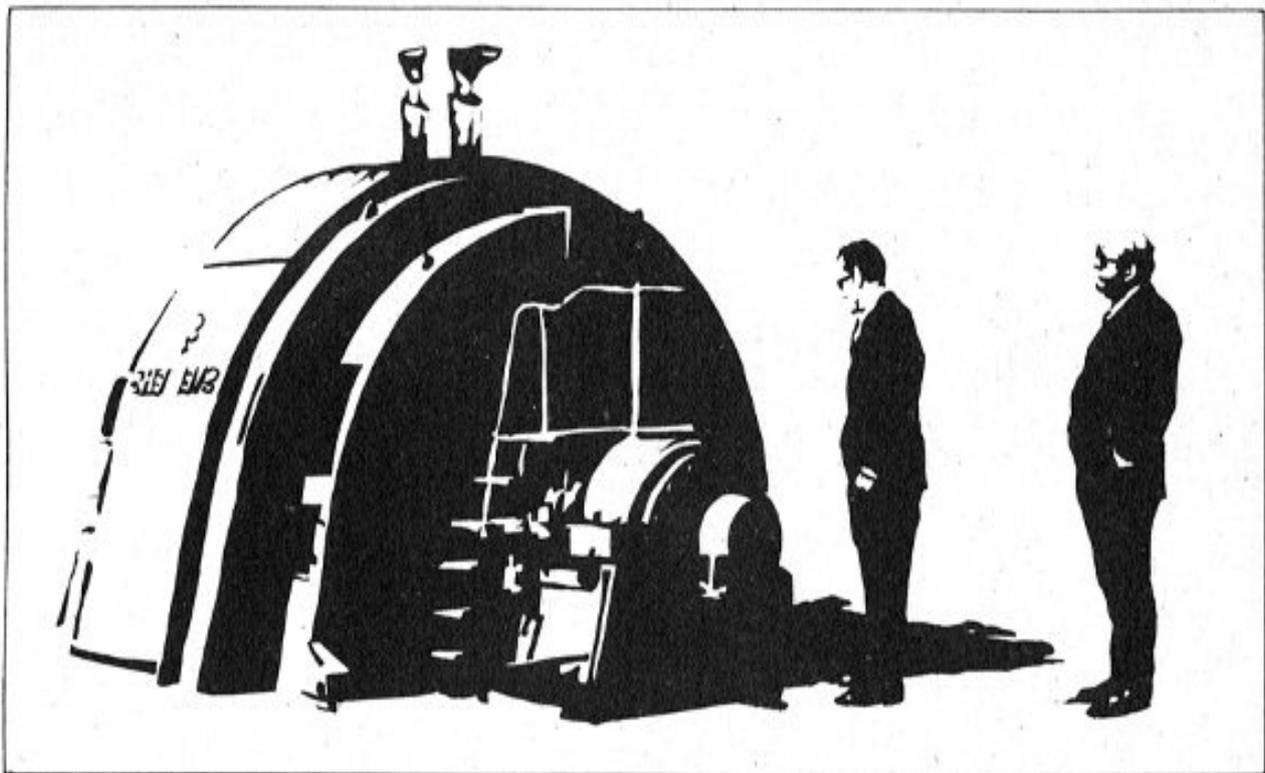


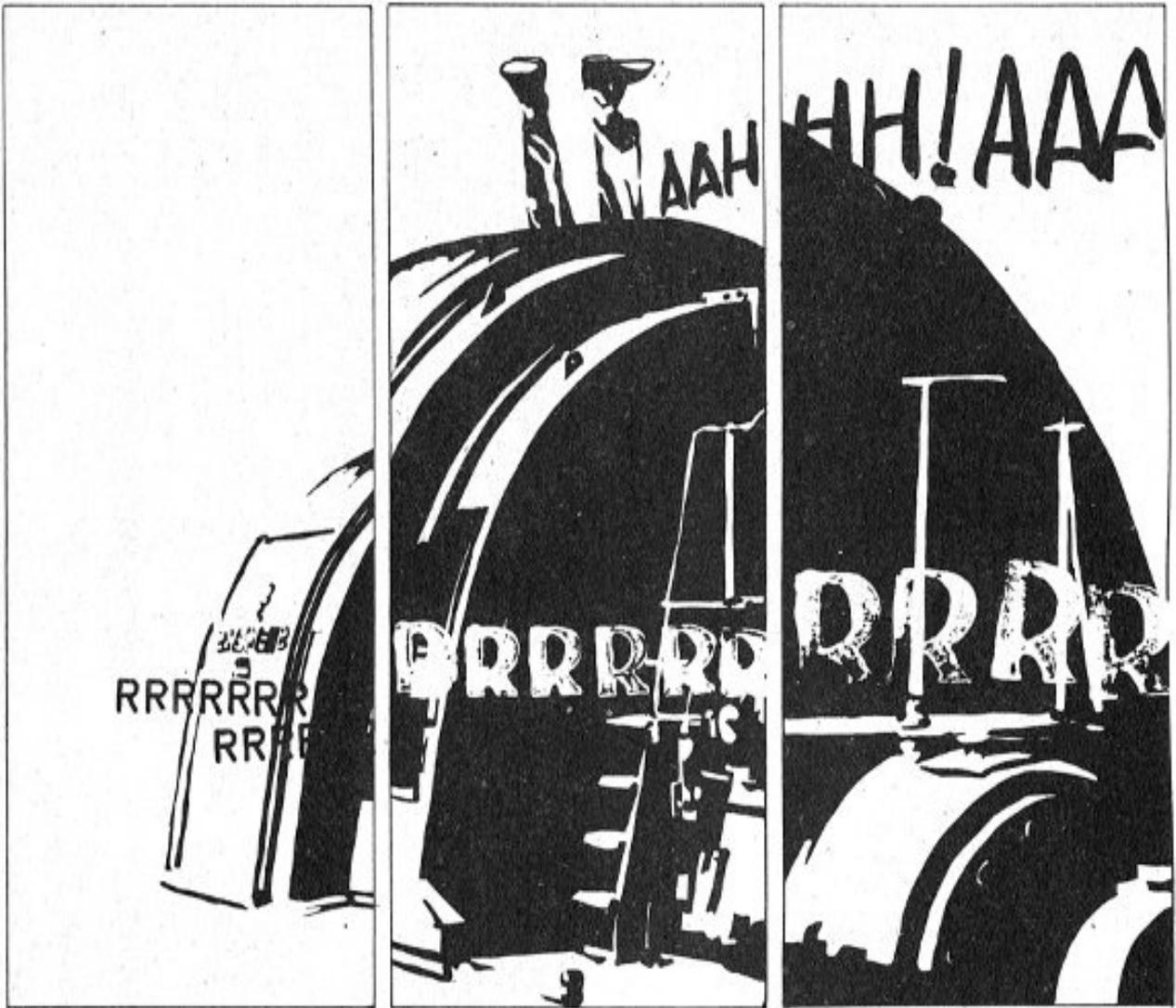
¿QUÉ?... ¿HAY
MUCHOS HOY ?...

LO DE COSTUMBRE:
DOCE O TRECE .











¿PERO QUÉ PASA AHORA?

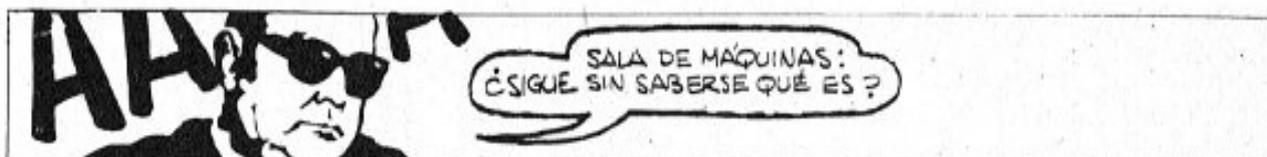
¡SE HA PARADO LA TORTURADORA!



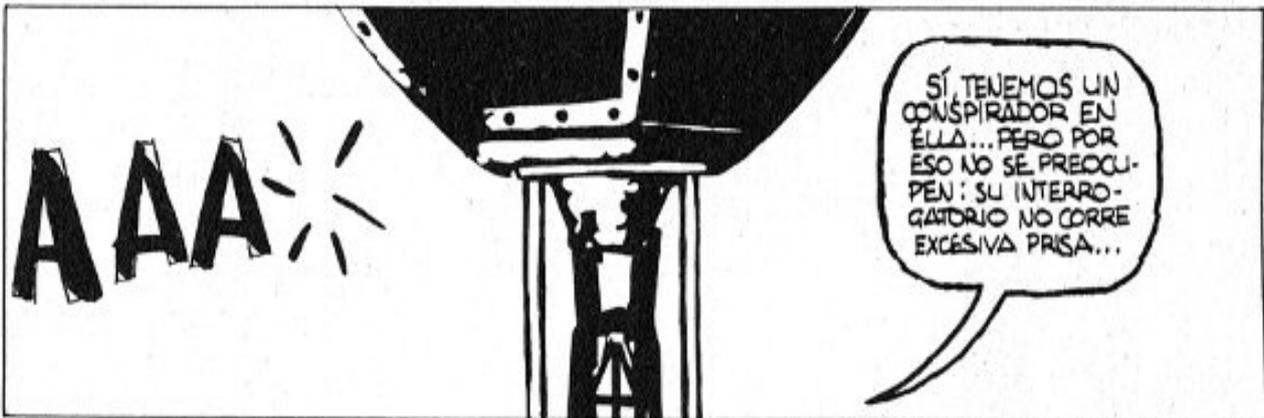
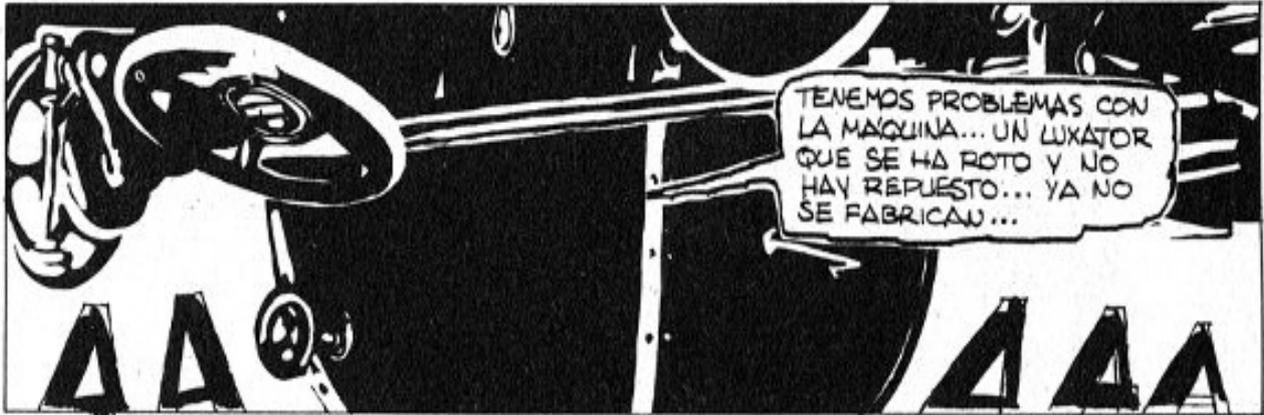
SALA DE MÁQUINAS:
¿QUÉ SUCEDE?

NO SABEMOS, SEÑOR.
ALGUNA PIEZA HA
DEBIDO FALLAR...











...Y LA NIEVE
CAE COPITO A COPO
... POCUITO A POCO...
COPITO A COPO...
DUDUA'... DUDUA'...



INTERRUMPIMOS LOS
CANTICOS ALBINOS DE
"LOS HIJOS DE LA PAZ"
PARA EMITIR UN CO-
MUNICADO URGENTE
QUE AFECTA A LA
POBLACIÓN EN
GENERAL...

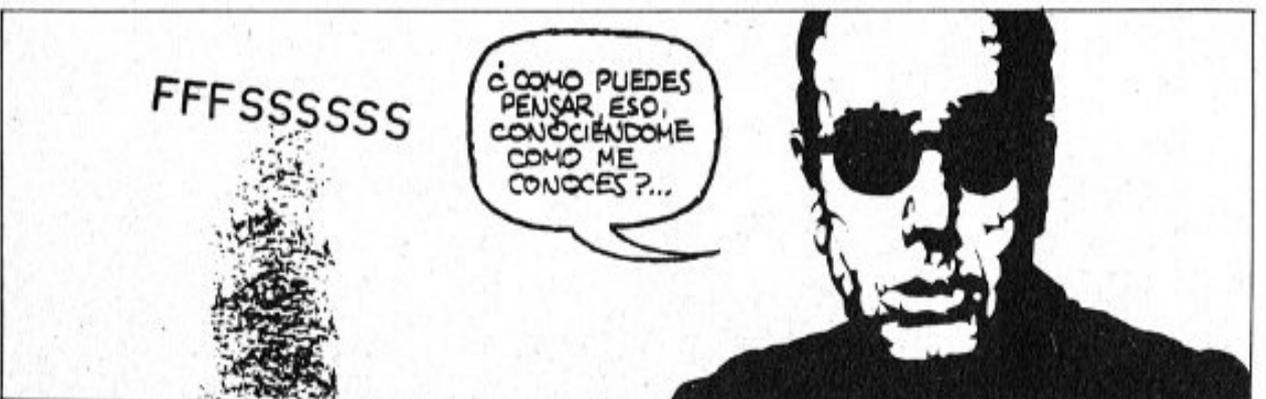


HOY, 31 DE DICIEMBRE,
ALGUNOS HOMBRES
TRABAJAN HASTA
CASI LA LLEGADA
DEL AÑO NUEVO...

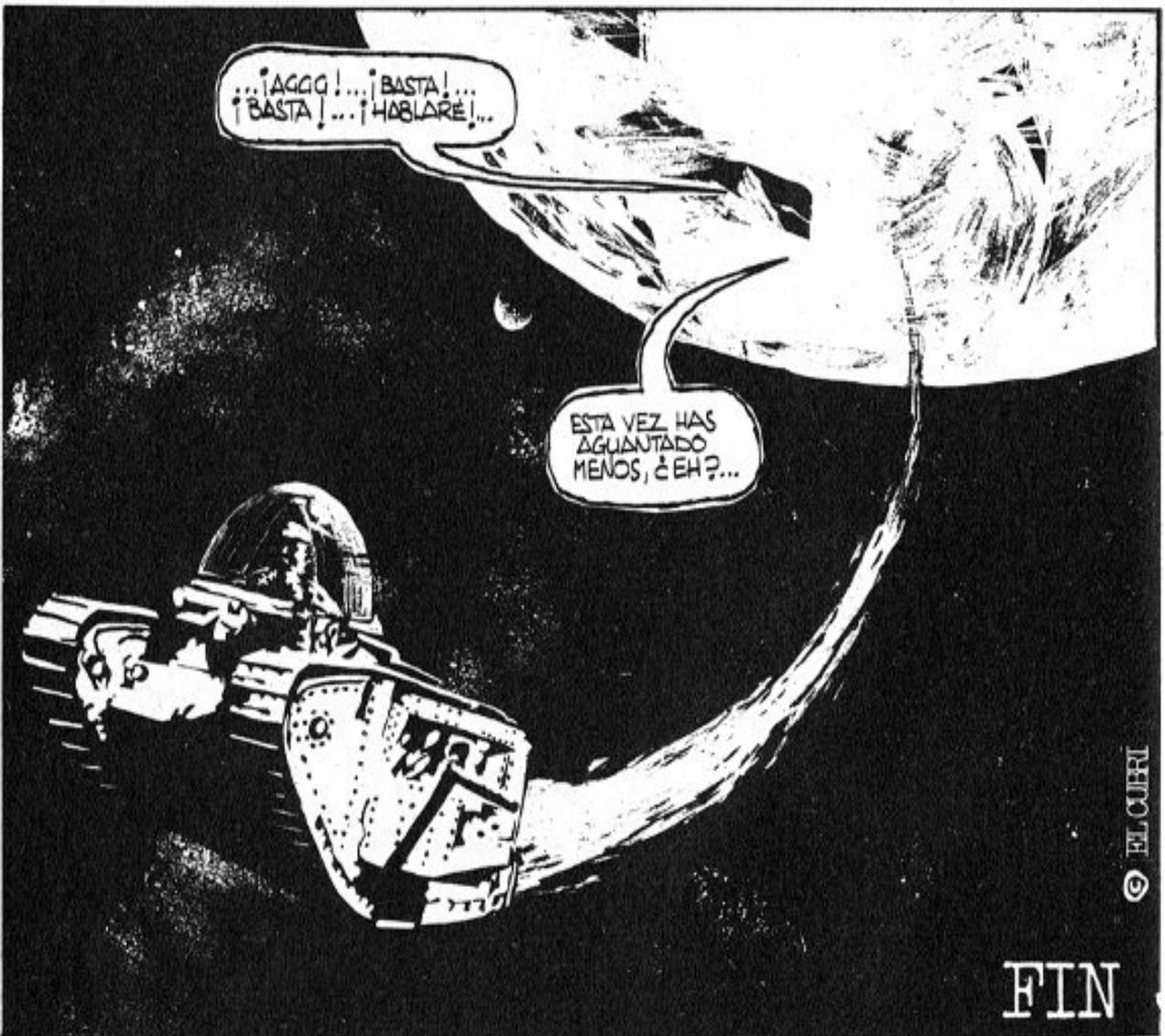


PARA ELLOS,
ESTA FESTIVIDAD
VIENE A SER UNA
JORNADA LABORAL
MÁS. Y ES EL CASO
QUE UNOS DE
ESTOS HOMBRES
HAN VISTO INTE-
RRUMPIDA SU
FAENA...









HAZAÑAS DE LA FAMILIA AZNAR UNA ODISEA ESPACIAL EN LOS AÑOS CINCUENTA

Editorial Valenciana está publicando desde marzo de 1974 una nueva versión, actualizada y reescrita en muchos de sus pasajes, de las novelas referentes al ciclo de la Familia Aznar, publicadas durante los años cincuenta dentro de su colección Luchadores del espacio, y originales de George H. White.

Esta nueva edición, sumamente correcta, que presenta, incluso, las mismas portadas de la primitiva (excepto las tres primeras novelas, que reproducen portadas de la misma colección antigua, pero de otros títulos diferentes. Así, la de la n.º 1 actual, pertenece a Avanzadilla a la Tierra, n.º 50, de Larry Winters; la del n.º 2 a Asteroide maldito, n.º 54, de Joe Bennet; y la del n.º 3 a Detrás del Universo, n.º 124, de Karel Sterling), aunque defectuosamente reproducidas. Sin embargo, la corrección que siempre ha caracterizado a Editorial Valenciana, se ha puesto de relieve una vez más con este «revival».

Por otra parte, se ha querido actualizar esta historia espacial en varias de sus facetas, principalmente en lo que se refiere a la Astronáutica, tan prodigiosamente avanzada desde la época en que fueron escritas las novelas por vez primera. Esta actualización, llevada a cabo por el propio George H. White, en realización de su deseo expresado una vez por él, de reescribir la serie, se traduce en la incorporación al texto de términos como «órbita de satélite» y otros semejantes, que no existían hace veinte años, con la consiguiente modificación de situaciones (prueba experimental del avión espacial «Lanza», en El planeta misterioso; llegada del «Rayo» a Redención, en La conquista de un imperio, etc.). Todo ello es interesante, por cuanto supone una visión de la inolvidable odisea futurista, con la nueva óptica de los años setenta. Pero... el sabor insustituible de aquellos relatos espaciales de los cincuenta, leídos en su tiempo con mentalidad juvenil, fascinada por aquella inquietante lectura, jamás podremos recuperarlo, quedando solamente, como en los muchas veces citados versos de William Wordsworth, la delectación en el recuerdo.

Como un homenaje a las novelas de la «Saga de los Aznar», y a su autor George H. White, que tantos momentos inolvidables me hicieron pasar en los lejanos y dorados días del verano de 1955, hagamos un repaso de aquella narración seriada de hace veinte años.

El popular escritor George H. White (Pascual Enguidanos Usach), fue el creador de los relatos de mayor calidad media, dentro del limitado terreno de la SF popular en novela de bolsillo, durante los años cincuenta en España.

Las obras de George H. White, fueron publicadas en la colección *Luchadores del espacio*, de Editorial Valenciana, primero con este seudónimo, y más tarde —desde el verano de 1959— con el de Van S. Smith, colección que abarcó desde principios de 1954 hasta 1963. Dichas novelas populares, fueron típicas y representativas de su género, dentro de la década de los cincuenta, por los muchos elementos de divulgación científica y tecnológica de toda clase que contenían. Los párrafos completos y notas explicativas para el lector, correctas en su gran mayoría, abundan por las páginas de esta serie, otorgando a la misma una valoración positiva que se añade a la amenidad y brillantez narrativa —dentro de su contexto— que posee en varios de sus títulos. Así, por ejemplo, el primer capítulo de *La conquista de un imperio* (n.º 12, 1954) está por completo dedicado a exponer las teorías científicas del momento sobre las posibilidades de vida en otros mundos del espacio.

Existen en estas novelas, al lado de los factores señalados, vestigios de fantasía anticipativa anterior a los años cincuenta, los cuales emanan del propio estilo narrativo de George H. White, épico, romántico y fatalista, a un tiempo. La descripción de Imperios futuros fastuosos, princesas y emperatrices de lejanas galaxias —émulas de Ayhesa—, con Ejércitos preciosamente uniformados bajo las órdenes de Almirantes provistos de corazas diamantíferas y cascos rematados por penachos de multicolor plumaje, configura suficientes rasgos para revestir a estas historias de aquella fantasía exótica y sin limitaciones, que floreció hacia los años veinte, treinta y cuarenta, muy distinta de la SF filotecnológica posterior de los cincuenta. Pero, como hemos dicho, es esta última la que predomina y caracteriza a los relatos de George H. White en *Luchadores del espacio*.

Fueron cuarenta y siete las novelas que White escribió con este seudónimo para la colección mencionada. De ellas, treinta y tres pertenecen al ciclo de «La Familia Aznar», cinco a la aventura correspondiente al planeta situado detrás del Sol (*Extraño visitante, Más allá del Sol, Marte el enigmático, ¡Atención... platillos volantes! y Raza diabólica*, núms. 60, 61, 64, 65 y 66, año 1956), tres a una excelente trilogía sobre Venus (*Heredo un Mundo, Desterrados en Venus y La legión del espacio*, números 71, 72 y 73, año 1956) y seis son narraciones independientes (*Rumbo a lo desconocido*, núm. 9, 1954; *Muerte en la estratosfera*, núm. 27, 1955; *El atom S-2*, núm. 56, 1956; *Llegó de lejos*, núm. 69, 1956; «*Ellos*» *están aquí*, núm. 81, 1957; y *¡Piedad para la tierra!*, núm. 85, 1957). De todas ellas, no cabe duda que fue la serie «La Familia Aznar» la que contribuyó a enraizar la fama de George H. White entre los jóvenes aficionados de aquella época y a convertir a él y a su historia-río en un pequeño clásico de la SF popular española, que hoy, a los veinte años del comienzo de su publicación, es objeto de estudio y atención en revistas especializadas y fanzines, al tiempo que Editorial Valenciana ha lanzado una correcta reedición de la

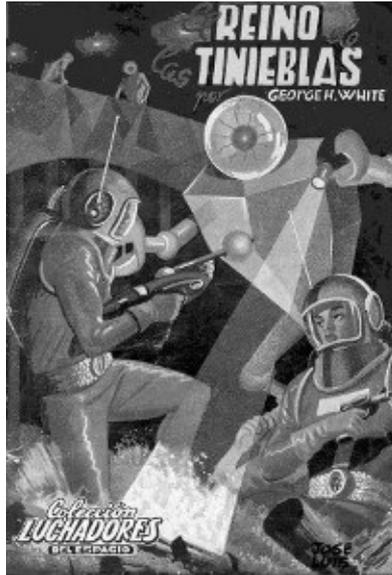
misma. Sin ningún título determinado para esta serie (se ha convenido en denominarla «Aventuras de la Familia Aznar», «La Saga de los Aznar» o «La Epopeya Cósmica de la Familia Aznar»), sus suficientes elementos de interés hacen necesario un análisis en el que la nostalgia y la afición por el género se mezclan equilibradamente.

Futurología y exobiología. La extensa trayectoria argumental de «La Familia Aznar», gira en torno de los secretos del Universo, cuyo desvelamiento procura a Ciencia —una Ciencia racional y experimental, muy propia de los años cincuenta, lejos todavía de la pesadilla del «realismo fantástico»—, a través de los sabios que coprotagonizan estas aventuras. Estos científicos, al igual que sus compañeros del Ejército y la Armada, están representados por unos apellidos famosos, que transmiten de generación en generación las actividades investigadoras características de cada familia. Así, los hombres de ciencia de esta entrañable —para quien la leyó en su momento, siendo muy joven— historia futura de la Humanidad, aparecen vinculados a tres apellidos relevantes: los Ferrer (ingenieros), los Castillo (biólogos y naturalistas) y los Valera (astrónomos). Además de ellos, actúan otros científicos que, en una novela determinada, realizan un invento importante (por ejemplo, el profesor Marcos, creador de la Bomba Verde, en *La guerra verde*, núm. 36, año 1955, o el profesor Eliseo Valdivia, descubridor del proceso miniaturizador de la materia, en *El azote de la humanidad*, núm. 46, mismo año de 1955).

Tampoco debe olvidarse al simpático y distraído profesor Louis Frederick Stefansson, cuya intervención en los primeros títulos de la serie, al lado del Aznar creador de la dinastía, es muy digna de tenerse en cuenta. Igualmente, el profesor Erich von Eicken, experto en cohetería y de origen alemán —inspirado, sin duda, en von Braun— tiene actuación destacada en estas aventuras iniciales del ciclo (*La ciudad congelada*, *Cerebros electrónicos*, *La horda amarilla*, *Policía sideral* y *La abominable bestia gris*).

La saga espacial de White da comienzo con un enigma que obsesionaba al mundo hacia los primeros años cincuenta —hoy continúa haciéndolo—: los Platillos Volantes. En este sentido, la novela inicial del ciclo (*Los hombres de Venus*, finales de 1953 o principios de 1954) es modélica, en cuanto despierta el interés del lector desde el final del primer capítulo, dónde ya se percibe la sombría amenaza extraterrestre de manera inequívoca, que adquiere poco después un gigantesco incremento en su densidad dramática, al entremezclarse dicho asunto con una operación de cambio de cerebros —White, claro está, no utilizaba el término «trasplante» entonces—, alucinante para el lector juvenil de 1954. El cambio de cerebros es tema que reaparece con alguna frecuencia a lo largo de la serie (en *Mando siniestro*, número 24, 1954, y en *El imperio, milenario*, número 96, 1957, por ejemplo), así como la inserción de cerebros humanos en cuerpos robotizados (*Lucha a muerte*, número 121,

1958).



*Nuevos horizontes para los hijos de la Tierra en
Redención*

En 1954, por otra parte, los planetas Venus y Marte todavía poseían ciertas posibilidades de estar habitados por criaturas inteligentes —al menos, para la imaginación popular interesada por estos temas o amante de la SF— y ser patria de los Platillos Volantes, ya que faltaba más de una década para que el estudio minucioso de los mismos por las máquinas siderales automáticas norteamericanas y soviéticas demostrase —dejando lugar a pocas dudas— que el primero es un infierno inhabitable, y el segundo un craterizado desierto moribundo. Pero la mentalidad del hombre medio en los años cincuenta, la que era aficionada a la fantasía científica y a la SF vinculada con la protoastronáutica, contemplaba todavía con cierto ensueño los dos mundos vecinos de la Tierra, imaginando Venus como una visión del pasado de nuestro planeta, poblado de gigantescos bosques carboníferos e impenetrable vegetación, al tiempo que habitado por una fauna titánica de monstruos antediluvianos, semejantes a los terrícolas de la Era Secundaria. Esta es, precisamente, la descripción fantástica que hace George H. White del planeta Venus en la segunda y tercera novela del ciclo (*El planeta misterioso* y *La ciudad congelada*, principios de 1954), constituyendo un sugestivo escenario para las primeras proezas de Miguel Ángel Aznar, fundador de una dinastía que llegará a convertirse con el transcurso de los siglos en oligarquía militar carismática, y de sus compañeros de aventuras.

La exuberancia de la ensoñada flora venusiana, probablemente inspiró a White para introducir el tema de los «Hombres Planta» o arbustos dotados de movilidad y autonomía, al tiempo que de un sistema nervioso desarrollado, los cuales sitúa como entes que han surgido y proliferado en dicho planeta (*La ciudad congelada*), para más tarde introducir al lector en la espectral clave de su misterio (*El enigma de los*

hombres planta, núm. 45, 1955) y, finalmente, presentarlo como ejército de invasión, manipulado y utilizado por los Hombres Grises para su último ataque a la Tierra (*La bestia capitula*, núm. 58, 1956). Asimismo, el envenenamiento de nuestro planeta por el bombardeo atómico desencadenado en una guerra interplanetaria (*Guerra de autómatas*, número 17, 1954), determina, siglos después, el surgimiento en una Tierra desierta de vida animal de una extraña y peligrosa vegetación radiactiva en la que abundan plantas movibles de venenosa naturaleza, imaginadas en una crepuscular narración, titulada (*Robinsones cósmicos*, núm. 26, 1955) y perteneciente al ciclo aunque algo marginal, cuyos dos únicos protagonistas (Eduardo Acero y Viola Houssman), sólo en un mundo fantasmagórico y desolado, hacen recordar la herniosa novela del irlandés M. P. Shiel, *La nube purpurea* (Colección «Nebulae», núm. 87).

Como un pre-futurólogo a nivel popular, George H. White proyecta la acción de su serie, que se inicia en los últimos años cuarenta, hacia siglos y milenios en el futuro, merced a la argucia narrativa de la Teoría de la Relatividad einsteniana, muy utilizada por la SF de los años cincuenta. En efecto, Miguel Ángel Aznar y su grupo aventurero son capturados por la atracción de un planeta vagabundo (Ragol) que cruza el Sistema Solar cada varios años, pero que por viajar a mayor velocidad que la luz (aquí White traspasa la barrera de Einstein), determina que cuando los mismos regresan a la Tierra (*La horda amarilla*, núm. 6, 1954) la Humanidad se halle en el siglo XXVII, después de haber sufrido varias guerras mundiales e, incluso, interplanetarias, y a punto de arder en otra Guerra Atómica, que se desencadena poco después, entre un Imperio Asiático (que engloba a las etnias amarillas e insulindias) y la Civilización Blanca (formada por los Estados Unidos de América, los Estados Unidos de Europa y la Federación Ibérica). En dicha guerra tiene participación decisiva un torpedo gigante subterráneo, perforador del suelo hasta su objetivo, que ya había sido presentado anteriormente en alguna novela o historieta de SF (quizá, la más famosa, «*Grapp, el pirata subterráneo*», maravillosa creación de Emilio Freixas y Tony Lay en el *Almanaque Chicos* para 1950).



El regreso y la liberación de la Tierra

Tras unas aventuras en Eros, asteroide excéntrico núm. 433 de la serie, (*Policía sideral*, núm. 7, 1954), White introduce al lector en una guerra de mundos, en la que los Hombres Grises, alojados en Marte tiempo atrás, destruyen la colonizada Luna y atacan y conquistan la Tierra —su obsesivo objetivo—, esclavizando a la Humanidad (*La abominable bestia gris*, número 11, 1954). Unos miles de españoles escapan al desastre en la gigantesca nave interestelar «Rayo», en busca de algún mundo apto para la vida dónde multiplicarse y crear una poderosa fuerza de reconquista para regresar y liberar los planetas del Sistema Solar cautivo.

Es en este punto cuando la serie de George H. White se evade de cualquier limitación temática, adentrándose profundamente en el espacio y en el tiempo (a partir de *La conquista de un imperio*), alcanzando los puntos más elevados de calidad (en mi opinión, *La conquista de un imperio*, *El reino de las tinieblas*, *Dos mundos frente a frente*, *Salida hacia la Tierra* y *Guerra de autómatas*, números 12, 13, 14, 15 y 17, año 1954, constituyen las mejores creaciones de White dentro de la serie, tal vez igualándolas la estupenda novela que es *División equis*, núm. 25, 1954), exponiendo en toda esta parte del ciclo las concepciones de aquella época sobre la vida en otros mundos del espacio (exobiología), y utilizando las posibilidades que la ciencia creía ver ya por entonces en el silicio para formar la base química de la vida, al igual que el carbono en la Tierra (teoría analizada minuciosamente, por ejemplo, en el libro *La vida en otros mundos*, interesantísima obra de H. Spencer Jones, que Espasa Calpe, S. A. publicó en su colección «Nueva Ciencia, Nueva Técnica», hacia los primeros años cincuenta), nuestro autor creaba para el fascinado lector adolescente de los optimistas y serenos años cincuenta, una dantesca Humanidad de Silicio en el interior de un planeta hueco (Redención), dónde un Sol Ultravioleta —invisible para los ojos humanos— había alumbrado un mundo cóncavo alucinante de criaturas maléficas de cristal.

Las razas cósmicas que George H. White creara para su épico-popular saga fueron tan variadas y sugerentes como las que el escocés Sidney Jordan empezara a diseñar para sus tiras gráficas de *Jeff Hawke*, por cierto en aquel mismo año 1954. Los Hombres Grises (originarios de un lejano sistema, y enemigos mortales de la Humanidad), los Hombres Azules o «Saissai» (instalados en Venus y en Ragol, pero descendientes de los selenitas, fugitivos de la Luna al ser bombardeada, muchos siglos antes en el pasado por los Hombres Negros de Marte, y convertida en astro muerto), los Hombres de Silicio o de Cristal (diseñados por el portadista José Luis para las novelas como insectos vítreos de aspecto inquietante), los indígenas de Redención y Solima (iguales físicamente a los terrícolas, con sus bravos guerreros y hermosas nativas), los Nahumitas blancos (idénticos también, en su aspecto físico, a los terrestres, pero enemigos eternos de los mismos), los otros pueblos de Nahum (los Ibajay, los Oceánides, etc., mosaico de exóticas etnias), las Amazonas de Exilo (descendientes de prisioneros de la Tierra, llevados allí por la Bestia Gris) y, por fin, los Hombres de Titanio (pulpos diminutos que, instalados en el cuerpo metálico de robots androides, expulsan para siempre a los humanos de sus planetas nativos, después de transmutar el Sol en una estrella de helio puro), son los pueblos extraterrestres que se relacionan y casi siempre batallan incansablemente con los hijos de la Tierra a lo largo de estas aventuras, fundamentalmente bélicas.

¿Fue por completo original de George H. White la idea de un sistema planetario de mundos huecos, dotados de soles interiores que alumbran sus cóncavas entrañas? ¿Y el modelo de criaturas de cristal, nacidas bajo la caricia de la luz ultravioleta? Si fue así, la obra de este escritor, dentro del marco de la cultura popular y de la SF española de los años cincuenta, no es en absoluto desdeñable.

Cibernética e hibernación. La Cibernética toma un extraordinario impulso en la Norteamérica de los años cincuenta, como consecuencia del descubrimiento del «transistor» y del nacimiento, a raíz de ello, de la segunda generación de ordenadores electrónicos. Ello determina para la SF —tan vinculada a estos temas desde décadas atrás— un nuevo acercamiento y replanteamiento más adulto del tema de los «robots». Desde que el checo Karel Capek acuñara el término en su fantasía R.U.R (1921), la SF primitiva jugó en numerosas ocasiones con el asunto del autómatas con forma humana, pero ya en los años cincuenta la Cibernética había desechado definitivamente la utilidad práctica de tal ingenio, con lo cual los escritores de ficción científica anticipativa hubieron de abordar, a partir de aquel momento, esta temática con nuevas perspectivas. Por otra parte, el perfeccionamiento extraordinario de las inteligencias artificiales no tardó en proyectar la atención de los autores del género hacia una alucinante perspectiva: ¿llegaría un día en que la complejidad del cerebro mecánico pudiera llevar a este a la rebelión contra su creador humano? Así nació *Yo, robot*, de Isaac Asimov, una de las obras de SF más importantes de los años

cincuenta.

Este mismo tema, es desarrollado por George H. White en *Cerebros electrónicos* (núm. 4, 1954), en la que el primer Miguel Ángel Aznar y sus compañeros de odisea espacial arriban forzosamente al planeta vagabundo Ragol, que atraviesa el Sistema Solar siguiendo una enorme y caprichosa órbita, encontrando en él una escalofriante Civilización Mecánica de Autómatas que, siglos atrás, se habían rebelado contra sus constructores, quedando como señores absolutos del planeta. Los sabios Louis Frederick Stefansson y Erich von Eicken, en esta novela, meditan abrumados sobre el grado de autoconciencia necesario para que en una «máquina pensante» pueda brotar el germen de la rebeldía.

El «robot» o máquina automática regida por control remoto se halla casi siempre presente en la serie de la «Familia Aznar», ya que los ejércitos fantásticos de las conflagraciones futuras están constituidos, en estas novelas, por soldados mecánicos que son desembarcados desde grandes transportes espaciales sobre los planetas a conquistar, ya sean de aspecto androide o antropomorfos (como los del Ejército Expedicionario Nahumita), o bien espeluznantes arácnidos de metal (como los de las Fuerzas Armadas Redentoras), los cuales chocan destructivamente en *Guerra de autómatas* (núm. 17, 1954), sobria novela que presenta este aspecto supermecanizado de una guerra futura.



Una conflagración protagonizada por máquinas, seguida de una épica batalla sideral contra los nuevos enemigos nahumitas

Otro argumento temático en el que George H. White se anticipó con acierto fue el de la hibernación. En *La ciudad congelada*, los aventureros terrestres encuentran en el planeta Venus unas instalaciones frigoríficas, en las que los miembros rectores del pueblo «Saissai» u Hombres Azules reposan hibernados, despertando de tiempo en tiempo para inspeccionar el desarrollo del resto de la raza selenita «Saissai» refugiada

en Venus tras la hecatombe de la Luna. Así, la hibernación —aun sin otorgarle este nombre— o suspensión temporal por el frío industrial de los procesos vitales, aparecía en el texto de White en el año 1954, informando divulgativamente al lector sobre tal aspecto científico, entonces sumido en la más pura fantasía casi por completo, pues los experimentos iniciados por el médico francés, de origen indochino, Henri Laborit, en 1951 —pionero de la hibernación artificial— apenas trascendieron fuera del terreno estrictamente científico, muy lejos del impacto popular causado en las masas ante las primeras noticias difundidas por la prensa internacional en el verano de 1966, relativas a la conservación, en estado de hibernación, de ciertas personas fallecidas en Norteamérica —principalmente de cáncer—, en espera del momento en que la Medicina pueda conseguir su curación y devolverles la vida. Se habló, a partir de entonces, de varios casos de seres humanos hibernados en Estados Unidos, incluso por voluntad propia, deseosos de contemplar las maravillas del futuro, describiéndose la existencia de grandes cámaras subterráneas e instalaciones de este tipo bajo diversos Institutos Tecnológicos y laboratorios. La fantasía popular juega su baza, una vez más, en todo esto, pero parece ser que, aunque hoy por hoy la ciencia es incapaz de reanimar a un cuerpo congelado en el momento de su muerte clínica con garantía de feliz resultado — Arthur C. Clarke sitúa esta posibilidad hacia el año 2000—, existen en verdad estos frigorizados durmientes, esperando su resurrección del frío.

La ciencia puesta al servicio de la guerra. La historia espacial en torno a la Familia Aznar, oligárquica y revestida de un carisma insustituible, es ante todo un «crescendo» guerrero desde casi sus primeras páginas. El momento en que fueron escritas estas novelas, y el hecho de que «*Luchadores del espacio*» —su título ya la define— fuese una colección paralela a «*Comandos*» —de la misma editorial y los mismos autores— convirtió a las mismas en una especie de «hazañas bélicas del futuro».

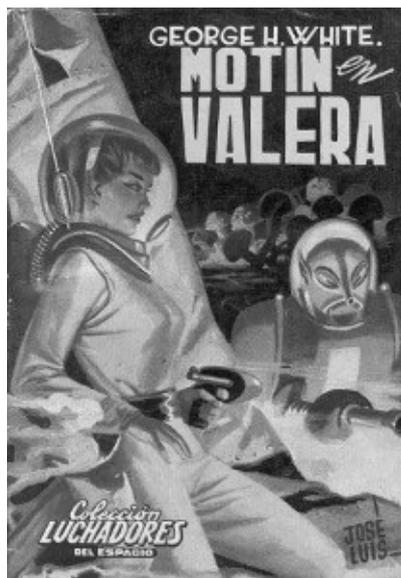
La paratecnológica SF de los años cincuenta y sus características satélites de la ciencia, sirvieron a George H. White magníficamente para sus descripciones encadenadas de conflictos armados. El punto de partida puede situarse en el momento en que el primer Miguel Ángel Aznar y sus amigos regresan a la Tierra del siglo XXVII, procedentes de Ragol, portadores de toda la tecnología avanzadísima de los antiguos «Saissai». El mismo autoplaneta «Rayo» —verdadera arca estelar de guerra — ya es un mundo automóvil, capaz de transportar un fabuloso ejército a cualquier lugar del Universo (*La horda amarilla*). El «Rayo» está hecho de «dedona» (fantástico metal inventado por White, mil veces más duro que el diamante y mil veces más pesado que el hierro, pero antigravitatorio al ser inducido eléctricamente), al igual que su dotación de destructores intersidiales y «zapatillas volantes», lo cual les convierte en invulnerables ante los «Rayos Z» —variante de los rayos cósmicos

—, desintegradores de cualquier material conocido, excepto el vidrio y la «dedona». La «dedona» es decisiva en la guerra entre la Tierra y Marte (*La abominable bestia gris*), que finaliza con la victoria total de los Hombres Grises, dotados de mejores fuerzas siderales de combate, y con el exilio de unos miles de españoles en el «Rayo» de Miguel Ángel Aznar hacia las profundidades del espacio.

El «Rayo» arriba al planeta que será llamado Redención, tras medio siglo de destierro por las estrellas, con casi toda su tecnología agotada por la falta de combustible nuclear (uranio), y los colonizadores terrestres comienzan una verdadera conquista de aquel mundo con gran escasez de medios, hasta que las centrales eléctricas construidas en los saltos de agua y el hallazgo de uranio solucionan su trágica lucha contra la terrible naturaleza dual (carbono y silicio) de Redención (*La conquista de un imperio* y *El reino de las tinieblas*). Luego, una dramática batalla de supervivencia con los Hombres verticales de Silicio, ya poseedores de las armas atómicas —que desconocían al principio—, termina con una parcial victoria de la joven colonia terrícola, y con el hallazgo de «Valera», planeta del mismo sistema de Redención, descubierto por el profesor Valera, todo él de «dedona», y cuya estructura hueca inspira a Fidel Aznar —segundo Aznar ilustre— la idea fantástica de transformarlo en un nuevo y sin igual autoplaneta inexpugnable (*Dos mundos frente a frente*).

Las fuerzas vengadoras de la Humanidad retornan al Reino del Sol a bordo de «Valera» y con una Armada Sideral y un Ejército Autómata superior a todo lo conocido hasta entonces (*Salida hacia la Tierra*). La Tierra es liberada en una campaña relámpago y por sorpresa, pero el resto de la Humanidad, cautiva en Venus y Marte, es un obstáculo de importancia para vencer también a la Bestia en estos últimos reductos, por el temor de que los Hombres Grises, ante la evidencia de su derrota, volaticen las atmósferas de estos mundos en un numantino gesto de inmolación, pereciendo ellos y los terrícolas allí existentes. El dilema se centuplica en complejidad, al irrumpir inopinadamente en el Reino del Sol la Armada Expedicionaria de Nahum que, en persecución de la Bestia desde sus lejanos mundos, llega con el propósito irreversible de destruir todos los planetas habitados por Hombres Grises (*Venimos a destruir el mundo*, número 16, 1954). La guerra entre la Tierra libre, los redentores de «Valera» y los nahumitas estalla de inmediato, produciéndose un desembarco en la Tierra del Ejército Autómata de invasión nahumita, frente al cual son lanzadas las Arañas Acorazadas del Ejército Autómata redentor, crepitando el mundo ante el colosal choque robótico manipulado a distancia (*Guerra de autómatas*), en otra de las mejores novelas de la serie. Vencida la invasión, la batalla final se libra en el espacio, entre la Armada Expedicionaria de Nahum y la Armada Redentora, que protege desesperadamente la Tierra, Venus y Marte —la Bestia ya no cuenta como fuerza combativa— de la destrucción total de la vida en su superficie que pretende el enemigo. Aquí George H. White idea un arma mortífera: la «Bomba W», que haciendo explosión en las altas capas de la atmósfera

origina la desintegración de la misma, así como de los mares y océanos del planeta en cuestión, convirtiéndole en astro muerto. Por medio de una angustiada batalla sideral de aniquilamiento, las fuerzas redentoras logran evitar el bombardeo «W» de la Tierra, Venus y Marte, pero no así que sean acribillados por torpedos atómicos de hidrógeno, lo cual determina su envenenamiento radiactivo y, después del total exterminio de los nahumitas, el retomo de «Valera» a Redención, tras su victoria pírrica, atestado de supervivientes. El Reino del Sol queda atrás, desierto de habitantes humanos, y con la Tierra, Venus y Marte empozoñados de radiactividad.



La resurrección de la Bestia Gris y la expulsión de los Aznares de «Valera»

«Valera» regresa a Redención superpoblado, pero con la esperanza de verter su carga humana en las inmensidades del joven Imperio, que imaginan superadelantado y floreciente, dados los siglos transcurridos durante su ausencia. La realidad, sin embargo, es opuesta y trágica. Durante el viaje de «Valera», que marchó repleto de navíos de combate y material bélico dejando el Imperio desguarnecido, los Hombres de Silicio volvieron a brotar del interior del planeta, repuestos de su derrota, borrando de la faz de Redención la naciente civilización fundada por los exiliados terrestres fusionados con las vigorosas razas indígenas. «Valera» encuentra pues un mundo en condiciones infinitamente peores que las halladas por el «Rayo» siglos atrás, ya que ahora la Humanidad de Cristal se ha fortalecido poderosamente y es dueña, no solo de armas atómicas sino de unas potentes Fuerzas Siderales. (*Redención no contesta*, número 23, 1954).

La fortuna, sin embargo, sonrío a los valeranos en su desesperada situación, y un grupo expedicionario de científicos descubre en el interior hueco de Solima —el otro planeta del sistema, totalmente cubierto por las aguas en su exterior— un mundo paradisíaco de carbono, vivificado por un Sol metálico apto para el hombre (*Mando siniestro*, núm. 24, 1954). Solucionado el problema de la superpoblación y de la falta

de alimentos, tras el refugio de los excedentes humanos en Raab —el mundo interno de Solima—, se desencadena el momento decisivo de la batalla final contra la Humanidad de Silicio. El combate cósmico más feroz y mejor narrado por George H. White de todas sus novelas, se entabla entre ambas Humanidades opuestas y enemigas a muerte, disputándose la posesión única de los dos mundos de Redención. En uno de los tres o cuatro mejores títulos de la serie, White sumía al lector en el alucinante infierno de una Guerra Sideral total en la que los torpedos atómicos se disparaban por millones («Batalla de aniquilamiento», capítulo V de *División equis*). Mientras tanto, un especializado cuerpo de invasión establece una reducida cabeza de puente en Redención, con el objetivo de horadar un túnel que perfora la corteza del planeta hasta el Mundo de Cristal, para someter a su Sol Ultravioleta al minuciosamente estudiado bombardeo de mil proyectiles-cohete portadores de una precisa mezcla de gases, inventada por el joven sabio Octavio Ferrer, que producirán la transmutación de dicha fuente de energía en un Sol adecuado para la Humanidad. En medio del ataque furioso de los Hombres de Silicio, la perforación y el bombardeo se llevan a cabo, estallando la estrella ultravioleta y metamorfoseándose en el Sol metálico deseado por los hijos de la Tierra. Es el final definitivo de la Humanidad de Silicio y del Mundo de Cristal («El Hombre gana un Mundo», capítulo IX y último de *División equis*). También puede considerarse el fin de la primera parte de estas aventuras.

Con el Imperio de Redención y Solima sólidamente reconstruido, y la Tierra, Venus y Marte, limpias ya de radiactividad después de varios siglos, convertidos en la Federación de Planetas Terrícolas, «Valera» zarpa hacia el misterioso Imperio de Nahum, en busca de horizontes nuevos. El recuerdo de la aniquilada Fuerza Expedicionaria Nahumita y la curiosidad de conocer los mundos que gravitan en torno a Nahum —sol de este sistema— decide a los Gobiernos del Imperio Redentor y la Federación a expedir al poderoso autoplaneta «Valera», que transporta en su interior a las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas y está ya comandado por los Aznares, que ocupan la casi totalidad de los puestos claves de la Armada, en la que reside la flor y nata de dichas Fuerzas, mientras que el Ejército, de menor importancia, se halla más dominado por los Balmer, segunda familia famosa del autoplaneta, cuyos primeros fundadores fueron amigos íntimos de los Aznar, pero cuya rivalidad había ido creciendo en el transcurso de las generaciones posteriores. En el momento en que «Valera» avista los mundos de Nahum (año 10.000 convencional de la Era de Cristo), cinco generaciones de Aznares ocupan el Superalmirantazgo y Almirantazgos anexos del autoplaneta simultáneamente, dadas las condiciones elevadas de longevidad existentes en tal época. El benjamín de esta casta, Miguel Ángel Aznar y Aznar, descendiente directo de aquel primer Miguel Aznar fundador de la dinastía, será protagonista absoluto de la historia de White, a partir de este momento.

Un «Rayo Azul» brota del planeta más externo de Nahum posándose sobre

«Valera», ocasionando la mayor catástrofe de su historia pasada y futura. El Rayo Azul posee la propiedad de arrebatarse en su totalidad la energía eléctrica del coloso de «dedona», dejándole paralizado por completo a él y a su poderosísima fuerza militar (*Invasión Nahumita*, n.º 33, 1955). Sin alternativa, e ignorando el terrible destino que espera a los valeranos, el anciano Almirante Mayor Don Jaime Aznar rinde «Valera» a la flota nahumita que acude arrogante y consciente de la impotencia del mismo. Es el fin del grupo Aznar dirigente, la masacre de miles de prisioneros valeranos en grandes hornos de fundición —ancianos, mujeres, niños y enfermos no útiles para el trabajo de esclavos—, la consiguiente ocupación de «Valera» por los nahumitas y el desprestigio más absoluto de la familia Aznar. Tan solo el joven Miguel Ángel consigue escapar con su amigo José Luis Balmer, su hermana Estrella, su novia Ángela Balmer y un grupo de valeranos a bordo de una flota, rescatada providencialmente. Da comienzo así la extraordinaria existencia de Miguel Ángel Aznar y Aznar.

Un paréntesis para la fantasía exótica se abre con las aventuras vividas, a continuación, por Miguel Ángel Aznar y sus amigos en un planeta del Sistema de Nahum, totalmente cubierto por las aguas y poblado por razas acuáticas (los Ibajay) y submarinas (los Oceánides), cuyas bellas reinas y princesas (Hida y Ondina) asedian amorosamente al joven héroe. ¿Pervivencias en la cultura popular del mito de la Atántida o de la saga de Flash Gordon? (*Mares tenebrosos y Contra el Imperio de Nahum*, números 34 y 35, verano de 1955).

Pero la SF tecnológica y maquinizada, propia de los cincuenta, retoma pronto por encima de la pura fantasía. Así, una vez reconquistado «Valera», la guerra contra el Imperio de Nahum es decidida por la invención de la «Bomba Verde», anticatalizadora de los procesos clorofílicos y fotosintéticos de las plantas, la cual destruye hasta la última brizna de vegetación en Noreh, planeta sede del Emperador Tass (*La Guerra Verde*, núm. 36, 1955).

Pero el progreso científico, en íntima conexión con el perfeccionamiento de las técnicas guerreras, no se detiene nunca en la narración anticipativa de George H. White, y cierto sabio llamado Eliseo Valdivia descubre el proceso mediante el cual es factible eliminar los espacios vacíos existentes entre los corpúsculos elementales de la materia, comprimiendo los electrones, protones, neutrones y demás subpartículas del átomo (*El azote de la Humanidad*, núm. 46, fines de 1955). De esta forma, los torpedos nucleares, reducidos al tamaño de balas, serán disparados por millares en segundos desde los navíos cósmicos de combate, las unidades del Ejército Autómata (Tarántulas Mecánicas, etc.), desembarcados sobre los planetas en cantidades fabulosas, a partir de este momento, en todas las guerras que sobrevendrán. Así, el Segundo Imperio de Nahum, resucitado por la Emperatriz Ámbar, hija del Gran Tass y ex-esposa de Miguel Ángel, sucumbe estrepitosamente entre las Fuerzas Miniaturizadas de este y sus aliados, representando igualmente factor decisivo en todas las guerras que sobrevendrán hasta el final de la historia: contra el Imperio de

los Balmer (*El coloso en rebeldía*, núm. 57, 1956), contra la Bestia Gris (*La bestia capitula*, núm. 58, 1956), contra los Hombres de Titanio o Sadritas (*¡Luz sólida!*, *Hombres de titanio*, *¡Ha muerto el Sol!* y *Regreso a la Patria*, números 93, 94, 95 y 120, años 1957 y 1958), contra el Tercer Imperio Nahumita (*El Imperio milenarío*, n.º 97, 1957), de nuevo contra los Hombres de Titanio, en la guerra que definitivamente los borrará como potencia universal, instalada en el antiguo Reino del Sol (*Regreso a la Patria*, núm. 120, 1958) y, por último, contra la alucinante sociedad de Redención, al regreso de «Valera» al viejo Imperio, tras ocho mil años de ausencia, en la que los cerebros humanos han sido instalados en eternos cuerpos robóticos (*Lucha a muerte*, núm. 121 de «*Luchadores del Espacio*», y novela final del ciclo, 1958). Es interesante hacer notar la diferencia entre la técnica descrita por White, referente a la miniaturización de la materia —eliminar la distancia entre las partículas intraatómicas agrupándolas compactamente— y la expuesta en el film «*Viaje alucinante*» (*Fantastic Voyage*, 1966), de Richard Fleischer, después novelizado por Isaac Asimov (versión castellana de Plaza & Janés), según la cual el método reductivo consiste en empuqueñecer los mismos electrones, protones, neutrones y el resto de las micropartículas.

Pero una última y terrible arma aparece en las batallas siderales de la épico-popular serie: el «Rayo de Luz Sólida», premonitoria extrapolación que la ciencia haría realidad muy poco después, hacia 1962, con la creación del «Laser» (Luz Amplificada por la Estimulación en la Emisión de Radiación), rayo luminoso de enorme densidad fotónica, que perfora como el papel las gruesas corazas de «dedona» de los buques espaciales. El «Rayo de Luz Sólida», creado por los Sadritas u Hombres de Titanio, es pronto copiado por los terrestres y adaptado a sus sistemas bélicos, lo cual, sin embargo, no puede evitar la transmutación del Sol que alumbró a la Humanidad y la desaparición total de la vida basada en el carbono sobre la biosfera de sus planetas. Los terrestres, marcianos y venusinos han de buscar, una vez más, su salvación en el éxodo hacia Redención y los deshabitados mundos Thorbod, pero, antes, los tres millones de buques de combate de la Federación de Planetas Terrícolas presentan batalla abierta al enemigo aposentado en Urano, entablándose una apocalíptica conflagración sideral en los alrededores de este planeta, relatada por George H. White con matices casi tan sombríos como los utilizados para la descripción de la batalla de *División equis*. En esta nueva y decisiva batalla brilla providencialmente la estrella de otro joven Miguel Ángel Aznar, hijo del anterior, cuya decisión de arrebatar los mandos al inutilizado Almirante Fletcher, en el punto más comprometido del combate, conduce a la Armada Federal a la amarga victoria, antes de abandonar el Reino del Sol. (*¡Ha muerto el Sol!*).

«Valera», otra vez comandado por un Aznar (Fidel) y ya con el mito carismático y místico de la Familia Aznar, convertida en oligarquía hereditaria del autoplaneta, enraizado en lo más profundo de los valeranos, regresa de Nahum a los planetas que fueran cuna de la Humanidad convertido en Dios de la Venganza. Los Sadritas,

después de siglos de tranquilo dominio, han transformado Urano y se esparcen por todos los astros del sistema, sin poder imaginar que los humanos volvieran a unos mundos ya inhabitables para ellos. «Valera» y una Fuerza Expedicionaria de Redención, que se le une a la llegada, lanzan sus quince mil millones de modernísimos y ligeros aparatos de sus Armadas («omegas» y «deltas», nuevos modelos surgidos de las técnicas incorporadas por la aplicación de la revolucionaria «Luz Sólida», que se almacenan miniaturizados), destruyendo en una guerra relámpago todo el poderío sadrita sobre aquellos mundos que fueran de la Humanidad (*Regreso a la Patria*).

Como epílogo, «Valera» regresa a Redención después de ocho mil años de ausencia (por sus viajes a la Tierra, a Nahum y al Sistema Thorbod), encontrando una extraña e inquietante comunidad de «cyborgs» que creen haber alcanzado la inmortalidad por haber conexionado su cerebro humano en la cabeza de un perfecto «robot» automóvil. La guerra estalla casi de inmediato entre «Valera» y Redención-Solima, terminando con la proclamación de la independencia valerana y su ruptura de todo lazo de conexión con el antiguo Imperio, mientras, convertido en República soberana, «Valera» se aleja para siempre del sistema planetario del que fue arrancado una vez por el ingenio de los hijos de la Tierra, perdiéndose en el espacio... (*Lucha a muerte*).

Una odisea espacial shakesperiana. Las hazañas de los Aznares se desarrollan, en las novelas de George H. White, con unos rasgos dramáticos de auténtica tragedia griega o shakespeariana, en cuanto a la intervención fatal del destino sobre la vida de los héroes protagonistas, muy especialmente en lo que se refiere a los Aznar que protagonizan la historia.

Efectivamente, Miguel Ángel Aznar de Soto, fundador de la estirpe muere masticado por un enorme monstruo de cristal en el planeta Redención, poco después de su llegada a este mundo (*La conquista de un Imperio*), mientras que el otro descendiente lejano suyo, Miguel Ángel Aznar y Aznar, perece de forma más trágica todavía al ser trasplantado su cerebro al cuerpo de un chimpancé, operación efectuada por orden de su propia hija, convertida en Emperatriz del Tercer Imperio de Nahum (*El Imperio Milenario*). Las vidas de ambos transcurren llenas de acontecimientos dolorosos para los mismos, expresados en destituciones del mando al ser declarados cabezas de turco de las derrotas sufridas (*La abominable bestia gris*, *Motín en Valera*, *La bestia capitula*), mientras las victorias debidas a ellos rara vez son agradecidas (*La horda amarilla*, *La guerra verde*, *El coloso en rebeldía*). Sus vidas amorosas, por otro lado, representadas por varias mujeres a lo largo de su existencia, están torturadas por golpes dolorosos, como la muerte (*Policía sideral*, *La bestia capitula*), la tortura y la muerte (*Mares tenebrosos*) o el abandono (*Motín en Valera*). El destino implacable de las tragedias de Esquilo o determinante de las de Sófocles o configurador de las

shakespearianas no fue más cruel con sus criaturas.

Y, en lo referente a la Humanidad, a la martirizada Humanidad futura de George H. White, sus avatares y catástrofes en cadena no pueden ser más escalofriantes. Los humanos han de emprender el exilio en masa de la Tierra por tres veces a lo largo de la narración whiteana (*La abominable bestia gris*, *Guerra de autómatas* y *¡Ha muerto el Sol!*), el último de los cuales es irreversible, perdiéndose para siempre los mundos de origen. George H. White únicamente parece encariñado con el autoplaneta «Valera», lo cual se percibe en algunos pasajes de sus novelas (Capítulo VI de *El coloso en rebeldía*; capítulo II de *El Imperio milenario*), pequeño mundo automóvil que parte hacia horizontes desconocidos del Universo ilimitado, como único superviviente de la trágica odisea espacial, que desde principios de 1954 a fines de 1958 cautivó a toda una generación de lectores juveniles aficionados a las novelas y tebeos «del futuro» (así los llamábamos), fecundando de manera poderosa nuestra pasión venidera por la narrativa fantástico-científica.

ENRIQUE MARTÍNEZ PEÑARANDA

Agosto 1974

—LIBROS—

No es mucha la bibliografía existente en nuestro país sobre el cine fantástico. Por ello hemos recibido con gran alegría la aparición del libro *Cine de terror y Paul Naschy* que, debido a las plumas de Juan José Porto y Ángel Falquina acaba de publicar la Editorial Madrid.

Este libro comprende dos partes, una dedicada al cine de terror en general y otra específicamente a ese mito nativo que es Paul Naschy.

En nuestra sección «Se piensa» publicaremos próximamente una crítica de este libro pero, mientras tanto, aquellos aficionados que deseen, adquirirlo, pueden solicitarlo a la empresa distribuidora A.G.L.I., Sagunto, 18-Madrid, 10.

Al menos tres escritores han desautorizado ya las versiones de sus relatos aparecidos en la antología *Final Stage* (Estadio final), editada en los Estados Unidos por Ed Ferman y Barry Malzberg. Aparentemente, el corrector de estilo de la editora hizo grandes revisiones en los relatos, y ninguno de los antologistas pudo enterarse de ello antes de que el libro entrase en máquina.

Los tres autores que hasta el momento se han pronunciado al respecto: Harlan Ellison, Poul Anderson y Robert Silverberg están tratando de evitar que estas versiones alteradas vuelvan a aparecer nunca más. Al parecer, el editor ha aceptado, en principio, llevar a cabo una nueva versión del libro, en el que aparecerían las historias tal como las escribieron sus autores.

—REVISTAS—

Roger Elwood ha firmado un contrato con la King Features Syndicate para llevar a cabo una serie de seis entrevistas con autores de SF, que luego serán sindicadas para su venta a los periódicos y revistas de los Estados Unidos y el extranjero.

Los autores elegidos hasta el momento para ser objeto de tales entrevistas son Isaac Asimov, Frank Herbert, Harlan Ellison y Poul Anderson.

—COMIC—

Por todos los Estados Unidos está siendo distribuida una nueva tira de sindicación debida al gran humorista fantástico Gahan Wilson, que lleva el título *Gahan Wilson Sunday Comics*.

—CINE—

El cine fantástico parece estar de moda, por lo que no solo se llevan a cabo ya tres festivales dedicados a este tema (Sitges, Trieste y París), sino que son numerosas las programaciones antológicas de películas de este género. Así, bajo el título de Festival du FILM FANTASTIQUE, se ha llevado a cabo, del 23 de octubre al 3 de noviembre, en Tiffany's, del Casino de Canet-Plage (Francia), un festival de cine fantástico que agrupaba a las películas *Blacula*, *El Dr. Jekyll y la hermana Hyde*, *Zardoz*, *Vampire Circus*, *Asylum*, *Duel*, *Westworld* y *SSS Snakes*.

De repetirse tales programaciones, no solo van a ser los aficionados al cine erótico y político los que van a tener que cruzar los Pirineos, sino también los del fantástico, que tanta hambre pasan en nuestras pantallas.



El exorcismo a la española

Tras el éxito de *El exorcista* de William Friedkin, han empezado a proliferar por todo el mundo las películas con este tema. Naturalmente, el cine español no podía quedarse atrás. Y así, en estos días se ha estado llevando a cabo el rodaje de dos cintas dedicadas al exorcismo.

Una de ellas es *El juego del diablo* que, dirigida por George M. Damell tiene como intérprete principal a Imma de Santis. Por otra parte, en Barcelona, acaba de finalizar el rodaje de una cinta de la productora Profilmes, titulada *Exorcismo*, en la que participa nuestra estrella del cine de terror nacional Paul Naschy.

El 6 de enero de 1975 es la fecha inicialmente programada por la Metro Goldwyn Mayer para el estreno de la cinta *Futureworld*, una secuela a *Westworld* (llamada en España «Almas de acero»).

Esta segunda parte, originada por el éxito económico de la primera, se desarrolla igualmente en Delos, el gran parque de diversiones del futuro.

El productor de la cinta será Paul Lazaras, como en la primera, y Mayo Simon escribirá el guión.

—TEATRO—

La primera parte del año 1974 ha visto, en los Estados Unidos, la representación de numerosas obras escénicas dedicadas a temas de SF y Fantasía. Entre las más significativas cabe destacar las siguientes:

Tom Swift and His... (Tom Swift y su...), representada por la Dinglefest Theater Company, obra semimusical y de mimo, que trata de recuperar la atmósfera fantástica de las narraciones juveniles aparecidas a principios de siglo en las publicaciones populares.



Corfax, de Wilford Leach, representada en La Mama de Nueva York. Obra en la que una tribu de humanoides invade la Tierra y que, según los críticos, resulta maravillosa para lo minúsculo de su presupuesto.

The Future, una obra musical escrita y dirigida por Al Carmines y presentada en el Hudson Poet's Theater de Nueva York.

—FANZINES—

Nos llega la noticia de la posible realización de un fanzine de Fantasía y SF que llevaría el título de *2000*. Según su faneditor, Francisco J. Arellano Selma, el objetivo del fanzine sería publicar relatos de SF inéditos en el país, tanto cortos como novelas completas.

En el primer número se incluiría una introducción a la novela de Van Vogt *El mundo de los no-A*, con sus capítulos uno, dos y tres; cuentos de Lovecraft (cuya obra inédita iría siendo publicada en sucesivos números); un comic basado en el relato *El modelo de Pickman*; un artículo inédito de J. M. Souriau titulado *Ciencia y ciencia ficción*; varios cuentos de autores noveles y críticas de libros, films, etc.

En los siguientes números serían publicadas novelas inéditas de Samuel R. Delany: *Nova*; Roger Zelazny: *La isla de los muertos*; Philip K. Dick: *Ubik*; Philip José Farmer: *Dare*; y cuentos de diversos autores, no aparecidos en castellano.

Para esto y para lograr una continuidad en los comics y artículos, el faneditor solicita la cooperación de los aficionados, no solo con el envío de material sino también mediante la prescripción, pues la realización de *2000* viene condicionada a lograr un número mínimo de prescriptores, que se comprometan a adquirir la publicación cuando esta aparezca en los dos primeros meses del año 1975. El número de páginas del fanzine sería de 40 a 60 y su precio oscilaría entre las 50 y 60 Ptas.

Todos los interesados en colaborar o adquirir *2000* pueden ponerse en contacto con Francisco J. Arellano por carta (Ofelia Nieto, 3-Madrid, 29) o por teléfono (4590701, de Madrid).



—EXPOSICIONES—

El Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla, conjuntamente con los Servicios de Acción Cultural de la Caja de Ahorros Provincial San Fernando de Sevilla, ha llevado a cabo una exposición bajo el título EL COMIC.

Tal exposición, que contaba con una selección de material a cargo de Pedro Tabernero y Francisco Molina, agrupó obras de diversos artistas nacionales y extranjeros y contó con una conferencia de *Iniciación al comic* realizada por Pedro Tabernero.

En nuestro núm. 54 les informábamos de una exposición llevada a cabo por nuestro colaborador Luis Eduardo Aute. Ahora, el joven cantautor, pintor, poeta y dibujante ha realizado una nueva muestra de sus dibujos en la galería Estiarte de Madrid.

Como es habitual en él, la temática de la exposición reflejada la incapacidad de comunicación del hombre, ocasionada por la opresión de la sociedad de masas.

Otro de nuestros colaboradores que también ha expuesto en una galería de Madrid ha sido Esteban Maroto, que presentó una muestra de sus típicos dibujos de tipo fantástico en la galería de arte Lázaro.

La exposición, que comprendía 28 ilustraciones, recogía temas tales como «Vampiro», «Homenaje a Segrelles», «Gnomo» y «Scheherezade».

—NOMBRES SF—

Recientemente el Tribunal Supremo de los Estados Unidos confirmó la condena contra William Hamling y Earl Kemp, que en 1972 fueron juzgados por enviar por correo anuncios obscenos de su edición ilustrada del *Informe de la Comisión Presidencial sobre la obscenidad y la pornografía*. A consecuencia de ello han comenzado a cumplir sus condenas de cinco años.

Bill Hamling era un fan bien conocido en los años cuarenta y publicó *Stardust*, uno de los primeros fanzines realizados con técnicas profesionales. También fue el editor de *Imagination*. Earl Kemp fue el Presidente de la Convención Mundial de 1962, ganó un Hugo por su fanzine *Who Killed SF?*, en 1960, y aún se mostraba activo en el fandom de la SF.

Al parecer, estos dos aficionados han tenido la poco apreciable distinción de ser los primeros fans de SF condenados por dicho alto tribunal.

—PREMIOS—

El segundo PREMIO CONMEMORATIVO JOHN W. CAMPBELL a la mejor novela de 1973 fue entregado en una ceremonia pública llevada a cabo en la California State University. Los jueces de este año fueron Brian W. Aldiss, Thomas D. Clareson, Beverly Friend, James Gunn, Mark R. Hillegas, Willis E. McNelly y Peter Nicholls. Las novelas premiadas fueron: en primer lugar *Cita con Rama* de Arthur C. Clarke y *Malevil* de Robert Merle, ambas empatadas. También se registró un empate en el segundo puesto entre *The Green Gene* (El gene verde) de Peter Dickinson y *The Embedding* (El encajamiento). La obra *The Cosmic Connection* (La conexión cósmica) recibió un premio especial como obra no ficticia.

La editorial inglesa Gollancz, en cooperación con *The Sunday Times* llevó a cabo un concurso de relatos de SF galardonado con cuatro premios de 250 libras esterlinas. El premio constaba de dos apartados: uno de novelas completas y otro de antologías de relatos cortos y estaba limitado a autores desconocidos.

Los ganadores del mismo fueron *Catchworld* de Chris Boyce y *Shipwreck* de Charles Logan en la categoría de novela, siendo los ganadores de los relatos cortos James Alexander y Gary Kilworth.

Los jueces del concurso fueron Brian Aldiss, Kingsley Amis y John Bush, presidente de la Gollancz. Un cuarto juez, Arthur, C. Clarke, tuvo que abandonar la tarea a causa de la dificultad de enviar los 262 manuscritos presentados desde la Gran Bretaña a Ceilán y vuelta.

La ZERO POPULATION GROWTH, una asociación dedicada a propagandizar la idea del Crecimiento Cero de la Población, surgida de las recientes advertencias tales como el informe del Club de Roma, ha convocado un concurso de relatos cortos y ensayos de SF referentes a una solución del problema de la población. Tales trabajos deben tener menos de mil palabras y ser enviados antes del 1.º de febrero de 1975 a Zero Population Growth, 50 W. 40th St. New York, N. Y. 10018, Estados Unidos. El premio consistirá en doscientos dólares.

Ha sido convocado un concurso de relatos de SF, cuyas bases son las siguientes:

1. Se podrá enviar un máximo de dos relatos, de hasta diez folios cada uno, mecanografiados a doble espacio y por una sola cara.
2. Se otorgarán tres premios a los tres primeros clasificados.
3. Los tres primeros relatos, si los autores lo desean, serán publicados en el fanzine *Zikkurath Sword & Sorcery*.

4. El jurado calificador será designado por la comisión organizadora de la Hispacon 75.

5. Los relatos han de ser remitidos, a lo más tardar antes del 31 de enero de 1975, al Club CCC, Grupo de Ciencia Ficción.

6. La participación en el concurso implica la aceptación de estas bases, reservándose la organización de la Hispacon 75 el derecho a modificarlas en el caso de que sea necesario.

Para más datos (entre otros la dirección a la que deben ser enviados los relatos), léase el anuncio sobre la Hispacon 75 que aparece en este número.

—REUNIONES—

¡Por fin parece que va a volverse a realizar una Hispacon!

En efecto, en febrero de 1975, si se reúnen las condiciones favorables, los fans españoles de la SF podrán reunirse en Madrid, gracias a la labor organizadora de los miembros del Club CCC, Sección de SF.

La Hispacon 75 contará, en principio, con el siguiente programa:

Día 21

19 h. Recepción de los congresistas y exposición de ilustraciones.

Día 22

10 h. Mesa redonda: géneros marginales de la SF.

12 h. Proyección de la cinta *Planeta prohibido*.

17 h. Conferencia de Alfonso Álvarez Villar.

19 h. Proyección de *Viaje alucinante*.

Día 23

10 h. Conferencia de Carlo Frabetti.

12 h. Mesa redonda: Corrientes de la SF en el mundo.

17 h. Mesa redonda: Estado actual de la SF en España.

19 h. Coloquio y conclusiones.

22 h. Cena con entrega de los premios del concurso de relatos.

Para más información véase el anuncio publicado en estas mismas páginas.

La 20 SCANDINAVIAN SF CONVENTION fue, con mucho, la más concurrida de las jamás celebradas en Suecia, pues fueron 250 las personas que pagaron sus cuotas de asistencia y 225 las que en realidad acudieron.

Lo más interesante del programa fueron las proyecciones cinematográficas, que

siempre contaron con numeroso público, no ocurriendo lo mismo para otros actos, como el baile de disfraces, al que solo acudió un pequeño número de fans.

Igualmente, se establecieron algunos records de venta, ya que en la sala de compraventa se intercambiaron revistas y libros por valor de 2.000 dólares, en la subasta se reunieron otros 1.000 y las obras de arte en venta obtuvieron 750 dólares más.



El invitado de honor fue Brian Aldiss, cuyo parlamento fue muy bien recibido, y que resultó ser un invitado muy popular y amistoso, a pesar de que su obra literaria no es demasiado conocida en Suecia.

Otro de los actos importantes fue la concesión de premios, en la que el Premio de la Academia Sueca de la Ciencia Ficción fue entregado a Carl Johan Holzhausen, un autor sueco que empezó a escribir SF al jubilarse, y que está a punto de ver publicado su cuarto volumen del género, tras su 71 cumpleaños.

Es probable que la convención sueca del año 1975 sea celebrada en Gotemburgo, y los interesados pueden recibir información escribiendo a Inge R. L. Larsson, Dr. Forsseliusgata 19, S-413 26 Göteborg, Suecia.

También en la Gran Bretaña las Convenciones van a más. Esto quedó demostrado con la celebración de la 3 BRITISH CONVENTION, también llamada *Tynecon*, que se trató de la mayor de las celebradas en la Gran Bretaña, a excepción de las dos Convenciones Mundiales llevadas a cabo en Londres en 1957 y 1965, ya que fueron 509 los inscritos y 415 los que acudieron.

En el banquete se entregaron varios premios, entre los que se concedió el de la BSFA (el club de SF británico) a la novela de Clarke *Cita con Rama*, recibiendo Brian Aldiss una citación especial por su ensayo *Billion Year Spree*.

Algunas de las personalidades presentes en la reunión fueron: Dave Kyle, James

Blish, Anne McCaffrey, John Brunner, Brian Aldiss, Karel Thole, James White, Kenneth Bulmer y Eddie Jones.

Durante la Convención se hizo mucha propaganda de la idea de celebrar una WorldCon (Convención Mundial) en la Gran Bretaña en 1979. Para ello se ha hecho ya público un slogan: «Britain is fine in Seventy-nine!» (La Gran Bretaña es estupenda en el 79). ¿Nos veremos allí?

Las noticias y comentarios de esta sección provienen de las siguientes fuentes: Aute, dibujos (catálogo de exposición) Madrid, España. *Cine de terror y Paul Naschy* (libro) Madrid, España. *El comic* (catálogo de exposición) Sevilla, España. Esteban Maroto (catálogo de exposición) Madrid, España. Hispacon (folleto) Madrid España. Locus (newszine) San Francisco EE. UU. *Luna* (newszine) Oradell, EE. UU *The Spang Blah* (newszine) Aviano, Italia y la colaboración de Francisco J. Arellano Madrid, España.

Se escribe

Hace unos días recibí y leí el núm. 57, observando, una vez más, que os quejabais de falta de colaboraciones. Eso me ha animado a enviaros unos relatos, a ver que os parecen.

Hablando de otra: ¿os han propuesto alguna vez hacer segundas ediciones de los números agotados? Estoy seguro que serían de fácil venta, y los lectores os lo agradeceríamos.

El número 57 me gustó. No puedo decir lo mismo del editorial: de acuerdo en que, actualmente, los relatos de Heinlein son retrógrados y fascistoides, pero, ¿se puede decir lo mismo si se considera el tiempo y el contexto político en que fueron escritos?

JESÚS GÓMEZ
Madrid, España.

ND.— Gracias por los relatos, han pasado ya a poder de nuestro colaborador Carlo Frabetti, para su posible inclusión en una «Sección Experimental». Es posible que una reedición de los números agotados tuviese una fácil venta, como usted dice; pero, en cualquier caso, sería limitada, lo que hace que resulte imposible —por los malditos motivos económicos— tal reedición. En cuanto a los relatos de Heinlein, habría mucho que discutir, y ni en la misma editorial nos ponemos de acuerdo sobre este tema, y eso que somos bien pocos.

* * *

He terminado de leer ND 52 y 53. Acerca del 52 observo lo siguiente: portada excelente, ya es una rutina su gran calidad. Editorial: por favor, anímense un poco. Cine fantástico: no me agrada el tema, lo siento; ¿por qué lo fantástico se refiere siempre al terror en los festivales? Grandes descubrimientos perdidos: el gran Fredric Brown. Una obra maestra de publicidad, dibujo y texto: «Aníbal, no vengas a Barcino». El comic sobre dragones es de un excelente dibujante con una bella imaginación.

Libros: Un año de SF. Buen trabajo del señor Frabetti, pero leyendo sus críticas sobre Lovecraft y Bradbury, veo demasiada preocupación por ciertos resabios reaccionarios en esos autores y por cierta nostalgia negativa (según el señor Frabetti) de míster Bradbury. Me da la impresión, ya leída en otros números anteriores, de que su gran deseo personal de cambiar la sociedad en que vivimos y su desprecio (que en parte comparto) hacia la sociedad de consumo, de la cual somos un tomillo más,

disloca un poco sus excelentes trabajos bibliográficos.

Les doy gracias por publicar tantas cartas, somos tan pocos que es agradable conocernos algo.

Para el final he dejado la novela corta «Factor de irritación». Irritación me la están causando a mi, pues las dos únicas novelas cortas publicadas últimamente no me convencen, a pesar del «fino talento satírico» de míster Russell.

Acerca del ND 53, solamente me queda agradecer al señor Domingo Santos la maravillosa antología presentada.

¿Podrían hacerme el favor de publicar mi dirección, cuando puedan, por si algún aficionado desea comunicarse conmigo?

JOSÉ LUIS ENCUESTRA

Apartado de Correos Núm. 60455 - Chacao
Caracas, Venezuela

ND.— Muchas gracias por los comentarios, nos son de una gran ayuda unas cartas como la suya, sobre todo si las recibimos con la constancia que de usted nos llegan.

* * *

Agradecería que me aclaraseis algunas dudas. A saber: estoy buscando y adquiriendo todos los libros de SF que puedo. Con *Minotauro* no hay problema, su calidad creo que no ofrece dudas. En cuanto a las selecciones de Bruguera, tampoco: es bastante garantía la presencia de Carlo Frabetti. *Nebulae* tampoco me ofrece problemas de fiabilidad, aunque sí de localización.

Entonces, la pregunta es si estoy en lo cierto al decir que las tres colecciones que he citado son de fiar por su calidad y también si podríais informarse sobre la calidad, fiabilidad e INTEGRIDAD de las versiones ofrecidas por *Géminis*, *Infinitum* y *Vértice-Galaxia*. Recuerdo un comentario en el Extra de *Triunfo* de febrero de 1972, de Frabetti, en el que se advertía sobre la poca calidad de las versiones de algunas editoriales. Se hablaba sobre mutilaciones en los textos, citando como ejemplo a *Galaxia*. Esto es lo que me preocupa, la posibilidad de que me endosen versiones no completas o traducciones infames. ¿Seríais tan amables de aclararme estas dudas?

ANDRÉS AMAT

Valencia, España.

ND.— Ciertamente han existido colecciones, concretamente *Vértice* y *Galaxia*, en las que la despreocupación por el material publicado llegaba incluso a las mutilaciones conscientes del mismo. De igual modo, el bajo precio pagado a los

traductores impedía que su trabajo fuera de un mínimo de calidad. *Infinitum* y *Géminis* cuidaron ya algo más la calidad, no cometiendo destrozos conscientes, pero siguiendo con el problema de las malas traducciones, por causas monetarias. Las otras colecciones citadas ya se preocuparon más de la corrección de los textos, en especial *Minotauro*, que puede ser considerada como la mejor de las colecciones (tanto por selección de textos como por la pulcritud de los mismos) aparecida en castellano.

* * *

En el núm. 57 de ND he leído la opinión de César Mallorquí sobre «El que acecha en el umbral», y ya que fue la suya la única que apareció respecto a dicha novela, aquí tenéis la mía para nivelar la balanza: pienso que ese número fue excelente y poco importa que la novela ya esté publicada en castellano... o en etrusco. Lovecraft, no creo que esto sea cuestionable, fue un gran autor de literatura fantástica (un poco fascistoide, eso sí) y ND creo que es una revista de ese tipo de literatura. Así pues, ¡bien por el número de Lovecraft y que vengan más!

Además no todos los que estamos suscritos a ND podemos conseguir todos los volúmenes de SF que se publican en la Argentina o en Mongolia Exterior.

Que no todos los traseros honrados son tan gordos.

JUAN LEÓN R. GUEDES
Las Palmas, España.

ND.— En la respuesta al señor Mallorquí se explicaba ya el motivo de que hubiese aparecido en nuestras páginas una novela ya publicada. Habitualmente, tratamos de publicar material inédito pero tampoco consideramos que sea tan malo el reeditar alguna cosa aparecida ya en castellano, de difícil obtención.

* * *

Robert Anson Heinlein, del que ND había publicado solo tres breves relatos antes de salir el número a él dedicado (por cierto, ni siquiera es un Extra), es un gigante. Estas cumbres literarias presentan la enojosa condición para el crítico dé resistirse a cualquier clasificación. Estando aún en plena actividad creadora y quedándole quizá por escribir sus mejores obras, resulta peligroso despacharlo con etiquetas tales como la «fasciencia-ficción», la SF «conservadora», o «carca y reaccionario».

Es imposible plantear aquí, por falta de espacio, una muy apetecible polémica sobre ciertos lugares comunes en la cosmovisión de ND y, en especial, sobre obsesiones familiares a Carlo Frabetti en todo cuanto escribe y su divertida propensión a inventar demonios, para luego exorcizarlos. Me limitaré a adelantar mi

convicción de que ideologías, más o menos condenables según los patrones de otras ideologías, no han impedido a sus autores llevar a cabo obras maestras, ni la pertenencia a ideologías más o menos bendecidas ha constituido un seguro para el éxito de sus bienaventurados autores. En fin, que a mis cuarenta años de andar a vueltas con la estética, el arte y la crítica de arte, me parece que la utilidad política es un valor bien independiente de la transcendencia poética.

De Heinlein he podido leer hasta la fecha la no despreciable cifra de 19 (¡diecinueve!) obras largas, algunas de ellas de longitud excepcional en los patrones de la literatura escrita de este siglo. Además, 27 relatos cortos de calidad evidentemente desigual.

De entre sus novelas largas (desconozco uno de sus premios Hugo: *The Moon is a Harsh Mistress*) sobresalen con categoría impar, sin esforzarse mucho. *Intriga estelar*, *El hombre que vendió la luna*, *Puerta al verano*, *Waldo Magic, Inc.*, *Huérfanos del espacio*, *Los dominios de Farnham*, *Forastero en tierra extraña*; mientras que sus novelas para adolescentes *Jones el hombre estelar*, *La hora de las estrellas* y *La bestia estelar* son deliciosas. Y si bien resultan más discutibles, no se puede negar el pulso narrativo de maestría arábica de *Ciudadano de la galaxia*, la poderosa tensión de suspense de *Amos de títeres*, la humanidad épica de *Tropas del espacio*, que tanto recuerda a ciertos films de John Ford y el triste humorismo patético que late en la sorprendente *Los hijos de Matusalén*.

En cuanto a sus relatos cortos, creo que los que leyeron *La larga guardia*, *Ellos*, «...También paseamos perros», *Jerry era un hombre*, *Ocurren explosiones* y *Los negros fosos de la Luna*, no habrán podido olvidarlos. Heinlein, a quien llamaron en los años sesenta y pocos el Balzac de la fantaciencia, se desenvuelve mejor en los grandes temas y en las complejas estructuras novelescas. Difícilmente se puede elogiar mejor a un verdadero novelista (sea este Cervantes, Tolstoi, Dostoievsky, Galdós o Stendhal) que diciendo de él: «A mi modo de ver la obra no es una novela, sino un conjunto de novelas o, dicho de otro modo, una novela distinta para cada distinto lector de la misma». Y esto es precisamente lo que dice Jaime Rosal del Castillo, a mi parecer con toda razón, de *Forastero en tierra extraña* de Heinlein.

Heinlein pertenece a esa reducida élite de escritores que Vargas Llosa llama «suplantadores de Dios» y en los que tras Martorell (autor de *Tirant Lo Blanc* y el primero de la estirpe) incluye a Balzac, Dickens, Flaubert, Tolstoi, Joyce, Faulkner... Los «suplantadores de Dios» pretenden crear en sus novelas una «realidad total». Por ejemplo *Forastero en tierra extraña*, como *Tirant Lo Blanc*, es el resultado de «una decisión tan descabellada como la de aquel personaje de Borges que quería construir un mapamundi de tamaño natural» (Vargas Llosa).

Los personajes centrales de Heinlein son gente de carácter, en el sentido shakesperiano del término. Quizá no sea ocioso recordar aquí, además del Mike de *Forastero* a Jubal Harshaw de la misma novela, a El gran Lorenzo de *Intriga estelar*, al Viejo de *Titán invade la Tierra*, al capitalista idealista Mr. Harriman de *El hombre*

que vendió la Luna, a Waldo F. Jones el genio inválido de *Waldo Magic, Inc.*, que dio nombre en el mundo tecnológico a las manos articuladas que manejan los productos radioactivos (artefacto que Heinlein inventó en su obra antes que los ingenieros atómicos), al androide Jerry y su protector El verdadero McCoy, a Papi de *Ciudadano* dispuesto a vivir como un mendigo y a morir para «que la libertad pueda vivir», a tío Alfredo McNeil de *La hora de las estrellas*, a Hugh Farnham, a Ardmore el guerrillero y a Rico, Zim, Breckinridge... En todas sus novelas más interesantes hay por detrás, cada vez más desdibujados, una tremenda galería de caracteres abocetados con fuerte trazo. El mérito es tanto mayor en tanto que una de las constantes más frecuentes de la SF es la despreocupación por el trazado psicológico de los personajes; en efecto, la mayor profundidad de la literatura de fantasía renuncia al relieve y a la profundidad de los personajes en beneficio del tono onírico del relato. El fluir de la vida y los procesos mentales del monólogo interior, la interacción acción-reflexión, vienen a ser los más eficaces y encantadores efectos de los relatos de Heinlein. Se le acusa, por los admiradores de la SF de vanguardia, de que la psique de sus personajes es demasiado semejante a las de los hombres del presente. Es cierto; pero no conviene olvidar que las últimas investigaciones antropológicas aceptan el hecho de la identidad fundamental del carácter y la psicología del hombre de hoy del cro-magnon del magdalenense. Si Heinlein prefiere especular en terrenos que no son los de la psicología, está en su derecho. Por otra parte, ya en *Forastero en tierra extraña* la psicología de Mike es insólita, y los procesos mentales internos de *I Will Fear no Evil* constituyen una de las más ricas especulaciones y aún de las más audaces entre las que conozco dentro del género.

Dos palabras sobre *Tropas del espacio*. Más de una vez ha sido acusada de «oda al fascismo». Con el mismo sentido se podría acusar a la *Anabasis* de Jenofonte, a la *Araucana* de Ercilla o a *La Ilíada* de Homero de propaganda militarista. Marginal la epopeya militar de la historia de la literatura será muy «progre», pero muy poco consecuente. Cualquier análisis materialista de la guerra, del origen de las guerras, de los verdaderos beneficiarios y de sus auténticas maldiciones no deberá ignorar el valor poético del heroísmo, ni la perspectiva retórica de las llamadas virtudes castrenses. Tan arbitrario y extremista es el militarismo belicista del General Moltke como el pacifismo a ultranza que desea suprimir, por la táctica del avestruz, la componente agresiva de la especie y el hecho de que, quizá por necesidad básica, nuestro hormiguero humano produce sus hormigas soldados. (Véase *La naranja mecánica*).

Al decir de ND *I Will Fear no Evil* «solo ha recibido comentarios negativos por parte de la crítica y los aficionados a la SF». He tenido la suerte de adquirir la edición italiana y debo confesar sinceramente que la he leído con desacostumbrado placer y que mi opinión al terminarla era verdaderamente entusiasta... Tal vez no sea el único. Esta obra presenta mucho parentesco con *Forastero* y su tema está rozado de alguna manera en *El día de pasado mañana*. Este es el argumento:

Johann Smith, multimillonario decrepito, mantenido ya en vida artificialmente por una técnica clínica sofisticada, trata de escapar de esta esclavitud de tubos y cables mediante un trasplante de su cerebro a un cuerpo juvenil. Viene a dar en el de una hermosísima jovencita, ex-secretaria suya, amante de Jake Salomon, su mejor amigo. El nuevo ser humano, legalizada su situación después de interesantes peripecias, se llama Joan Eunice Smith. Nadie lo sabe, pero el yo de la secretaria, Eunice, sobrevive de alguna manera, compartiendo el cuerpo con el de Johann y ayudándole en una rara combinación de complicidad y fusión místico-amorosa a evolucionar desde su psicología masculina y senil a una concepción juvenil y femenina. Joan se fecunda artificialmente a partir de un depósito de esperma de Johann Smith. Tras el embarazo, durante el parto, se presentan síntomas de rechazo. Al nacer este extraño hijo de sí mismo, Joan Eunice muere. Pero muere feliz: sabe que no debe temer ningún mal (*I Will Fear no Evil*).

No es fácil comentar esta obra. Todos los temas políticos, económicos, sociales y anticipativos de otras novelas del mismo autor vuelven a ser planteados de nuevo. Las propuestas son más audaces, las contestaciones más cínicas y también más profundas. Del erotismo religioso de *Forastero* se pasa a un nuevo sentido sexual: un pansexualismo que es también unitario. Sensible a toda la evolución del pensamiento popular en su país y en el mundo, durante los años sesenta, Heinlein trata de rejuvenecerse en el trasplante de Smith. Las relaciones homosexuales, de uno y otro lado del sexo, son presentadas en esta obra con una agudeza y una libertad que hacen dificultosa su edición en nuestro país, por el momento.

Casi totalmente dialogal, *I Will Fear no Evil* es una obra de palpitación vital asombrosa: en algunos instantes se resiente de la falta de una estructuración previa. La narración fluye espontánea, como si el autor escribiera sin releer, a borbotones de inspiración. Así, se advierten contradicciones, algunos anacronismos y momentos desvaídos. Pero todo se supera por el torrencial caudal de frescura, por la sinceridad que transparenta el relato, por esa madurez del profesional que puede prescindir de sus más queridos trucos y expresarse con la mayor espontaneidad.

En mi opinión, podría merecer perfectamente otro Premio Hugo.

Deseo, para terminar, oponerme a la acusación deslizada en el editorial del número 57 de ND contra R. A. Heinlein de que «bajo un aparente interés por el futuro subyace la convicción de que cualquier tiempo pasado fue mejor». Para ello, citaré al propio R. A.: «Yo creo en el progreso, eso es todo. Recuerdo que mi viejo quería que se pasase una ley contra las máquinas voladoras, para impedir que aquellos tontos se rompiesen el cuello. Decía que nadie podría jamás volar, y que el gobierno debía acabar con aquello. Estaba equivocado. Yo no soy un tipo aventurero, pero he visto a suficiente gente como para saber que hay quien lo intenta todo al menos una vez, y que es así como se logra el progreso.» (*Colón era un estúpido*, ND 42).

Mucho me temo que me haya extendido demasiado e innecesariamente: un

escritor capaz de crear esa joya de la SF de todos los tiempos que es el relato *Las verdes colinas de la Tierra*, tendrá siempre un lugar entre los mejores.

*«Pidamos a los cielos
postrer aterrizaje
sobre la esfera que me vio nacer.
Dejad que ponga
mi mirada en sus nubes de lana
y en las frescas y verdes
colinas de la Tierra.»*

Rhysling-Heinlein

ROMUALDO MOLINA
Madrid, España.

ND.— Hemos publicado entera su carta por creer que puede dar pie a esa polémica que a usted le gustaría (y animamos a nuestro colaborador Carlo Frabetti a que le conteste en esta misma sección). Pero, por otra parte, ¿nunca ha pensado en convertirse en uno de los articulistas de ND? Nuestras páginas le están abiertas desde este momento para cualquier otro ensayo tan erudito como el que en su carta nos traza sobre Heinlein... pues sepa que respetamos todas las opiniones.

* * *

Hasta hace poco no me había decidido nunca a comprar ND pues lo encontraba caro. Claro está que, dadas sus limitaciones, es muy lógico. A los españoles no les gusta mucho leer. Tal vez porque el «clima» no les es propicio. Cuando hice el bachiller tuve una profesora que se creía con el derecho de dictarnos gustos literarios, quisiéramos o no. Tal vez por reacción acabé por odiar la letra impresa, al menos durante algunos años. Ya lo he dicho antes, el «clima» no es muy propicio por estas y otras causas. Y mucho menos si se trata de temas muy poco ortodoxos como la SF. Aunque no comprendo porque algunos aficionados a la SF tengan que aborrecer a escritores como Valle Inclán. García Lorca, Machado, etc., acusándoles de formar parte de la cultura oficial, como si ellos no las hubieran pasado canutas en vida. Detesto esas posturas tan absolutistas. Es necesaria la diversidad de cultura y de opiniones. Por eso no me molestan los autores como Bradbury y Heinlein, que son considerados carcas y reaccionarios (sobre esto se pueden discutir varias cosas) por parte de los críticos y aficionados «progres». Creo que su mal (el conservadurismo) nos afecta a todos de una u otra forma. A muchos elementos «progres» les he encontrado defectos claramente fascistoides: intolerancia, dogmatismo, falta de

comprensión al prójimo, burdo redentorismo, sectarismo, hipocresía, etc. El hombre solo tiene una dimensión, como diría Marcuse, y por ello considero inútil que se ataque a ciertos autores por el hecho de pensar diferente.

SALVADOR SAINZ
Reus, España

ND.— Un nuevo defensor de Robert Anson, ¿hay alguien que desee tomar la postura contraria?

* * *

Este mes ha sido para mi afortunado, recibí los números 52 y 53 de ND y conseguí los núms. 7, 8 y 9 de las antologías de Bruguera. Aquí *Minotauro* publicó *Las maquinarias de la alegría* de Bradbury, Emecé en una nueva colección publicó a su vez *Destrucción* de R. Barjavel y *Cita con Rama* de Clarke. También un grupo editor de Buenos Aires ha presentado cinco títulos de SF de calidad regular, pero que significan un interesante esfuerzo. Una editorial de la provincia de Córdoba: Avalon, ha publicado tres selecciones de cuentos cortos de SF, varios de los cuales creo que se publicaron en *Más Allá*, pero que permitirán que los nuevos lectores vayan entrando en materia con relatos de buen nivel, y quizá su apetito los lleve a descubrir ND. *Minotauro* publicó también *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula K. LeGuin.

Del 53 solo puedo decirles que lo devoré desde el editorial hasta el final; la selección es excelente, inclusive el orden en que están los cuentos hasta llegar a *El amo ha muerto*, historia para leerla más de una vez y despacio, pues es muy saludable para curar el antropocentrismo que nos aqueja. El broche final del cuento de Robert Bloch es magnífico y solo concebible por mentes alienígenas como las vuestras.

Si me permiten una acotación, me parece que la Tierra ha sido invadida ya varias veces, y si estas invasiones no prosperaron es porque los humanos nos encargamos de hacer la superficie de la misma muy incómoda para todos los que la pisen, incluidos nosotros.

ROBERTO F. MORALES
Mendoza, Argentina.

ND.— Muchas gracias por la información sobre las ediciones aparecidas en su país. Si fueran más los lectores que nos escribiesen desde los diversos puntos a los que llega ND para remitimos información, la nuestra sería una de las familias SFicticias que mejor conocería lo que sucede en el mundillo del género.

* * *

En primer lugar me gustaría que me dijeseis si se va a publicar en castellano *The Man in the High Castle* de Philip K. Dick (según referencias, iba a hacerlo *Minotauro*). A propósito de Philip K. Dick, ¿le habéis dedicado algún número de la revista? Y, ampliando la pregunta, ¿a qué autores habéis dedicado números?

Otra cosa que quisiera saber es si en Francia hay alguna revista especializada en SF y, asimismo, si hay en francés alguna colección interesante de libros para así intentar conseguir algunos títulos no publicados en España.

Y, por último, y no os molesto más, querría saber que premios, además del Hugo, existen en Estados Unidos para premiar la SF.

JORGE PELEGRI
Villanueva y Geltrú, España.

ND.— *The Man in the High Castle* ya ha sido editada por Minotauro con el título *El castillo en la medianoche* e incluso traída a España, y pronto hará de ella una crítica nuestro colaborador Jaime Rosal. En cuanto a Dick, no hemos publicado aún ningún número especial, si bien entra dentro de lo que pensamos hacer en alguna futura fecha. Han sido dedicados números-antología a Cordwainer Smith (22), Gérard Klein (26), Harlan Ellison (29), Arthur C. Clarke (31), John Wyndham (35), A. E. van Vogt (41), Juan G. Atienza (43), H. Nearing (47), Philip José Farmer (novela, 50), Lovecraft y Derleth (novela, 55), Robert A. Heinlein (57), Donald A. Wollheim (Extra 1), Domingo Santos (Extra 2), Robert Sheckley (Extra 3), Harry Harrison (Extra 4) y M. Guera y A. Mengotti (Extra 5). En Francia existe una antigua y prestigiada revista llamada *Fiction*, que reproduce textos de la americana *The Magazine of Fantasy and SF*, completándolos con material francés. Igualmente existe una floración de colecciones (C.L.A., Dargaud, Robert Laffont, etc.) que publican buen número de novelas totalmente inéditas en España. En cuanto a los premios, los más famosos en los Estados Unidos son el Hugo, concedido por los aficionados en las Convenciones mundiales, y el Nebula, otorgado por los profesionales en las reuniones de su sindicato.

* * *

Estoy muy contenta de que ND se haya vuelto otra vez gordita, como cuando empezó. Su relleno siempre es ideal y tiene pocas cosas que no me gusten (ejemplo: «La condena» del 59 y eso será porque no la entendí).

Otra cosa, en la carta que me publicasteis en el 59, en que solicitaba cambio de números de *Más Allá* (y solo *Más Allá*) habéis puesto que el número de mi calle es el 220, y es el 200. Así que os suplico que lo digáis lo antes posible.

M.^a DEL CARMEN LÓPEZ-NUÑO

ND.— Complacida.

* * *

Acabo de leer el 56 y hasta ahora no me sentía con necesidad de escribiros, aunque tengo todos los números (¡ojo!, no quiero ponerle los dientes largos a nadie); sin embargo, y debido a hirientes editoriales, me he suscrito a la revista no hace mucho y ahora la necesidad de colaboración me hace daros mi opinión de este número.

En general el 56 hace respirar un ambiente vanguardista de sumo interés: portada, sección experimental y comics underground son sumamente atractivos. Los dos relatos y el artículo concerniente a «La biblioteca universal» me han parecido de gran calidad.

Por si fuera poco el número contiene páginas verdes con dos artículos muy atractivos sobre «El comix underground en los Estados Unidos» y «Primer Simposio de Prospectiva.»

En mi opinión este el mejor número publicado desde el mítico 50, que contenía la gran obra de Farmer, que todos esperamos sea completada en ND.

En resumen, un gran número de balance altamente positivo, cuya única nota discordante es el bajón que ha dado la calidad del papel. Espero que paséis la barrera de los 100.

ENRIQUE JOSÉ MARTÍNEZ
Madrid, España

ND.— Nosotros también lo esperamos, solo que para eso hay que ser pragmáticos y adaptarse a las condiciones de cada momento: el papel está caro y no podemos seguir aumentando el precio de la revista al mismo ritmo en que nos aumentan a nosotros el precio del papel. Ende... peor papel.

* * *

Acabo de leer las páginas verdes del 54 y he sufrido un fuerte shock apenas ver la sugerencia de Carlos González respecto a las posibilidades de supervivencia económica de ND, quizá porque coinciden totalmente con mis propias ideas, no comunicadas antes por la pereza innata de los lectores de SF, causada por su invariablemente gordo culo. Inmediatamente, gracias al uso de un ingenioso sistema de poleas, he conseguido colocarlo sobre una silla, para escribiros lo siguiente:

a) considero espléndidas las sugerencias aludidas y sus posibles variantes. Me inscribo ya a cualquier acto por el estilo.

b) soy partidario de la publicación en ND de novelas completas... esporádicamente.

c) ¡queremos páginas verdes!

d) estoy seguro de que, de subir el precio de la revista, su venta apenas variaría.

e) hablando con mis conocidos (aquellos que también compran y leen ND) he llegado a la conclusión de que un aumento en el número de ilustraciones sería muy bien recibido... y quizá incrementaría la venta. Pero, por supuesto, huyendo de llegar al comic total (uno bueno, de vez en cuando, se agradece).

Muchas, muchas veces he leído en ND referencias a la heroica labor y desenfrenado trabajo de «los tres responsables» en pro de la SF española y sus lectores. Estas alusiones van unidas invariablemente a quejas agudas respecto a la grave (y constante) crisis económica. Si estáis tan precariamente colgados de dos hilos (lectores y precio del papel), ¿por qué seguís siendo tres responsables... y no más?



No estoy sugiriendo la creación de una sociedad anónima para editar ND (aunque no parece imposible), pero, ¿qué os parecería crear un «Club ND» (aparte de la suscripción) con: gloriosas insignias, banderolas, carnets, etc., que alcanzarían altísimos precios (que todos pagaríamos) y que tendría una enorme cuota mensual de pertenencia? ¿Y una sub-ND que publicara relatos de los lectores? Cada lector publicante aportaría un elevado donativo por tal publicación y, además, debería sobrepasar un cierto nivel de calidad.

Mucha Convención internacional y mundial, pero, ¿qué hay de verdaderas Convenciones nacionales de SF? ¿Y de un Premio (honorario, por supuesto, y no en metálico) al «lector abnegado» que aportara a ND, durante cada año, el servicio más distinguido (suscriptores nuevos, ideas eficaces, locales, distribución sin intermediarios, etc.)?

JESÚS GÓMEZ GARCÍA
Madrid, España

ND.— Los tres responsables son tres desde el principio porque no han hallado ningún otro lo bastante irresponsable como para quererse responsabilizar de algo en ND. Por fortuna, contamos con algunos colaboradores de pro, que nos ayudan dentro de la medida de sus posibilidades (artículos, críticas de libros, donativos en metálico, búsqueda de suscripciones...) Por consiguiente, nos interesa todo tipo de posible colaboración como las que usted apunta. Claro que, para ello, sería básico el que los, por así decirlo, socios fundadores de un tal Club ND fueran los que se encargasen del manejo de la mecánica del club dado que «los tres responsables» ya tienen más que suficiente con ocuparse de la mecánica de publicación de ND. ¿Más ideas, alguno de ustedes?